ERLE STANLEY GARDNER



# PERRY MASON

BOSCH

# EL CASO DEL SOCIO SILENCIOSO

Mildred Faulkner tiene varias tiendas de flores. De repente se entera que Harry Peavis un competidor en el negocio de las flores ha comprado en secreto acciones en su pequeña empresa, de propiedad familiar. Para evitar que Peavis se haga con el control de su propia compañía, Mildred va a Perry Mason. Antes de que Perry pueda verse con Mildred, la testigo de ésta es envenenada y quien tenía las acciones es asesinado.



Erle Stanley Gardner

# El caso del socio silencioso

## Perry Mason - 17

**ePub r1.0**
**Titivillus** 28.12.2014

Título original: *The Case of the Silent Partner*
Erle Stanley Gardner, 1940
Traducción: José Mallorquí Figuerola

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



# Guía del Lector

*En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:*

**CARLING Lois**: Encargada de una tienda para la venta de flores.
**COPELAND**: Agente de policía.
**DELL Corinne**: Accionista de la sociedad formada por las hermanas Faulkner.
**DILMEYER Esther**: Empleada en el club nocturno «Golden Horn».
**DRAKE Paul**: Experto detective privado.
**FAULKNER Carlota**: Hermana de Mildred, esposa de Bob Lawley y propietaria con su hermana de las «Floristerías Faulkner».
**FAULKNER Mildred**: Hermana de Carlota.
**GROSBECK**: Juez.
**LABLEY Frank**: Abogado de Peavis.
**LAWLEY Bob**: Jugador, hombre vicioso y marido de Carlota Faulkner.
**LYNK Harvey**: Uno de los socios del club «Golden Horn».
**MAGARD Clint**: Socio de Lynk.
**MAHONEY**: Sargento de policía.
**MASON Perry**: Abogado criminalista y protagonista de esta novela.
**PEAVIS Harry**: Acaudalado productor de flores.
**SINDLER COLL**: Amigo de Esther Dilmeyer.
**STREET Della**: Secretaria de Perry Mason.
**TRAGG**: Teniente de la Brigada de Investigación Criminal.
**WILLMONT**: Médico y colaborador de Perry Mason.

# Capítulo 1

Sentada a su mesa de trabajo, en la encristalada oficina de las «Floristerías Faulkner», Mildred Faulkner eligió un lápiz azul de la debida tonalidad. Hábil dibujante, Mildred utilizaba siempre lápices de colores para hacerse cargo del aspecto que ofrecerían los agrupamientos de flores. Ahora, con un breve boceto del comedor de Ellsworth, trataba de decidir lo que iría mejor con las verdes velas que la señora Ellsworth pensaba utilizar como iluminación.

Alguien llamó a la puerta de cristales. Al levantar la cabeza, Mildred descubrió a Harry Peavis.

Empujando a un lado los bocetos, la joven hizo un movimiento de cabeza, invitando a su visitante a que entrara.

Peavis aceptó la invitación sin expresar cuáles eran sus pensamientos y sin ninguna prisa. Hombre fuerte, recio y enérgico, sus hombros y manos acusaban los efectos de un recio trabajo en su juventud, pasada en una granja. Ahora, después de haber alcanzado la fortuna y un monopolio virtual en la venta de flores de toda la ciudad, se esforzaba trabajosamente por presentar su papel de afortunado hombre de negocios. Sus trajes estaban bien cortados, sus uñas muy cuidadas y pulidas, contrastando incongruentemente con los gruesos y torcidos dedos de trabajador campestre.

—Trabaja hasta muy tarde —sonrió.

—Siempre trabajo hasta tarde —replicó Mildred—. Cuando no es por una cosa es por otra. Informes, impuestos, correspondencia y un sinfín de cosas más. De todas formas sólo son las siete.

—Desde que el corazón de su hermana no funciona bien, las cosas no le van tan bien como antes, ¿verdad?

—Me he ido defendiendo.

—¿Cómo está?

—¿Quién?

—Su hermana Carlota.

—Bastante mejor.

—Me alegro de saberlo.

—Se pasa aún la mayor parte del día en cama; pero su progreso es continuo.

—Usted tiene tres tiendas, ¿verdad?

—Sí —contestó Mildred, sabiendo que su visitante no sólo estaba bien enterado del número de tiendas que ella poseía, sino del sitio donde estaban y de su volumen de ventas.

—¡Hum! —murmuró Peavis—. He estado pensando que sería una buena idea invertir algún dinero con ustedes, muchachas.

—¿Qué quiere decir?

—Ingresar en su sociedad.

Sonriendo, Mildred Faulkner movió la cabeza.

—Gracias, señor Peavis. Por ahora nos defendemos perfectamente. Nuestra sociedad es de muy poca importancia y, además, muy íntima.

—Tal vez no sea tan íntima como usted cree.

—¿Por qué? Entre Carlota y yo reunimos todas las acciones.

Los grises ojos de Peavis parpadearon burlonamente.

—Piénselo de nuevo —dijo.

La joven frunció un momento el entrecejo y luego se echó a reír.

—¡Es verdad! —exclamó—. Cedimos cinco acciones a Corinne Dell cuando fundamos la sociedad. El Consejo Directivo debía constar de tres miembros. Aquellas acciones eran sólo para que pudiera figurar como directora.

—Bien… —Peavis sacó del bolsillo un certificado de valores—. Como usted recordará, Corinne Dell se casó con uno de mis empleados y… Bueno, yo compré las acciones. Puede anotar esa transferencia y extenderme un nuevo certificado.

Mildred Faulkner examinó el certificado.

—Espero que lo encontrará todo en orden —dijo Peavis—. El endoso está conforme.

Mildred miró fijamente a su visitante.

—Óigame, señor Peavis. No me gusta esto. No lo veo claro. Usted es un competidor. No queremos que meta la nariz en nuestros asuntos. Corinne no debió haber vendido estas acciones, aunque supongo que lo habrá hecho forzada por las circunstancias… Sin

embargo, tengo mucho interés en aclarar esta situación.

—Los negocios son los negocios —replicó Peavis—. Usted olvidó la existencia de esas acciones, yo no. Usted me es simpática. Yo deseo que su opinión acerca de mí sea la misma que la mía de usted. Pero en cuanto cometa un error comercial y yo me entere, haré valer mis derechos. Eso son los negocios. Usted sabe que podríamos ponernos de acuerdo acerca del resto de las acciones. Usted se quedaría aquí y seguiría haciéndose cargo de los negocios. Yo me reservaría el cincuenta y uno por ciento de las acciones y…

Mildred movió negativamente la cabeza.

—Piense que podría ganar tanto dinero como ahora —insistió Peavis—. Además, tendría un capital ilimitado para extenderse. Yo sería un buen socio.

—Muchas gracias. Marchamos bien así.

—Bien; siendo así, tome nota de la transferencia de las cinco acciones.

—¿Qué piensa usted hacer? —preguntó Mildred.

—Nada —replicó Peavis, con estudiada indiferencia—. No me inmiscuiré en sus asuntos. Seré una especie de socio silencioso. Siga adelante y gane mucho dinero. Desde que tengo un interés en la casa me gusta que los jefes trabajen hasta tarde.

Riendo se levantó de la silla. Mildred le vio alejarse por la tienda y comprendió que sus agudos ojos no perdían detalle de cuanto había en su alrededor.

Durante unos minutos, Mildred permaneció sumida en hondas meditaciones; luego, apartando los bocetos, dijo a Lois Carling, que estaba encargada de la tienda:

—Cierre a las nueve y media, Lois. No volveré.

Al salir del despacho se detuvo un momento a mirarse en el espejo del vestíbulo. A los treinta y dos años tenía la silueta de una muchacha de veintidós y la experiencia de siete años de levantar una remuneradora empresa comercial le había hecho sumamente sagaz, dándole una especie de aura de eficiente dinamismo, que mantenía sus músculos duros y libres de exceso de grasa. Sólo una trabajadora podía tener su cuerpo.

Lois Carling la observaba desde la puerta. Ella representaba el vino joven y espumoso. Mildred Faulkner poseía la madura personalidad del vino añejo. Lois Carling no podía contener la

amargura de ver que la otra mujer, menos hermosa que ella, poseía valores que a ella le estaban negados. Sin embargo, como Lois no gustaba de las preocupaciones filosóficas, abrió un cajón del mostrador, sacó una caja de bombones que le regaló un momento antes Harry Peavis y se metió un bombón en la boca.

En el garaje donde Mildred guardaba su coche había una cabina telefónica. Mientras aguardaba que le sacaran el auto, Mildred, obedeciendo a un súbito impulso, buscó el número del teléfono de Perry Mason.

Halló el número de la oficina y debajo esta indicación:

*«Después de las horas de oficina llamar a Gleenwood 6-8345».*

Mildred Faulkner marcó el número que pertenecía a un servicio telefónico especializado en tomar las llamadas para los industriales y comerciantes, después de las horas de trabajo. Mildred explicó que deseaba hablar con el señor Mason acerca de un asunto muy importante y preguntó si le sería posible verle aquella noche. La telefonista que tomó la llamada le preguntó el número de teléfono desde donde llamaba y le dijo que colgase el aparato y aguardase unos minutos a que le llamasen de nuevo.

Mildred vio cómo sacaban su auto, abrió la puerta de la cabina, indicando que tardaría un momento en salir. El mecánico asintió con la cabeza y detuvo el auto cerca de los surtidores de gasolina. En aquel momento sonó el timbre del teléfono y Mildred volvió a entrar en la cabina.

—¿Es la señorita Faulkner? —le preguntó una voz.

—Sí.

—Soy Della Street, señorita Faulkner. La secretaria del señor Mason. ¿Podría decirme a qué obedece su deseo de ver al señor Mason?

—Sí, señorita. Poseo las «Floristerías Faulkner». Es una corporación. Un competidor mío ha logrado adquirir unas pocas acciones de mi empresa, las únicas que no estaban en manos de mi familia. Creo que nos va a dar bastante trabajo. Quisiera saber lo que puede hacerse.

—¿Le conviene entrevistarse mañana con el señor Mason?

—Desde luego. Le confieso que al llamarle he obrado impulsivamente. Desde que, hace unos minutos, supe lo de la venta de las acciones, he estado sumamente inquieta.

—¿Puede usted pasar por el despacho mañana a las diez y media?

—Sí.

—Bien. Entonces la recibirá el señor Mason. Buenas noches.

—Buenas noches —replicó Mildred, sintiéndose aliviada. Luego, subiendo a su auto, dirigióse a casa de Carlota, en la Chervis Road.

Chervis Road bordea las montañas que dominan, por el norte, a Hollywood. Carlota y Bob vivían en una estucada casita, en la ladera de la montaña. De día, la vivienda relucía deslumbradora; pero por la noche parecía un grisáceo fantasma al reflejar débilmente las luces de la ciudad.

Mildred abrió con su llave y entró en el salón, donde Bob Lawley estaba tendido en un sofá, leyendo un periódico. En la mano izquierda tenía una libreta con tapas de cuero y un lápiz en la oreja derecha. Al oír entrar a Mildred, levantó la cabeza, frunció el ceño y forzó una sonrisa de bienvenida. La recién llegada notó que su cuñado guardaba apresuradamente el cuaderno de notas que tenía entre manos.

—Hola, Mildred, no oí el auto —dijo.

—¿Dónde está Carla?

—Arriba.

—¿Dormida?

—No. Está leyendo.

—Subiré un momento a verla. No sales, ¿verdad, Bob?

—No. ¿Por qué?

—Quisiera hablar contigo.

—Perfectamente.

Mildred se detuvo un momento en el umbral, diciendo:

—Cuando hagas cábalas acerca de las carreras de caballos, Bob, no es necesario que te apresures en esconderlo todo porque yo entro.

Bob sonrojóse un momento y luego agregó:

—Me sobresaltaste, Mildred. Eso fue todo.

Mildred subió a la habitación de su hermana. Ésta se hallaba tendida en la cama, con la espalda apoyada en uno de los

almohadones que la mantenían en una postura más cómoda. Una lámpara de lectura, de rosada pantalla, estaba dispuesta sobre la cama, proyectando la luz sobre las páginas del libro que leía.

—Creí que no venías —dijo Carlota, dejando el libro.

—Me entretuvieron un rato… ¿Qué tal, cómo has pasado el día?

—Me encuentro mejor por momentos —replicó, sonriente, Carlota.

Era mayor que Mildred, y su carne tenía un tinte blanco azulado. Aunque no era gruesa, sus tejidos parecían blandos y fláccidos.

—¿Cómo va el corazón?

—Muy bien. El doctor ha dicho hoy que podría conducir mi auto dentro de un par de semanas. Será delicioso poder salir. Estoy segura de que mi *coupé* ya no se acuerda de correr.

—No tengas prisa —recomendó Mildred—. Ve con calma. Sobre todo cuando empieces a salir.

—Eso dice el doctor.

—¿Qué libro lees?

—Uno de esos modernos que pretenden tener un profundo significado social, aunque yo no lo sé ver.

—¿Por qué no lees algo más ligero?

—Prefiero esto. Las otras novelas me excitan y luego me cuesta mucho dormir. Con diez páginas más que lea de ésta, caeré dormida sin necesidad de un sedante.

Mildred rió alegremente.

—Bien, lamento haber llegado tarde. Sólo he venido a ver cómo estabas. Bajo a hablar un momento con Bob y marcho a mi casa.

—¡Pobre Bob! —murmuró suavemente Carlota—. Debe de resultar muy rudo para él tener por esposa a una inválida. Ha sido muy bueno, Millie.

—Mejor.

—Tú nunca has… sentido una gran simpatía por él, ¿verdad, Millie?

Mildred arqueó las cejas.

—No discutamos de eso ahora. Nos llevamos perfectamente.

Carlota inclinó la cabeza.

—Él se da cuenta, Millie. Quisiera que te esforzases en comprenderle mejor.

—Lo haré —prometió, sonriendo, Mildred—. Bajaré a empezar desde este momento. Sobre todo, Carla, procura no fatigarte ahora que empiezas a estar mejor.

—Debe de ser magnífico estar tan llena de salud como tú. Quisiera que pudieses prestarme un poco de salud por una hora.

—Ojalá pudiera dártela por mucho más tiempo, Carla. Pero pronto estarás mejor. Ya has pasado lo peor.

Mildred cerró lentamente la puerta y bajó al salón.

Bob Lawley cerró el periódico. Ya no tenía el lápiz en la oreja.

—¿Quieres beber algo, Millie? —preguntó, solícito.

—No, muchas gracias —Mildred sentóse frente a él y aceptó un cigarrillo. Luego preguntó—: ¿No crees que sería conveniente que los tres nos reuniéramos a charlar de negocios?

—Aún no, Millie.

—¿Por qué?

—Carla no quiere que se le inquiete con los negocios. He hablado con el médico y dice que va muy bien; pero que esa mejoría se debe principalmente a que se ha acostumbrado a desentenderse de los negocios. ¿Ocurre algo?

—Esta noche me visitó Peavis.

—¿Qué diablos quería?

—Quiere adquirir el negocio o, por lo menos, una participación.

—Mándale al diablo.

—Ya lo hice; pero resulta que se ha convertido en accionista nuestro.

—¡Accionista! —exclamó Bob, y Mildred vio una súbita inquietud reflejada en su rostro—. Pero, ¿cómo diablos ha podido…? —terminó, esquivando hábilmente la mirada.

—¿Te acuerdas de Corinne Bell? Se casó con un empleado de Peavis. Seguramente su marido la obligó a que vendiera las cinco acciones. Debí habérselas comprado yo antes de que se marchara. En realidad me olvidé por completo de ello. Son muy pocas y…

Bob parecía profundamente aliviado.

—¿Y qué puede hacer con sólo cinco acciones? —preguntó—. Es una gota de agua en un lago. Dile que se marche con viento fresco.

Mildred movió negativamente la cabeza.

—A Harry Peavis no se le puede despedir con viento fresco. Quiere algo. Le tengo miedo. Puede hacer que le permitan examinar

nuestros libros. Quizá sea eso lo que quiere. No sé. Mañana por la mañana iré a ver a un abogado.

—Buena idea. ¿A quién consultarás?

—A Perry Mason.

—No le gusta encargarse de esos asuntos. Para interesarle un poco, hay que ofrecerle un caso de asesinato.

—Si le ofrecemos lo suficiente se interesará. Este asunto requiere un abogado que sea capaz de algo más que consultar un libro de leyes y decir cuáles son y cuáles no son los derechos que uno tiene. Hace falta un hombre de ingenio.

—Bien… Mason es el hombre más indicado para encargarse de Peavis, si quiere —admitió Lawley—; pero estás haciendo una montaña de un grano de arena.

—He pensado que sería conveniente llevarle todas las acciones. Quizá quiera examinarlas.

—No lo creo necesario —se apresuró a decir Bob.

—Quizá le interese examinarlas.

Con voz nerviosa e impaciente, Bob replicó:

—Bueno, Millie, mañana por la mañana tengo un asunto muy importante y los valores están en la caja de seguridad. ¿Sabes lo que puedes hacer? Si ese abogado quiere examinar los valores te los llevaré más tarde… De todas formas no creo que le interesen. Mañana tengo que entrevistarme con una agente de seguros. ¡Una molestia muy grande! Claro que si fuese imprescindible podría dejar para otro día la entrevista.

—¿Qué te ha ocurrido, Bob? No me has dicho nada. Carla no me habló de ello.

—Uno de esos casos en que un borracho provoca un accidente. Yo ni siquiera estaba en el auto. Lo tenía junto a la acera. No comprendo cómo diablos pudo destrozarlo como lo hizo. Seguramente le patinaron las ruedas.

—¿Tomaste su matrícula?

—No. Ya te he dicho que no estaba en el auto. El coche estaba detenido. Dos o tres personas presenciaron el accidente; pero fueron demasiado tontas para tomar el número.

—Bueno, tal vez no necesite los valores —comenzó Millie—. Sin embargo, me gustaría tenerlos en mi poder. ¿No podrías ir al banco y…?

—¡Imposible, Millie! Mañana estaré ocupado durante toda la mañana. No puedo deshacer los compromisos. Si el abogado necesita los valores se los llevaré más tarde. Puedes llamarme. Mientras le expongas el caso no te serán necesarios. Con tal de que los vea la semana próxima todo irá bien.

—Es imposible —murmuró, sin convicción, Mildred.

—Trabajas demasiado, Millie. ¿No podrías tomarlo con más calma?

—Estoy bien. Los negocios marchan perfectamente y es preciso trabajar mucho para ir adelante. Bueno…, me marcho, Bob.

—Telefonéame si necesitas los valores. Podré retirarlos pasado mañana. Sin embargo, no comprendo para qué podría necesitar Perry Mason esos valores…

—Oye, Bob, ¿no podrías ir al banco y…?

—¡Por Dios! ¡No! —interrumpió Bob, levantando la voz—. ¡Qué manía! Deja ya de atormentarte.

—Bob… los valores están en el banco, ¿verdad? ¿No ha ocurrido nada con ellos?

El hombre se puso en pie.

—¡Por Dios, deja ya de hablar de eso! Ya tengo bastantes preocupaciones sin necesidad de que tú me vengas a hinchar la cabeza con tus malditos valores. Sé que no te soy simpático. Nunca te lo he sido, hiciste lo imposible por envenenar a Carla contra mí. Ahora…

—¡Cállate! Eres como un chiquillo… Además, estás gritando demasiado. No querrás que Carla imagine que nos estamos peleando, ¿verdad?

Bob se dejó caer en el asiento.

—Es una tontería. Si Mason quiere examinar los valores dile que me llame por teléfono. Me pones nervioso. Si no quieres que nos peleemos, vete en seguida.

Sin replicar, Mildred marchó hacia la puerta y salió de la casa. Mientras marchó por la Chervis Road, permanecía totalmente ajena a la belleza de la clara y estrellada noche. ¿Por qué había dado Bob tantos detalles acerca del accidente del automóvil? ¿Por qué era tan importante entrevistarse con el agente de seguros? ¿Por qué le asustaba tanto la idea de presentar aquellos valores? Reconocía haber obrado con muy poco tacto. No confiaba en su cuñado. Desde

varias semanas antes había estado buscando alguna excusa lógica para hacerse entregar los valores y quitarlos de las manos de Bob… Carla había firmado la cesión de todos sus valores entregándoselos a su marido… Claro que era absurdo creer en la deslealtad de Bob hacia su mujer. No obstante, Mildred no podía evitar la inquietud, y aquella historia del accidente del auto con la delantera destrozada…

—Debo de ser terriblemente desconfiada —murmuró Mildred—. Mas por desgracia conozco demasiado bien a mi cuñado.

Dirigióse a la sección de tránsito de la Jefatura de Policía y se enteró de que existía un informe acerca del accidente en el cual el «Buick» de Bob había chocado con otro auto, y Bob había sido reconocido culpable.

Una llamada telefónica al conductor del otro auto le permitió averiguar que Bob no iba solo en el «Buick» cuando ocurrió el accidente. Una joven rubia y muy atractiva ocupaba el asiento delantero junto a él. El hombre tomó su nombre para que pudiera declarar como testigo. Se llamaba Esther Dilmeyer, y la dirección que dio era la del club nocturno «Golden Horn». El hombre creía recordar que la mujer dijo trabajar allí; pero no estaba seguro. El conductor del auto, señor… Lawley, se portó muy correctamente, reconociendo que la culpa era suya. En el interior del auto iba otro hombre… No, aún no había pagado el importe de la avería; pero a las once de la mañana siguiente, el señor Lawley se presentaría a entregar el dinero. ¿Podría la señora por su parte decir quién era?

Mildred respondió apresuradamente:

—Pertenezco al Fondo de la Compensación a los Trabajadores… Tenemos entendido que la señorita Dilmeyer resultó herida.

—Yo fui el único que resultó conmocionado —replicó el hombre —. En el auto, acompañando a Lawley, iba otro hombre. Podría usted utilizarlo como testigo. Se llama… Un momento. ¡Ya lo tengo! Se llama Sindler Coll.

—¿Habían bebido?

—No; pero iban muy de prisa, con excesiva velocidad.

—Muchas gracias —dijo Mildred, colgando en seguida el aparato.

¿Por qué se había esforzado tanto Bob en disimular un simple accidente de tránsito? El coche estaba asegurado y la compañía

abonaría el importe del accidente… Sin embargo, parecía ser que la compañía no intervenía en el asunto. Bob se entrevistaría con el otro hombre, a las once de la mañana, para llegar a un acuerdo. Eso indicaba que la compañía de seguros no sabía nada del accidente.

Mildred Faulkner hubiera querido pensar en aquel boceto floral; pero comprendía que en aquellos momentos había algo mucho más importante.

Era indudable que Bob Lawley no deseaba explicar el motivo de la presencia en su auto de aquella empleada de un club nocturno.

# Capítulo 2

La expresión de amargo desengaño hacía aparecer a Esther Dilmeyer sumamente vieja.

A su alrededor vibraba la alegría del club nocturno, bullicio forzado que necesitaba el continuo flujo del alcohol para conservarse en el alto grado que convenía al propietario.

La orquesta interpretaba continuamente melodías en *hot*. Un maestro de ceremonias irradiaba un sintético entusiasmo mientras anunciaba, a través de un micrófono, los números que se interpretaban en la pista. Los camareros, que iban de un lado a otro, entre las mesas, seguían al pie de la letra las instrucciones de que la comida no debía ser servida a continuación de los aperitivos. A quienes habían bebido demasiado les servían licores rebajados con agua. Aquellos que bebían poco recibían la visita especial del jefe del comedor, que les exponía la alta calidad de los vinos de la lista.

Para aquellos que merecían la absoluta confianza de la gerencia, existían, en el piso superior, unas distracciones menos inocentes, a las cuales se llegaba por la puerta situada detrás del guardarropa, en la cual se veía el letrero de «No entrar», siendo acogidos a los pocos momentos por el girar de la ruleta y el murmullo de las conversaciones.

En la planta baja la gerencia animaba a sus clientes a portarse bulliciosamente. Arriba todo era distinto. La gerencia aconsejaba al traje de etiqueta y el máximo refinamiento a todos aquellos que tentaban a la diosa Fortuna. Gruesas alfombras amortiguaban los pasos. Pesados cortinajes, suaves e indirectas luces y un ambiente de suntuosa riqueza invitaba al silencio, a la corrección y a la discreción.

El hombre que ha perdido más de lo que puede y se encuentra en un sitio donde el licor abunda y el ruido es excesivo, está

expuesto a portarse «como una bestia». En cambio el hombre que se halla rodeado de riqueza y de aristocracia se siente más inclinado a portarse como un caballero y a aceptar resignadamente sus pérdidas. Hasta que se ha quitado su traje de noche y ve las cosas a la cruda luz del día, el remordimiento no le asalta y le hace ver que ha perdido demasiado. Entonces se da cuenta que lo de aceptar las pérdidas «como un caballero» es una treta utilizada por quienes se benefician de aquellas pérdidas; pero entonces es ya demasiado tarde.

Esther Dilmeyer no comprendía el complejo significado de aquella filosofía; pero sabía lo bastante para entender que si recibía la orden de trabajar en la pista o animar a algún cliente, debía balancearse al compás del ritmo sincopado, a fin de alegrar al auditorio y ponerlo en condiciones.

En las ocasiones en que subía a la sala de juego se portaba con la dignidad de una dama. Allí no se oía estrépito, ni eran bien vistos los movimientos de caderas ni acompañar con los hombros el compás de la música.

Por lo general, las mujeres miraban con fría suspicacia a Esther Dilmeyer. De los hombres podía esperarse que la miraran siempre por lo menos un par de veces, y por poco ánimo que ella les diera que estuviesen dispuestos a hacer cuanto ella quisiera. Esther comprendía a los hombres con la familiaridad que engendra el desprecio. En cambio apenas conocía a las mujeres.

Esther Dilmeyer, con los pensamientos cuidadosamente disfrazados, estaba sentada a solas a una mesa, jugueteando con el vaso que contenía jarabe de jengibre y agua de seltz, mezcla que el no iniciado en el secreto podía confundir con un combinado de champaña. La costumbre daba a sus labios una semisonrisa maquinal que contrastaba con su expresión.

¿Cuántas horas había permanecido sentada esperando la llegada de algún tonto? Era la historia de siempre. Los que iban con sus esposas la miraban con envidia, decidiendo mentalmente volver una noche en que pudiesen hacerlo solos. Con los que no iban custodiados se disponía a iniciar cualquiera de los métodos de aproximación que Esther conocía a la perfección.

Esther decíase que le estaba bien empleado. Pudo haber sacado algún partido de su vida. En cambio, confiando en su atractivo

físico y juventud, había ido a parar allí. Los hombres se sentían atraídos por ella. Esther les dejaba que la invitasen a beber. Si sólo les interesaba iniciar algunos escarceos, se libraba de ellos con el comentario de que su marido no tardaría en llegar o haciendo un guiño a alguno de los camareros, quien acudía en seguida anunciándole que la llamaban por teléfono. Unos minutos después regresaba con la misma información acerca del marido.

Si el hombre tenía dinero para gastar, ella lo animaba a derrocharlo. Si parecía ser de confianza, entonces le insinuaba algo acerca de las actividades que tenían lugar arriba. Si después de eso el interés del hombre persistía, Esther lo arreglaba de forma que le diesen una tarjeta de admisión y lo escoltaba hasta la mesa de la ruleta.

A las primeras jugadas los *croupiers* podían clasificar al hombre: el audaz, el cauto, el vacilante, el jugador sazonado y, el mejor de todos, el hombre a quien le molesta perder y que desea recuperar todo cuanto la bola se le ha llevado en las primeras jugadas.

Existía un código de señales entre Esther Dilmeyer y el *croupier*. Si la oveja tenía lana suficiente para sacarle, ella permanecía allí, supervisando el trasquileo. De lo contrario regresaba al club en busca de otros incautos.

Cuando Mildred Faulkner se acercó a su mesa, Esther la miró interrogadoramente.

Mildred sostuvo la mirada y sonrió.

Esther Dilmeyer se dispuso para la lucha. Supuso que la mujer que se acercaba era alguna esposa cuyo marido debía de haberle contado todo lo de la muchacha, de la sala de juego del piso superior y la resultante pérdida de dinero. Odiaba a los hombres que vivían ansiosos de aventuras y que luego iban llorando a casa, confesando su pecado con grandes protestas de arrepentimiento y lágrimas de cocodrilo, aunque dispuestos a repetir la aventura a la primera oportunidad.

Mildred sentóse frente a la joven.

—Buenas noches —saludó.

Algo más lejos, uno de los camareros miró hacia Esther Dilmeyer esperando alguna señal. El club no deseaba que se dieran escenas violentas.

—Buenas noches —replicó Esther.

—La vi sentada completamente sola —suspiró Mildred—. Yo también me encuentro sola. Estoy aburrida; y en cuanto me senté tres hombres se acercaron. ¿Me permite que la invite a beber y luego me marche?

Esther Dilmeyer lanzó un suspiro de alivio. No se trataba de lo que había temido. Hizo seña al camarero.

—¿Otro combinado de champaña? —dijo Mildred.

La rubia asintió.

—Traiga dos —encargó Mildred.

—Llévese éste —pidió Esther al camarero—. Está ya pasado —y luego agregó, dirigiéndose a Mildred—: Estaba demasiado pensativa y me he olvidado de beber.

Era una situación que exigía un poco de tacto. Esther no iba a sacar ningún beneficio permaneciendo sentada frente a aquella mujer. Sin embargo, no había nada malo en que Mildred Faulkner le pagara una copa.

—Mi amigo se ha retrasado un poco —dijo, consultando su reloj.

—¡Oh! ¿Estaba citada con alguien? Debí suponerlo. Bueno… no la entretendré.

—No se marche. Tenemos tiempo de beber el combinado. Suele hacerme esperar mucho.

—¿No nos hemos visto en alguna parte? —preguntó Mildred—. Su rostro no me es desconocido.

Esther Dilmeyer movió la cabeza.

—No lo creo —dijo—. No la recuerdo.

—La vi… ¡Oh, ya sé! ¿No estuvo usted en un accidente de automóvil? Un *sedán* «Buick»… Sí, recuerdo que usted iba en el coche.

—¿Presenció usted aquel choque?

—Sí. Paseaba por la calle. Si su amigo es el mismo que guiaba el auto vale la pena esperarle.

—¿Él? —rió despectivamente Esther—. Es atractivo; pero es un idiota. El otro era mi amigo. Se llama Sindler. Él sí que es guapo. ¡Ya lo sabe! ¿A qué se dedica usted? Si puede decírmelo.

—Tengo un negocio. Una tienda de flores con tres sucursales.

Llena de admiración, Esther Dilmeyer replicó:

—Debe de ser muy agradable tener un negocio propio y ser independiente. Si yo hubiera empezado a trabajar en algo práctico,

ahora tendría una experiencia más valiosa que esto que hago.

—¿Qué hace?

—Trabajo aquí para entretener a los clientes.

—Comprendo.

—No, no podría comprenderlo, a menos que lo hiciera. Es un trabajo odioso.

—¿Por qué no lo abandona y se dedica a otra cosa?

—¿Cómo hacerlo? No sé taquigrafía ni escribir a máquina; no poseo la menor experiencia comercial y por nada del mundo me dedicaría a fregarle los suelos a una mujer de esas que quieren conservar bien sus manos a fin de perder la tarde jugando al *bridge*.

—Son muchos los empleos que se le ofrecen a una mujer atractiva.

—Ya lo sé. He intentado averiguar qué clase de trabajos eran ésos, y he comprobado que resultaban peores que éste.

Mildred la observó, fijándose en la amargura de su expresión.

—No he querido decir eso —declaró—. Me refería a trabajos decentes. Yo tengo a mi servicio a muchachas atractivas, que saben dominar su mal humor y atienden amablemente al público.

La esperanza brilló en los ojos de Esther Dilmeyer cuando miró a la mujer que tenía frente a ella. Después la esperanza desvanecióse.

—Ya sé que hay gente que compra billetes de lotería irlandesa y gana una fortuna. He visto sus fotografías publicadas en los periódicos; pero yo nunca lo he comprobado prácticamente.

—Su traje es muy bonito —observó Mildred.

—¿Le gusta?

—Mucho.

—No es muy caro. Cuando se trabaja en esto hay que vestir bien; mas como no se gana lo suficiente para gastar una fortuna en trajes, al cabo de poco tiempo se aprende a comprar.

—Unas orquídeas le irían muy bien a ese traje.

—Desde luego; pero mis amigos no suelen enviarme orquídeas y yo no puedo comprarlas.

—Le enviaré unas.

—¿Tiene usted orquídeas?

—Sí. Me las pidió una cliente; pero ha caído enferma de gripe y no ha podido utilizarlas. Aún estará aquí un rato, ¿verdad? Si no se marcha se las enviaré.

—¡Magnífico! Un millón de gracias… Pero, ¿no será una molestia…?

—Ninguna. Será un placer. ¿A qué nombre debo enviarlas?

—A Esther.

—¿Sólo Esther?

—Puede dirigirlas a Esther Dilmeyer. ¿Cómo se llama usted?

—Mildred.

—Bonito nombre.

—Gracias.

El camarero trajo las bebidas.

—Buena suerte —deseó Mildred por encima de su copa.

—La necesitaré.

De súbito, Mildred preguntó:

—¿Hasta qué punto desea abandonar esto?

—¿Se refiere a mi empleo?

—Sí.

—Con toda mi alma. Llevo en él cinco años. He pasado casi todas las noches bebiendo demasiado, fumando excesivamente y respirando muy poco aire puro. Ya empiezo a acusar los efectos. Eso es lo triste y desalentador.

Mildred asintió con la cabeza.

—Una mirada a los demás y se da cuenta de que van envejeciendo —siguió Esther—; pero no cree que lo mismo le está ocurriendo a una. Luego, de pronto, el amigo nos planta y se marcha con otra muchacha más joven… ¡Oh! Si se me ofreciera una oportunidad decente plantaría este empleo ahora mismo.

—Parece usted muy amargada.

Esther Dilmeyer bebió un sorbo de su combinado.

—¿Sabe por qué? —preguntó.

—No.

—Mi amigo, aquel con quien me vio usted en el auto, es muy amigo del propietario. Hace poco se ha enamorado de otra. Ha intentado evitar que yo me enterase; pero al fin, esta tarde, lo he descubierto. Quiere que la chica ocupe mi puesto y que yo sea despedida.

»Creen que no estoy enterada. Yo permanezco aquí en mi trabajo mientras ellos, a mi espalda, van conspirando. Ahora Sindler Coll ha salido con ella, Harvey Lynk, uno de los amos de esto, ha

marchado a una cabaña que tiene en el Cañón Lilac. A la una o las dos de la madrugada todo estará arreglado. ¿Le extraña que me sienta amargada?

Mildred Faulkner movió la cabeza.

Esther siguió:

—Déme una oportunidad de ganarme honradamente la vida a fin de que pueda anticiparme a ellos y saldré de aquí tan de prisa que se marearía usted seguramente al verme.

—¿Le gustaría trabajar en una floristería?

—¡Ya lo creo! ¿Es ése su negocio?

—Sí. Soy propietaria de las «Floristerías Faulkner».

Esther Dilmeyer se llevaba la copa a los labios. Interrumpió el movimiento y dejó la copa sobre la mesa.

—Entonces usted es… la cuñada de Bob. Lo sabía usted todo…

Mildred sostuvo la mirada de Esther.

—Sí —contestó—. He venido para averiguar algo de lo que está sucediendo. Intenté sonsacarla; pero en seguida me di cuenta de que no es usted enemiga mía y sí, tan sólo, una mujer que trata de vivir.

—Entonces, lo de su oferta ha sido un cebo.

—No sea tonta, Esther.

—¿Cómo puedo saber que no es sólo una trampa para sonsacarme?

—Porque le he dicho mi nombre. De lo contrario le hubiera dicho otra mentira y hubiera sacado lo que hubiese podido.

Esther Dilmeyer jugueteó con un cigarrillo.

—Es verdad —reconoció.

—¿Desea trabajar para mí?

—¿Qué debo hacer para conseguir el empleo?

—Dedicar a su trabajo toda su voluntad, atender a los clientes y…

—Me refiero a lo que tengo que decirle…

—Nada, a menos que desee usted lo contrario.

Esther Dilmeyer recapacitó. Luego, apenada, a media voz dijo:

—No, no es posible. Le he jugado a usted una mala pasada y no podría entrar a su servicio como no fuera después de contarle toda la verdad.

—¿Desea hacerlo?

—No me entusiasma la idea de hacerlo; pero sólo así podría aceptar su oferta.

—Puede contármelo todo, si quiere. Pero si no desea hacerlo, el empleo también está a su disposición.

—No; prefiero jugar limpio.

—¿Sabe dónde está Lynk ahora? —preguntó bruscamente Mildred.

—Sí, en su cabaña, esperando a esa…

—¿Sabe dónde está la cabaña?

—¡Claro! —respondió Esther con amarga risa—. He estado allí. Todas las muchachas que trabajan aquí han ido alguna vez allí.

—Tengo que telefonear —dijo Mildred—. Entretanto, le agradeceré que me anote la dirección de la cabaña. ¿Quiere hacerlo?

Esther asintió.

Mildred dirigióse a la cabina telefónica y nuevamente llamó a Perry Mason.

—Si llama en seguida a su oficina podrá hablar con él —le dijeron—. Ha asegurado que permanecerá allí un par de horas.

Mildred marcó el número del despacho de Perry Mason. Della Street le contestó.

—Soy la señorita Faulkner —dijo—. Señorita Street, me encuentro en una situación muy apurada. Necesito ver esta noche al señor Mason.

—Lo siento; pero en estos momentos el señor Mason está trabajando en un importante asunto y hasta medianoche no terminará. No puede ver a nadie.

—¿Podría verme así después de medianoche?

—Creo que no. Él también necesita dormir.

—Óigame. Se trata de un asunto muy importante. Estoy dispuesta a pagar lo que razonablemente se me pida. Temo que mañana por la mañana sea ya demasiado tarde.

—¿De qué se trata?

—Acabo de enterarme de que mi hermana, que es inválida, ha traspasado todos sus valores a su marido. Creo que él ha depositado esos valores como garantía de unas deudas de juego. Entre esos valores figura un paquete de acciones de las tiendas de flores que yo dirijo. A medianoche sabré algo más… ¿No podría persuadir al

señor Mason…?

—Un momento —pidió Della Street—. Veré lo que puede hacerse.

Después de un intervalo de treinta segundos volvió a hablar:

—El señor Mason no terminará su dictado hasta eso de la medianoche. Entonces irá a tomar una taza de café. Si acude usted a la una de la madrugada podrá recibirla.

—Muchísimas gracias. Escuche lo que quiero decirle: Estoy interrogando a una testigo. Se llama Esther Dilmeyer. Tenga la bondad de tomar nota. Procuraré que nos acompañe. Conoce toda la verdad. Sin ella no creo que averiguáramos nada.

Della Street replicó:

—Tendré que anotarle esa entrevista, tanto si acude usted con ella como si no. Si tiene la bondad de darme su nombre y dirección…

—Mildred Faulkner. Soy propietaria de las «Floristerías Faulkner». Mi dirección es Whitney Pines Drive, ochocientos diecinueve. Tengo teléfono. Si lo desean puedo enviarles una cantidad como depósito.

—No es necesario. El señor Mason, desde luego, la recibirá a la una.

Mildred Faulkner colgó el aparato. Con decidida expresión dirigióse a la mesa, donde Esther Dilmeyer le entregó un papel doblado.

—¿A qué hora termina su trabajo aquí, Esther? —preguntó Mildred.

—Puedo marcharme después de la una.

—Quisiera pedirle algo.

—¿Qué?

—Diríjase a la oficina de Perry Mason. Es mi abogado.

—¿Cuándo?

—A la una.

—¡Es un gran abogado! Siempre he pensado que si alguna vez cometiera un asesinato, al mismo tiempo asaltaría un banco para reunir el suficiente dinero para hacer que el señor Mason me defendiese. Pero a la una de la noche no está en su despacho.

—Estará. Me ha citado a esa hora.

—¿Para qué quiere que vaya allí?

—Porque quiero deshacerme de Bob Lawley. Para eso necesitaré su ayuda, y si ha de trabajar usted para mí, no debe importarle lo que esa gente piense.

—Perfectamente. Estaré allí a la una y diez.

—Bien. En seguida le enviaré las orquídeas.

—No se moleste.

—No es molestia. Es cierto que me han quedado unas orquídeas que el cliente no ha retirado. Le sentarán muy bien con ese traje.

Esther Dilmeyer inclinóse hacia Mildred.

—Escuche —dijo—, si habla con Lynk vaya con cuidado. No descubra lo que yo le he dicho. Juré no ser nunca una chivata; pero me pilló usted en el momento de depresión y como me ofreció un empleo… Bueno, es una de las pocas veces en que alguien me ha tendido la mano. ¿Cómo se ha enterado de que a Lawley lo estaban desplumando y que yo tenía que ver algo en el asunto?

—Le pedí que me entregara unos valores… En fin, no tiene importancia.

—Le ruego que olvide todo esto. No debe ni siquiera decir a nadie que yo le he hablado.

—No tema. Y usted no diga a Lynk que yo estoy enterada de que piensa librarse de mí. No creo que esta noche desee visita. Vaya con cuidado con él y con Sindler Coll.

Mildred consultó su reloj.

—Tengo que marcharme. Tengo mucho que hacer antes de la una. Quisiera visitar a Lynk.

—Es peligroso. Tiene un genio terrible. No trate de amenazarle con Perry Mason. Espero que no sospechará de mí, pero de todas formas tengo un medio de… Mas, ¿qué le importa a usted mi dolor? Nos veremos a la una…, quizás algo más tarde.

# Capítulo 3

A las once y media, Perry Mason abrió la puerta de su despacho particular.

—No es necesario que aguarde, Della —dijo—. He terminado mucho antes de lo que esperaba. Estaré leyendo un rato hasta la una.

—Prefiero esperar.

—No hace ninguna falta. Yo hablaré con ella…

—He tomado una taza de café y ya no podría dormir antes de una hora y media.

Mason sentóse en su sillón basculante, se echó hacia atrás y apoyó los pies sobre la mesa.

—Debiera haberla recibido en las horas de oficina —declaró Della—. Hoy ha sido un día de mucho trabajo y sólo le falta ese dictado…

Con un ademán, el abogado interrumpió a su secretaria.

—En este caso no. La mujer parecía en un gran apuro.

—¿Cómo lo sabe? Ni siquiera oyó usted lo que decía.

—Observé su rostro, Della —replicó Mason.

—Es cierto que me impresionó; pero de todas formas, no veo por qué no podía esperar a mañana. ¿Es acaso tan urgente?

—Un abogado es a veces un médico —declaró Mason—. Un doctor cura el cuerpo de sus clientes. Un abogado calma las inquietudes de los suyos. Bueno, llamemos por teléfono a nuestra clienta diciéndole que he terminado el trabajo antes de lo que esperaba y que puede venir una hora antes.

En el momento en que Mason terminaba de hablar, sonó el timbre del teléfono. Della descolgó el aparato.

—Diga… Sí, es la oficina del señor Mason… ¿No puede hablar más claramente? ¿Quién es? ¿Cómo se llama?

La secretaria volvióse hacia Perry Mason y, tapando con la mano el micrófono, dijo:

—Está borracha.

—¿La señorita Faulkner?

—No. Esther Dilmeyer.

—¡Ah, sí! La testigo. Déjeme. Hablaré con ella.

Della tendió el teléfono a Mason, que preguntó:

—¿Qué ocurre, señorita Dilmeyer?

La voz que llegó hasta él era tan densa que apenas era posible entender lo que hablaba.

—Prometí ir a su oficina… no puedo… envenenada…

—¿Qué dice?

—Envenenada —repitió la voz—. Me han cazado.

Los ojos de Mason se iluminaron.

—¿Dice que la han envenenado? —preguntó.

—Sí.

—¿No está borracha?

—Esta noche no… Me creía muy lista… Se anticiparon.

—¿Dónde está?

Las palabras llegaban entrecortadas, forzadamente, entre intervalos de dificultosa respiración.

—Habitación… caja de bombones… comí… enferma. No puedo… no puedo… envíe a la policía… socorro…

La conversación terminó con un fuerte estrépito, como si el teléfono hubiera caído al suelo. Mason se desgañitó llamando a Esther Dilmeyer, mas no oyó nada. Luego, al cabo de unos instantes, se oyó colgar el aparato al otro extremo del hilo.

Della había salido disparada de la oficina en el momento en que Mason pronunció la palabra «envenenada» y, corriendo a la centralita, llamó a la central para que averiguasen de dónde procedía la llamada. Era ya demasiado tarde. Antes de que pudieran iniciarse las investigaciones, el otro teléfono había sido colgado. La secretaria volvió inmediatamente al despacho.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

—Ha dicho que alguien le envió una caja de bombones y que ella comió algunos y se envenenó. Parecía enferma o embriagada. Ahora el problema está en averiguar su dirección. Mire si en el listín hay alguna Dilmeyer.

Della hojeó el listín de teléfonos.

—No, no está —dijo.

Mason consultó su reloj.

—La señorita Faulkner debiera saber dónde está. Vea si puede.

Mildred Faulkner aparecía en el listín con su residencia particular y, además, figuraban también en él las «Floristerías Faulkner».

Al fin Della logró comunicar con la casa de Mildred.

—Deseo hablar con la señorita Faulkner —dijo—. Es muy importante.

—No está aquí.

—¿No?

—¿Sabe cuándo volverá?

—No.

—Un momento. ¿Conoce usted a una tal Esther Dilmeyer?

—No.

—Nos es imprescindible conocer su dirección.

—No la conozco. Y no me despierte a estas horas haciéndome preguntas estúpidas.

Una indignada mano colgó violentamente el auricular.

—Mirando a Mason, Della movió negativamente la cabeza.

—La señorita Faulkner no llegará hasta la una, ¿verdad? —preguntó el abogado.

—Desde luego.

—Tenemos que localizar a Esther Dilmeyer. Parecía estar en un gran peligro.

Apartando los documentos que tenía delante ordenó a Della:

—Llame a la Jefatura de Policía.

Un momento después el abogado decía:

—Aquí Perry Mason. Hace un momento he recibido una llamada telefónica de Esther Dilmeyer. Me dijo que estaba en un piso. Supongo que se trata del piso en que vive; pero ella no lo especificó. No conozco la dirección ni sé nada de ella, excepto que debía visitarme a la una de la madrugada, a fin de que la interrogase como testigo de un caso. No sé de qué se trata. Por teléfono me dijo que alguien le había enviado una caja de bombones envenenados. Hablaba con dificultad y parecía muy enferma. O bien cayó al suelo o el aparato se le escapó de entre las manos mientras hablaba.

Luego el teléfono fue colgado en la horquilla. Me dijo que sospechaba que la habían envenenado para impedirle hablar.

—¿Puede darnos su dirección?

—No.

—Está bien. Procuraremos encontrarla. Es cuanto podemos hacer.

—Tenga la bondad de comunicarme lo que hayan descubierto —pidió Mason.

—Perfectamente; pero si no encontramos su dirección no podremos hacer nada. ¿Dónde está usted?

—En mi despacho.

—¿Permanecerá ahí hasta que le llamemos?

—Sí.

—Muy bien. Hasta luego.

Mason colgó el aparato, echó hacia atrás el sillón, se puso en pie y permaneció con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón.

—No creo que la policía encuentre nada, Della —declaró—. Tal vez su nombre figure en el censo electoral. La señorita Faulkner no dijo nada más acerca de la testigo, ¿verdad?

—No.

—Procure recordar la conversación…

—¡Un momento! —exclamó ella—. Llamaba desde un club nocturno. Recuerdo que oí los compases de una orquesta… ¡Sí! Apostaría que eran los «Huauale-coma Hawaian's». Interpretaban una pieza isleña que oí hace unas semanas cuando trabajaban en la radio.

—Ya es una pista —admitió Mason—. ¿Cómo podríamos averiguar dónde trabajan?

—Creo que podré conseguirlo —replicó Della—. Mientras yo llamo a unos cuantos sitios, usted vea si se le ocurre otro medio de dar con la dirección.

La secretaria dirigióse a la centralita, y Mason, con los pulgares en las sisas del chaleco, comenzó a pasear por la estancia con la cabeza inclinada hacia delante, como si escuchara.

Antes de un minuto, Della regresó, exclamando:

—¡Ya lo tengo!

—¿Su dirección?

—Creo que podemos conseguirla.

—Explique.

—Los «Hawaian's» están en el «Golden Horn». Se trata de un club nocturno. Llamé y pregunté a la telefonista si conocía a Esther Dilmeyer. Dijo que sí, y que Esther había estado allí aquella noche; pero que se marchó muy pronto diciendo que tenía dolor de cabeza. Le pregunté si conocía a una tal señorita Faulkner y contestó negativamente. Inquirí luego cómo podríamos conseguir la dirección de Esther Dilmeyer y me dijo que ella no la conocía. Sólo el señor Lynk, uno de los propietarios, la conoce, y esta noche no está en el club.

—¿Le dijo que se trataba de algo muy importante?

—Sí. Le dije que era un asunto de vida o muerte.

—Bien, póngame con la Jefatura de Policía.

—¿Con el teniente Tragg?

—Sí. Le han pasado a la Brigada de Investigación Criminal y es un sabueso magnífico.

—¿No tuvo usted algo que ver con el traslado de Holcomb? —preguntó Della mientras marcaba el número.

—El responsable fue el mismo Holcomb. Un hombre obstinado.

—El teniente Tragg al aparato.

—Buenas noches, teniente —dijo el abogado—. Aquí Perry Mason.

—¡Qué sorpresa! Supongo que no me dirá que ha descubierto otro cadáver.

—Tal vez sí.

La voz del teniente Tragg varió.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Mason explicó:

—Tenía que entrevistarme a la una de la madrugada con una tal Esther Dilmeyer. Es testigo de un caso que desconozco aún. No la he visto nunca. Hace unos diez minutos me llamó diciéndome que había sido envenenada por haber comido unos bombones que alguien le envió. Por la manera de hablar, daba la impresión de que iba a caer muerta de un momento a otro. El teléfono pareció caer de su mano; pero un momento después fue colgado antes de que pudiera averiguar de dónde procedía la llamada.

—¿Sabe dónde está?

—Della Street, mi secretaria, ha dado una demostración de buen

detective. No perderé el tiempo explicándole los detalles; pero el resultado ha sido hallar una pista que conduce al club «Golden Horn». En ese lugar conocen a Esther Dilmeyer, que estaba allí esta noche, mas, por lo visto, los empleados no saben su dirección. Lynk, uno de los dueños, la conoce; pero está fuera. Ésta es, condensada, toda la historia. ¿Qué dice?

—Parece una humareda bastante grande —admitió Tragg—. Puede ser que arda algún fuego; pero no tenemos la menor idea de dónde se encuentra.

—Perfectamente; pero no diga que no le avisé —replicó Mason —. Si mañana alguien encuentra su cadáver y…

—¡Un momento! —interrumpió Tragg—. No se desboque. ¿Dónde está ahora?

—En mi despacho.

—¿Quiere ir a echar un vistazo al «Golden Horn»?

—¿Y usted?

—Yo sí.

—Muy bien.

—Dentro de cinco minutos pasaré a recogerle. Si puede esperar en la calle, ahorraremos todo ese tiempo.

—¿No cree que podríamos arreglar algo por teléfono?

—Lo dudo. El ir hasta allí nos llevará muy poco tiempo. Prepárese para subir al coche en cuanto oiga la sirena.

La espera a la puerta del edificio se redujo a un minuto justo antes de que Tragg detuviera el coche de la policía junto a la acera. Dejando a Della Street de guardia en el despacho, Mason acompañó a Tragg hacia el club «Golden Horn».

El teniente Tragg tenía aproximadamente la misma edad que Perry Mason. Sus facciones eran muy acusadas, sus ojos tenían la mirada penetrante y pensativa, formando un tipo enteramente distinto del sargento Holcomb. Mientras estudiaba su perfil, Mason se dijo que aquel hombre podía resultar realmente un antagonista peligroso.

—Agárrese —advirtió Tragg, tomando una cerrada curva.

Mason comprendió que disfrutaba enormemente atravesando el denso tráfico con la sirena gimiendo a toda fuerza, aunque sin perder su serenidad ni frialdad de juicio, como un cirujano que realiza una difícil operación. Su rostro expresaba una total

concentración y una completa ausencia de nerviosismo.

Tragg se detuvo frente al «Golden Horn». Bajando del coche, los dos hombres cruzaron la acera. Un gran portero de deslumbrante uniforme les cerró el paso.

—¿Qué significa esto? —preguntó con despectiva burla de su prisa.

Tragg le apartó de un empujón. El portero vaciló un momento entre seguir a los hombres o correr hacia el tubo acústico situado en la pared. Al fin se decidió por esto último y dio tres silbidos en la boca del tubo.

Tragg entró el primero en el club nocturno.

—La muchacha del guardarropa debe de saber algo —dijo Mason.

Tragg fue directamente hacia el mostrador y mostró su placa.

—¿Dónde podemos encontrar a Esther Dilmeyer? —preguntó.

—No lo sé, señor. Hace un rato alguien preguntó lo mismo por teléfono.

—¿La conoce usted?

—Sí.

—¿Trabaja aquí?

—En cierto modo. Está por aquí.

—¿Recibe una comisión por los negocios que realiza?

—No podría decírselo.

—¿Quién podría decirlo?

—El señor Magard o el señor Lynk.

—¿Dónde están?

—Esta noche el señor Lynk está fuera y no sé dónde se encuentra el señor Magard. Después que la mujer telefoneó, intenté dar con él; pero no me fue posible.

—¿Es que este local funciona sin que nadie lo dirija?

—Por lo general uno u otro de los dos se encuentran aquí; pero esta noche da la casualidad de que los dos están fuera.

—¿Quién más puede saberlo? ¿El cajero? ¿Alguno de los camareros?

—No creo. He hecho algunas averiguaciones. Le diré quién tal vez pueda contestar a sus preguntas.

—¿Quién?

—Sindler Coll.

—¿Quién es ese Coll?

—El amigo de Esther.

—¿Vive con ella?

La muchacha bajó los ojos.

—Vamos, no sea tímida. Conteste a mi pregunta.

—Creo que no.

—¿Dónde podemos encontrar a Coll?

—Seguramente la cajera tiene su dirección. De cuando en cuando cobra algún cheque aquí.

—Muchas gracias —dijo el teniente Tragg—. Además de bonita es usted inteligente. Vamos, Mason.

Cruzaron la pista de baile, apartando a las parejas que danzaban lentamente al compás de la música. Tragg se informó por medio de un camarero y luego dirigióse a la cabina de la cajera, situada entre el comedor y el club.

—¿Conoce a Sindler Coll? —preguntó Tragg, mostrando su placa de identidad.

La mujer miró vacilante, como no decidiéndose a contestar.

—¡Vamos, despierte! —ordenó Tragg—. ¿Le conoce?

—S… sí.

—¿Dónde podemos encontrarle?

—No lo sé. ¿Qué ha hecho?

—Que yo sepa, no ha hecho nada.

—¿Para qué le quieren?

—Oiga, niña. No tengo tiempo de contarle toda la historia. Necesito a Coll y lo necesito en seguida. ¿Cuál es su dirección?

—Está en los departamentos «Everglade».

—¿Qué piso?

—Un momento.

La cajera abrió un cajón y sacó de él un libro de direcciones. Los dedos le temblaban nerviosamente mientras volvía las páginas.

—¿No tiene la dirección de Esther Dilmeyer?

—No. La del guardarropa también me la pidió hace un momento. ¿Qué ocurre?

—Nada. Dénos la dirección de Coll y no pierda el tiempo.

—Es en la habitación doscientos nueve del segundo piso del «Everglade».

—¿Tiene teléfono?

—Lo ignoro. Aquí sólo tengo su dirección.
—¿Le conoce personalmente?
—Sí.
—¿Ha estado aquí esta noche?
—No.
—¿Le hubiera visto si hubiese venido?
—Sí.
—¿Suele ver a los clientes que vienen aquí?
—Pues no a todos; pero…
—Comprendo, Coll no es como todos.
—Tiene la costumbre de venir a charlar conmigo —exclamó la cajera, sonrojándose violentamente.
—Veremos si encontramos a Coll en el «Everglade» —declaró Tragg—. Oiga, ¿quién es el jefe de esto?
—Son dos socios: Clint Magard y Harvey J. Lynk.
—¿Sabe dónde se encuentra cualquiera de ellos?
—No. Lynk tiene una cabaña no sé dónde. Va a descansar a ella.
—Descansar, ¿eh? —preguntó Tragg mirando a Mason—. ¿Dónde está esa cabaña?
—Lo ignoro. En el Cañón Lilac… Y el señor Magard no se encuentra aquí en estos momentos.
—¿No sabe dónde se encuentra ahora el señor Magard?
—No. Llegará de un momento a otro.
—Cuando llegue, dígale que llame a Jefatura de Policía y pregunte por el sargento Mahoney. Encárguele que explique al sargento cuanto sepa acerca de Esther Dilmeyer. No lo olvide. Volveré a llamar dentro de un rato. ¿A qué número debo llamar?
—Intercambio tres cuarenta…
—Anótelo.
La mujer escribió en un trozo de papel.
—Bien, ya llamaré. Dígale a Magard que llame a Jefatura.
Mientras salían, Mason comentó:
—Hasta ahora no me había dado cuenta de la desventaja de ser un ciudadano vulgar.
—¿Se burla? —preguntó Tragg.
—No; me limito a hacer una observación.
—Hay que tratarlos así; de lo contrario, se ponen a contar chismes que no conducen a ninguna parte. La gente olvida que

tenemos mucho trabajo. No podemos perder el tiempo en charlas y dejar que los demás nos tomen la delantera. Para llegar a algún resultado práctico hay que colocarlos en la defensiva.

Cuando cruzaban la pista de baile, Tragg preguntó:

—¿Sabe algo de este local, Mason?

—No. ¿Por qué?

—En primer lugar porque el portero es un luchador profesional.

—¿Cómo lo sabe?

—Por la forma como se ha portado. Observe cómo adelanta el hombro izquierdo cuando cree que va a haber jaleo. Cuando entramos corrió al teléfono dando la señal que se tiene acordada para el caso de una visita de la policía. Fíjese en la oreja izquierda. Parece una coliflor.

El fornido portero les miró con fría hostilidad. Tragg, volviéndose cuando ya habían pasado de largo, amenazó con el índice el pecho del hombre.

—Eres grande —dijo—; eres duro y estás muy grueso. Ya no eres todo lo rápido que solías ser. Es más; eres tonto. Hasta que echaste a correr hacia el teléfono no supe que en esta casa había algo turbio. Puedes decirle a tu jefe que el día que yo registre este club podrá darte a ti las gracias… Si tú no se lo dices, se lo diré yo. La próxima vez que me veas, saluda. ¡Buenas noches!

Siguió hacia el coche, dejando con los ojos desorbitados por el asombro al portero del resplandeciente uniforme.

Tragg reíase mientras ponía en marcha el motor.

—Le he dejado algo en qué pensar —comentó.

Los departamentos «Everglade» debían tener, en un principio, portero, telefonista y encargados de ascensor. Las necesidades económicas convirtieron los ascensores en automáticos y el vestíbulo quedó sólo como pieza ornamental.

El teniente Tragg pulsó con el pulgar el timbre colocado junto al nombre de Sindler Coll, al otro lado de la gran puerta de cristales a través de la cual podía ver una parte del vestíbulo.

—¿No contesta? —preguntó Mason, al cabo de un momento.

—No —replicó Tragg, llamando al timbre del portero.

A la tercera llamada una indignada mujer en camisón de dormir, kimono y zapatillas abrió la puerta de uno de los pisos bajos y atravesó el vestíbulo en dirección a la puerta. Durante un buen rato

los estuvo mirando a través de los cristales, y por fin entreabrió la puerta y preguntó:

—¿Qué desean?

—Queremos hablar con Sindler Coll.

—¡Muy bonito! ¡Ahí está su timbre!… Llamen a él.

—No contesta.

—Pues yo no soy su criada.

La mujer empezó a cerrar la puerta. Tragg mostró su placa, diciendo:

—No se precipite, señora. Tenemos que hablar con él. Es muy importante.

—No tengo la menor idea de dónde se encuentra. Esto es una casa muy respetable y…

—Lo creo, señora —aseguró Tragg—; y no creo que desee ponerse a mal con la policía negándose a colaborar con ella. La casa disfruta, por ahora, de buena reputación y a usted la tenemos clasificada como mujer que respeta y apoya la ley.

La expresión de la mujer se suavizó.

—Así es —dijo.

—Ya lo sé. Vigilamos mucho estas casas y sabemos todo cuanto ocurre en ellas. Sabemos en quién podemos confiar y en quién no. Muchas veces los bancos y las empresas hipotecarias que buscan porteros para sus casas, nos piden informes acerca de alguna de ellas. Le asombraría a usted saber el cuidado que pone la gente importante en contratar a porteros que sean amigos de la policía.

—Comprendo. —La hostilidad había desaparecido del acento de la mujer. Esforzábase en convencerles de su buena voluntad—. Tal como están ahora las cosas, todas las precauciones son pocas. Si puedo hacer algo por usted…, lo que sea…

—Quisiéramos saber algo de Coll. No lo que hace, sino dónde podríamos encontrarlo. ¿Sabe quiénes son sus amigos?

—No, señor. En eso no podré ayudarlos. Es un hombre tranquilo, pero muy conocido. Suele venir a verle mucha gente.

—¿Hombres o mujeres?

—Pues… la mayoría son mujeres. Aquí no molestamos a nuestros inquilinos con tal de que no armen escándalos.

—¿Conoce a una tal Esther Dilmeyer?

—No.

—Necesitamos hablar con Coll tan pronto como llegue. ¿Querría vestirse y esperar en el vestíbulo hasta que le vea llegar? Entonces puede telefonear a la policía y preguntar por el teniente Tragg. Soy yo. Si no estoy allí, llame al sargento Mahoney y él le explicará lo que debe hacer.

—Con mucho gusto. No tardaré ni un minuto.

La mujer atravesó el vestíbulo, ciñéndose el kimono al cuerpo. Tragg se volvió hacia Mason y preguntó sonriente:

—¿No le extraña el estar colaborando con la policía?

La respuesta de Mason fue inmediata:

—No. Lo más extraño es que la policía colabore conmigo.

Tragg echó hacia atrás la cabeza y rió violentamente. Luego pidió:

—Ahora Hábleme del caso, Mason.

—¿Qué caso?

—¿No ha dicho que Esther Dilmeyer era una testigo?

—Sí. Es un caso civil y no puedo darle ningún detalle sin el permiso de mi cliente. Lo único que puedo decirle es que Mildred Faulkner, propietaria de las «Floristerías Faulkner», me llamó por teléfono y quedó en visitarme a la una.

—¿De la tarde?

—De la madrugada. Primero pidió que la recibiese a las diez y media de la mañana. Luego volvió a llamarme y, muy nerviosa, declaró que necesitaba verme en seguida, esta misma noche. Quedamos en que la recibiría a la una, pensando que ella no aceptaría; pero aceptó la oferta rápidamente y me dijo que también iría a verme Esther Dilmeyer, que era una importante testigo. Por lo que deduje que sin la declaración de Esther Dilmeyer mi cliente no podría presentarse ante ningún juez.

—Entonces hay que suponer que alguien se enteró de lo que pensaba hacer Esther Dilmeyer y la envenenó para impedirle hablar.

Mason asintió.

—Empecemos a trabajar por el otro lado —dijo Tragg—. Pregunte a Mildred Faulkner cuáles son las partes adversarias. Las sonsacaremos.

—No podemos hablar con la señorita Faulkner. Della Street, mi secretaria, ha intentado hablar con ella. Aún está intentándolo

desde el teléfono de mi despacho.

Tragg indicó el teléfono con un movimiento de cabeza.

—Llámela.

Mason entró en la cabina telefónica y llamó a su oficina.

—¿Algo nuevo? —preguntó.

—No he logrado hablar con ella —dijo Della Street—. He estado llamando a las tres sucursales. En ninguna me han contestado.

—Bien…, estamos siguiendo la pista de un tal Coll; pero aún no hemos podido dar con él. He encargado que Magard, el socio de Lynk nos llame en cuanto llegue.

—Dejaré libre una de las líneas y utilizaré la otra para mis llamadas.

—Si consigue alguna dirección, comuníquela a Jefatura.

—Dígale que pregunte por el sargento Mahoney —dijo Tragg.

—Pida que la pongan en comunicación con el sargento Mahoney —siguió Mason—. Encárguele que envíe a unos cuantos policías a casa de Esther y que si es necesario echen abajo la puerta.

Mason colgó el teléfono y al salir de la cabina preguntó:

—¿Cree que sería conveniente llamar al «Golden Horn»? De todas formas, no creo que Magard haya aparecido por allí.

—Yo lo haré —replicó Tragg.

Aguardó a que Mason saliera de la cabina. Entonces entró y marcó el número del club nocturno.

Mason, que había quedado fuera, miró hacia el suelo y vio algo blanco. Inclinóse y lo recogió.

—¿Qué es eso? —preguntó Tragg.

—Un pañuelo de mujer. Se lo daré a la portera. Lleva la inicial «D»…

El brazo de Tragg asomó por la puerta de la cabina llamando frenéticamente a Mason. El abogado acudió en seguida y Tragg, cubriendo con la mano el micrófono, explicó:

—Magard ha llegado ya. Parece que no ha querido hacer caso de mi encargo. La telefonista me pone en comunicación con él… Buenas noches, señor Magard. Aquí el teniente Tragg, de Jefatura. Le dejé un aviso para que llamase a Jefatura. ¿Por qué no lo ha hecho?… Es curioso que haya llegado usted en el momento en que yo telefoneaba.

Hubo un intervalo durante el cual se oyó la lejana voz de

Magard mientras el teniente Tragg guiñaba un ojo a Mason.

—Está bien —interrumpió el policía—. Déjese de explicaciones. Quiero saber dónde vive Esther Dilmeyer. Necesito verla en seguida… ¿Cómo? Pues abra la caja de caudales y véalo.

Tragg volvió a tapar el micrófono con la mano.

—Ahora ya sé que oculta algo —dijo—. Se ha hartado de dar explicaciones y de presentar excusas. Es una señal segura. Creo que estamos sobre la buena pista. —Retiró la mano y dijo—: Sí…, sí. ¿Es que no trabaja para ustedes? ¿Dónde puedo encontrarla…? ¿Está seguro?… Oiga, es muy importante y no quiero perder el tiempo… Está bien…, está bien… No tiene la menor idea… Un momento. ¿No está inscrita en algún seguro social?… Comprendo… Oiga, tal vez necesite hablar de nuevo con usted. No se marche sin dejar dicho adónde va y el número del teléfono al que podamos llamarle.

Colgó el aparato y volviéndose a Mason, dijo:

—Es muy extraño.

—¿No sabe dónde vive?

—No. Dice que el único medio de que una mujer que trabaje en un club nocturno conserve su reputación, es evitando que nadie sepa su dirección. Me parece muy extraño.

—A mí también —admitió Mason.

—Sin embargo, eso ha dicho. El hombre afirma que Esther Dilmeyer nunca les dio su dirección; que trabaja a comisión y que no la consideran una empleada.

La puerta de la portería se abrió. La mujer acudió hacia ellos vistiendo un traje de calle. En el momento en que iba a hablar, su mirada se fijó en la puerta, que se estaba abriendo.

—¡Ahí llega Coll! —exclamó.

Tragg esperó a que el recién llegado estuviese a mitad de camino del ascensor, observando la rapidez de su marcha.

—¿Va a apagar algún fuego? —preguntó alcanzándole.

Por lo visto, el hombre no se había fijado en ellos hasta aquel momento.

—Señor Coll, el señor es… —empezó la mujer.

—Déjeme arreglar este asunto —interrumpió Tragg, adelantándose y mostrando a Coll su placa de identidad.

La reacción del otro fue instantánea. Dio media vuelta hacia la

puerta de la calle, dispuesto a salir huyendo; luego, reaccionando, volvió hacia el teniente Tragg.

Éste permaneció amenazadoramente silencioso y Coll empezó a perder la serenidad, cerrando fuertemente los puños.

—¿Qué significa esto? —preguntó el recién llegado.

Tragg no respondió en seguida. Mason y él estudiaron a Coll. Era un hombre de caderas estrechas, cuya chaqueta estaba fuertemente enguantada por los hombros. Su bronceado rostro indicaba que corrientemente Coll paseaba mucho al aire libre y sin sombrero. El negro y rizado cabello acusaba, por su simetría, la intervención de la mano de un peluquero profesional. A pesar de sus cinco pies y diez pulgadas, el hombre no pesaba más de sesenta y cinco kilos.

La voz de Tragg sonó con la belicosidad de un policía que lucha con un violador de la ley.

—¿A qué venía esa prisa?

—Quería acostarme.

—Necesitamos unos informes.

—¿Qué quiere saber?

—¿Conoce a una tal Esther Dilmeyer?

—¿Para qué la necesita?

—Estamos tratando de localizarla. Sabemos que usted conoce su dirección.

—¿Eso es todo lo que necesitan?

—Por ahora sí.

La expresión de alivio de Coll resultaba casi cómica.

—Esther Dilmeyer…, empleada de un club nocturno, ¿verdad?

—Eso mismo.

Coll sacó del bolsillo un cuaderno de notas; pero advirtiendo el interés con que Tragg observaba el temblor de sus manos, guardó el cuaderno y declaró:

—¡Ya recuerdo! Vive en el edificio «Las Armas de Molay».

—¿Cuál es el número de su piso?

Coll frunció el entrecejo, como si concentrase sus pensamientos.

—Trescientos veintiocho.

—¿Cuándo la vio por última vez?

—No recuerdo.

—¿Hace una semana? ¿Quizás una hora?

—Ayer seguramente. Está en el «Golden Horn». De cuando en

cuando voy por allí…

—Está bien —asintió Tragg—. Márchese a la cama. Vamos, Mason.

El edificio «Las Armas de Molay» se parecía mucho al anterior. La misma puerta cerrada, la misma serie de buzones y de timbres. La llamada al de Esther Dilmeyer quedó sin respuesta. De nuevo Tragg se vio obligado a llamar al portero y le hizo que les acompañara a la habitación de Esther Dilmeyer con una llave maestra. Subieron dos tramos de escalera y recorrieron después un estrecho corredor cubierto por una delgada alfombra y lleno de rancios olores y húmedas emanaciones como las que exhalan de un sitio reducido donde duermen muchas personas.

El 328 estaba en el ángulo sur. Por el tragaluz se veía que la habitación estaba iluminada. Tragg llamó y, no recibiendo respuesta, llamó a la portera:

—Está bien, abra la puerta.

La mujer vaciló un momento, luego introdujo la llave en la cerradura. La puerta se abrió.

La figura de una mujer vestida con una falda y chaqueta de *cheviot*, medias de lana y zapatos de suela de goma, aparecía tendida junto a la puerta. El teléfono había caído al suelo. Una caja de bombones estaba abierta sobre una mesita y un papel, en el cual seguramente había sido envuelta la caja, estaba debajo de ésta. La tapa se encontraba a un lado. Sobre ella veíase una tarjeta manchada de chocolate, en la cual se leía: «Esto la hará sentirse mejor». La firma eran las iniciales «M. F.». El espacio que quedaba libre entre los bombones era la única indicación que de momento podía tenerse acerca del número de bombones que la víctima había comido. Un rápido examen permitió a Mason deducir que los bombones comidos eran unos ocho, todos de la capa superior, ya que la inferior aparecía intacta.

Tragg se inclinó sobre la mujer y le tomó el pulso; después, dirigiéndose a la portera, ordenó:

—Baje a llamar por teléfono a Jefatura y dígale al sargento Mahoney que el teniente Tragg ha encontrado ya a Esther Dilmeyer y que indudablemente está envenenada. Que venga en seguida con una ambulancia y con los del servicio antropométrico.

Mason apoyó una rodilla en el suelo y examinó la inmóvil

figura.

—¿La colocamos en otro sitio? —preguntó.

Tragg volvió a tomarle el pulso. La respiración de la mujer era lenta y trabajosa. El cuerpo conservaba aún calor.

—Parece más una droga que un veneno activo. Quizá podamos sacarla de esto.

—Podemos probar —admitió Tragg—. Tendámosla de espaldas. Bien. Vea si encuentra algunas toallas calientes y frías. Empezaremos con las frías.

Mason dio el agua fría y llenado el lavabo, sumergió en el frío líquido una toalla de baño, tendiéndola después a Tragg, que humedeció el rostro de la mujer, azotándolo después con la toalla. Por último aplicó la fría tela a la desnuda piel del estómago.

No se advirtió la menor señal de recuperación del sentido.

—¿Quiere una caliente? —preguntó Mason.

—Sí; probemos.

Durante cinco minutos, Tragg operó, alternativamente, con toallas frías y calientes.

—Es inútil —dijo al fin—. La ambulancia ya debiera estar aquí. —Miró el teléfono—. No quiero tocar nada. Usted tampoco lo haga, Mason. Especialmente esos bombones y el envoltorio.

Mason asintió, cerró el grifo del agua y mientras Tragg se incorporaba, fue a echar un vistazo al cesto de los papeles. A continuación abrió la puerta del ropero y miró dentro.

Vio colgados unos seis lujosos trajes de noche con los zapatos que les hacían juego. Por comparación, los trajes de diario parecían malos y escasos.

Impaciente, Tragg gruñó:

—No sé si la portera ha llamado ya a Mahoney o no…

Interrumpióse al oír el gemido de una sirena.

—Me alegro de que nos quiten este asunto de entre las manos —declaró el teniente—. No me gusta la responsabilidad de que una mujer pueda morir.

—Quisiera pedirle que permitiese a mi doctor intervenir en los auxilios.

—¿Por qué?

—Sus médicos son buenos, pero esa mujer no recibirá en un hospital de urgencia los cuidados que puede proporcionarle mi

médico. Deseo que la conduzcan al hospital Hastings, que la instalen en una habitación particular y que el doctor Willmont colabore con los otros médicos que deban intervenir.

—Willmont, ¿verdad?

—Sí.

—¿Quién paga?

—Yo.

—¿Por qué?

—Porque el caso me interesa.

Señalando la tarjeta colocada en la tapa de la caja de bombones, el teniente Tragg observó:

—He notado que en la tarjeta aparecen las iniciales «M. F.».

—¿Y qué?

—Mildred Faulkner.

—¡Bah! —gruñó Mason—. Nadie enviaría a otra persona una caja de bombones envenenados metiendo en ella una tarjeta para que la policía la encontrase en seguida.

—No puede asegurarse que semejante torpeza sea imposible —replicó Tragg—. Las reglas no significan nada cuando se trata de crímenes cometidos por mujeres.

—Por lo cual, usted deduce que yo deseo que esta mujer no muera, a fin de que mi cliente, a la cual ni siquiera conozco ni he visto nunca, no sea acusada de asesinato. Por cierto… —Consultó su reloj, agregando—: Tengo que entrevistarme con ella dentro de un cuarto de hora.

Tragg se echó a reír y dijo:

—Está bien. Dicho así no parece tan grave. No creo que exista inconveniente en que sea trasladada al hospital Hastings, si puede conseguir que el doctor Willmont se haga cargo de la enferma.

—Puedo probar. Bajaré a llamar por teléfono.

Fue rápidamente hasta la escalera, cruzándose con dos enfermeros que subían con una camilla:

—Sigan hasta el final del pasillo —les dijo—. Luego espérenme en la puerta de la casa. Les diré dónde deben llevar a la mujer.

# Capítulo 4

Perry Mason abrió la puerta de su despacho particular. Della Street estaba sentada en un ángulo de la mesa, junto al teléfono.

—¡Hola! —saludó Mason—. He llegado casi con diez minutos de retraso. ¿Sabe algo de nuestra cliente?

—No.

—Eso me curará de mi vicio de conceder entrevistas durante la noche.

—¿Cómo se encuentra Esther Dilmeyer? —preguntó Della.

—La he enviado al hospital Hastings. Pude comunicar con el doctor Willmont. Llegará a tiempo de hacerse cargo de ella en cuanto la saquen de la ambulancia. Parece que le han administrado alguna droga; pero aún es pronto para asegurar nada. A veces una droga narcótica se administra para cubrir los efectos de otro veneno. Sin embargo, estoy casi seguro de que la salvarán.

—¿Asustó a Magard?

—Fue el teniente Tragg quien le metió el pánico en el cuerpo.

—Parecía muy asustado.

—¿Llamó por teléfono?

—Sí. Dijo que creía que usted había estado en el «Golden Horn» con un oficial, pidiendo informes. Me dijo que él había dado ya al policía los informes que necesitaba y me preguntó si usted necesitaba algo más.

Mason se echó a reír.

—¿Qué le dijo usted?

—Le di las gracias.

Mason consultó su reloj.

—Bueno —dijo—. Creo que podemos marcharnos ya y recordar el caso para que nos sirva de experiencia. Un momento… Parece que llega alguien.

Oyeron un rápido taconear en el pasillo.

Mason abrió la puerta.

—Muchas gracias por haberme esperado, señor Mason —dijo Mildred Faulkner—. Lamento mucho haber llegado tan tarde. No pude hacerlo antes.

Mason la examinó atentamente.

—Pase usted, señorita Faulkner. Le presento a mi secretaria, la señorita Street. Por favor, siéntese en este sillón. Está sin aliento. Y muy nerviosa. ¿Un cigarrillo?

—No, gracias. Tengo que ir muy de prisa, señor Mason.

—¿Qué ocurre de malo?

—Es una historia muy larga y no sé por dónde empezarla.

—Pues empiece por la mitad y siga adelante —aconsejó Mason.

Mildred echóse a reír.

—Se trata de lo siguiente. Mi hermana Carlota y yo fundamos las «Floristerías Faulkner». Eso fue antes de que Carla se casase. Cada una de nosotras tenía la mitad de las acciones, excepto un grupo de cinco que cedimos a una de nuestras empleadas a fin de que, ateniéndonos a los requisitos de la ley, pudiera ocupar el tercer puesto en el consejo directivo.

»Harry Peavis es un gran competidor. Acapara la gran masa del negocio de flores. Me ha sido siempre simpático. En algunos extremos es un nombre muy ingenuo; pero en los negocios es muy sagaz. Además, es duro y a veces carente de tacto, aunque con gran habilidad innata.

—¿Cuál es su papel en este asunto? —inquirió Mason.

—Consiguió obtener las cinco acciones que dimos a nuestra empleada.

Mason frunció el entrecejo.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Quiere entrometerse en sus negocios?

—Eso creí yo, de momento. Cuando me pidió que anotase la transferencia, hizo un burlón comentario acerca de que iba a ser un socio silencioso; pero creo que en el fondo de todo ello hay algo muy grave.

—Continúe.

—Mi hermana se casó hace más de un año. Unos dieciocho meses.

—¿Con quién?

—Con Robert C. Lawley.

—¿A qué se dedica el marido?

Mildred hizo un gesto más expresivo que las palabras y contestó:

—Administra el dinero de mi hermana.

—¿Tiene bastante con eso para estar ocupado?

—Antes hubiera tenido bastante.

Sonriendo, Mason comentó:

—Eso parece indicar que bajo su administración las cosas no han ido tan bien como debieran.

—No.

—¿Qué dice su hermana a eso?

—Hace un año, Carla comenzó a padecer del corazón, y no visitó a un médico tan pronto como hubiera debido hacerlo. Siguió trabajando activamente y cuando al fin tuvo que rendirse, el mal había hecho demasiados progresos. El médico dice que le costará mucho volverla a poner bien. Entretanto no debe ser molestada ni excitada.

—¿Conoce la verdadera situación de los negocios?

—Ojalá esté enterada de ello —declaró, vehemente, Mildred.

—¿Usted no se lo ha preguntado nunca?

—No hablamos nunca de su marido —replicó Mildred—. Nunca he sentido simpatía por él. Carla opina que me dejo llevar de los prejuicios.

—¿Ella le ama?

—Está loca por él. Y su marido es lo bastante listo para mantenerla en este estado. Algunos halagos y esas pequeñas atenciones que anhelan todas las mujeres es cuanto necesita el hombre. Ya sabe usted lo que sucede cuando la esposa es rica.

—Eso quiere decir que desaprobó desde el primer momento la boda.

—Claro. Siempre opiné que Bob era un cazador de dotes.

—Y él conoce sus sentimientos.

—Desde luego. Hemos procurado disimular nuestros respectivos sentimientos. Antes de que Carla enfermase, salíamos juntos los tres y Bob se mostraba tan amable conmigo que Carla me miraba como preguntando: «¿No ves lo bueno que es, Millie?».

—¿Qué hacía usted?

—Procuraba mostrarme tan suave como él, mas por dentro ardía, pues me molestaban las hipocresías.

—Bien —murmuró Mason—. Eso es el fondo del asunto. ¿Qué ha ocurrido luego?

—Bob posee toda la confianza de Carla. Cuando mi hermana enfermó, él se hizo cargo de sus negocios. Si Carla le hacía alguna pregunta, él replicaba que no debía atormentarse por los asuntos, ya que todo marchaba viento en popa.

—¿Y usted no lo ha creído?

—En seguida supe que no era verdad.

—¿Cómo?

—Hace una semana, Bob se halló presente en un accidente de automóvil. Nadie habría sospechado nada de no haber sido por el extraño comportamiento de mi cuñado. Bob es como un libro abierto cuando una aprende a conocerlo. Cuando dice una mentira lo hace con tal arte, encajando bien las piezas, que se comprende, en seguida, que aquello es demasiado bonito para ser cierto.

—¿Mintió en lo del accidente?

—Sí. Lo comprobé y en seguida empecé a reflexionar sobre la situación. Cuando Peavis me pidió que anotara en mis libros la transferencia de las acciones, comprendí que si alguien manipulaba aquellas cinco acciones y además se hacía con la parte de Carla, convertíase en el amo real del negocio. Mi hermana y yo siempre deseamos que nuestro comercio fuera una empresa familiar. Incluso me olvidé de aquellas cinco acciones, pues habíamos seguido trabajando sin preocuparnos de nadie. Sin embargo, aquellas cinco acciones representan el contrapeso del poder.

—Supongo que va usted a decirme que su cuñado ha logrado apoderarse de las acciones de su esposa.

—Así es; pero aún hay algo peor. Es indudable que Bob ha estado gastando más de lo que podía. Carla tiene ilimitada confianza en él. Le dio plenos poderes y le entregó una cesión de todos sus valores, pues el médico nos aconsejó que no la inquietáramos con los asuntos de negocios. Siempre he sospechado que Bob no fue ajeno a ese consejo del médico, a quien debió sobornar.

—¿Sabe dónde están los valores? —preguntó Mason.

—Parece ser que los tiene un tal Lynk, uno de los propietarios

del «Golden Horn». La mujer con quien iba mi cuñado en el momento del accidente, es una de las empleadas del club. De ella fue de quien le hablé a usted por teléfono. Supongo que llegará de un momento a otro.

—No vendrá —declaró Mason.

—¿Qué quiere decir?

—Alguien le envió una caja de bombones envenenados… Me llamó por teléfono a las once y media y casi no podía hablar. Perdió el sentido mientras hablaba conmigo.

—¿Dice que le enviaron bombones envenenados? —preguntó Mildred Faulkner.

—Sí.

—Pero, ¿quién pudo hacer tal cosa?

—En la caja de bombones iba una tarjeta en la que se leía: «Esto la hará sentirse mejor», yendo firmada con las iniciales «M. F.». ¿Sabe usted algo de eso? A mí me parece extraño.

Con los ojos muy abiertos, Mildred replicó:

—Pero… esa tarjeta la escribí yo.

—¿Y la envió con los bombones?

—¡Por Dios, no! Yo, señor Mason, empecé a trabajar como detective aficionado. Aquel accidente de automóvil fue la clave de partida. Después de la visita de Peavis comprendí en el apuro que me vería si Bob había hecho algo con aquellos valores. Sabía que Carla los había transferido, dándole plenos poderes ante notario.

—Creí que era Lynk quien tenía los valores.

—Peavis debe de tener algo que ver en ello. Sin duda está en relación con Lynk.

—Cuénteme lo de la tarjeta.

—En cuanto Bob empezó a darme explicaciones acerca del accidente, comprendí que en aquello había algo turbio que él no deseaba que yo averiguase. Por lo tanto empecé a investigar. Podía hacerlo fácilmente porque la otra parte había informado al departamento de circulación. Según parece, en el momento del accidente, Bob acababa de salir del «Golden Horn» y en el auto le acompañaban Sindler Coll y Esther Dilmeyer.

»No creo que Bob entregase deliberadamente las acciones para conseguir dinero que invertir en el juego; pero creo que le persuadieron de que tenía abundante crédito y que el resultado

debió ser que se fue enredando y llenando de deudas a causa de su mala suerte en el juego.

—Explíqueme lo de la tarjeta.

—Fui al «Golden Horn» y trabé amistad con Esther Dilmeyer. La mujer se sentía muy abatida y por lo que me dijo, supuse que ella y Sindler Coll eran muy amigos y él…

—Está bien —interrumpió Mason—; ¿qué hay de la tarjeta?

—Le envié unas orquídeas —dijo Mildred.

—¿Cuándo?

—Al marcharme. Le dije que tenía un negocio de venta de flores.

—¿Le contó ella lo de los valores?

—No; pero me hizo comprender lo que sucedía.

—¿Entregaría Peavis las acciones si usted le amenazara con un proceso?

—No. Cuando Peavis echa la mano a algo, no lo suelta hasta el último momento. Podríamos recuperar las acciones, pero antes nos veríamos obligados a pleitear durante cinco años, y antes que recurrir a eso convendría más venderle el dominio de la sociedad. Pero, dígame, señor Mason, ¿por qué han dicho que mi tarjeta estaba entre los bombones siendo así que se encontraba entre las orquídeas?

—Alguien la retiró de las orquídeas y la colocó en los bombones. ¿Cómo envió las orquídeas?

—Por un mensajero de la «Western Union».

—¿Iban envueltas?

—Estaban en una caja.

—¿Del tamaño de una caja de bombones?

—Sí.

—¿Dónde las envió?

—Al «Golden Horn».

—¿Y dirigidas a ella?

—Sí.

—¿Cómo? A mano, con lápiz, tinta o a máquina…

—Con pluma y tinta. Escribí su nombre y dirección en el envoltorio de la caja, ¿comprende?

—¿Era la caja del tamaño de una de tres libras de bombones?

—Creo que sí.

—Alguien pudo coger aquella caja en el «Golden Horn» y

diciendo que la entregaría a Esther Dilmeyer, quitar las orquídeas y colocar con todo esmero los bombones envenenados.

—Es posible. Recuerdo que le dije al mensajero que no era preciso que hiciera personalmente la entrega; pero que se asegurase de que las flores llegarían a manos de Esther.

—Seguramente entregó las flores al conserje —sugirió Mason.

—Sin duda.

—¿Cuánto valen sus acciones?

—Mucho más de lo que consta en ellas. Tengo tres tiendas. Las tres dan beneficios. Soy mi propia jefe, dirijo el negocio y obtengo buenos beneficios, de forma que el negocio lleva una marcha ascendente. Por lo tanto, vale más de lo que marcan las acciones. Es decir, que cada mil dólares nominales significan, en realidad veinticinco mil. Claro que no podría vender mis citadas acciones sobre semejante base.

—Quizá tenga que gastar algún dinero —observó Mason—. ¿Hasta qué límite puedo llegar?

Sin vacilar, Mildred replicó:

—Si es necesario, llegue hasta diez mil dólares.

—Pero, ¿no más?

—N… no. Es decir, no lo haga sin antes consultarme.

—No creo que tenga que gastar nada y, desde luego, no llegaré a semejante suma. En fin, haré lo que me sea posible.

Volviéndose hacia su secretaria, ordenó:

—Della, llame al «Golden Horn» y pídale a Magard la dirección de la cabaña de Lynk.

Mildred vaciló un momento, y por fin, abriendo el bolso, sacó un papel y lo tendió a Mason, diciendo:

—Aquí tengo la dirección de la cabaña del Cañón Lilac.

—¿Dónde la obtuvo?

—Me la proporcionó Esther; pero no la descubra.

—Está bien. No lo haré. Della, tome un taxi y vaya a su casa a dormir. Señorita Faulkner, la llamaré por teléfono dentro de una o dos horas.

Mientras se ponía el sombrero y el abrigo prosiguió:

—Cálmese y no se preocupe. Todo se arreglará. Esa gente tiene además del club nocturno una sala de juego y por lo tanto hay puntos débiles en su coraza.

Levantándose de su asiento, Mildred Faulkner declaró:

—Me siento mucho más tranquila que durante las últimas horas. Este suceso me ha afectado mucho.

—Bien, lo arreglaremos lo mejor que nos sea posible.

—¿Se dirige usted al «Golden Horn»?

—No, voy al Cañón Lilac si Lynk no ha regresado al club.

—Ocurra lo que ocurra, llámeme en cuanto… Bueno, llámeme a las tres. Le estaré aguardando.

—La avisaré. Della, cierre la casa y apague las luces. Yo me marcho.

# Capítulo 5

La carretera del Cañón Lilac serpenteaba continuamente. De ella partían numerosos caminos laterales, siguiendo los contornos de las montañas y conduciendo a solitarias casitas casi en plena ciudad y que, sin embargo, parecían tan lejanas.

En un tiempo, antes de que la ciudad iniciara su fenomenal desarrollo, el Cañón Lilac estaba en pleno campo, dedicado a cabañas donde se pasaba el fin de semana, lugares donde los habitantes de la ciudad podían pasar tranquilos sábados y domingos.

Luego, la ciudad habíase extendido. El Cañón Lilac era demasiado salvaje para edificar en él casas modernas; pero servía para la erección de casitas económicas situadas a una fácil distancia de la población.

De pronto Mason, a quien le había costado bastante trabajo dar con la carretera que conducía a la casa de Lynk, vio ante él, a cierta distancia, un número de coches detenidos frente a una cabaña cuyas luces estaban totalmente encendidas, dejando ver a unos cuantos hombres que estaban en ella. Hombres que no se molestaban en quitarse los sombreros. Podía tratarse de una fiesta hollywoodense; pero no se oía ninguna algarabía ni carcajada.

Mason hizo que la luz de los faros de su coche diera en la matrícula de uno de los coches detenidos. Vio que llevaban todos la letra «E» dentro de un rombo, distinto de los coches de la policía.

Mason pasó de largo frente a la casa y trescientos metros más allá de la misma, dio media vuelta y apagando los faros, detuvo el coche a poca distancia de la casa, dirigiéndose hacia ella.

Uno de los hombres que estaban en la galería le reconoció y dirigióse hacia él, preguntando:

—¿Qué tal, señor Mason? ¿Puede decirnos algo?

—¿Acerca de qué? —preguntó el abogado.

—Del crimen. ¿Cómo ha llegado tan a tiempo? ¿Quién le ha contratado? ¿Qué ocurre?

—Creo que saben ustedes más que yo —contestó Mason.

—¿Sobre qué?

—Sobre el crimen.

—¿No sabía usted nada de él?

—No.

—Entonces, ¿qué hace aquí?

—Quería ponerme en contacto con el teniente Tragg. Le llamé a Jefatura y me dijeron que estaba aquí. No me explicaron qué sucedía. ¿Dice que han matado a un hombre?

—Sí, de un tiro en la espalda. Con un revólver calibre treinta y dos. Eso aseguran.

—¿Se conoce al culpable?

—No.

—¿Quién es el muerto?

—Harvey J. Lynk.

—No le conozco. ¿A qué se dedicaba?

—Tenía muchos negocios. Era uno de los dueños del «Golden Horn», un club nocturno en cuyo primer piso hay algo.

—¿Habitaciones? —preguntó Mason.

—Ruleta, dados y demás.

—¿Para qué servía esta casa? ¿Como nido de amor?

—Aún no se sabe.

—¿Quién es el otro dueño?

—Clint Magard.

—¿Se le ha avisado?

El periodista se echó a reír.

—La policía le ha avisado y todos los periódicos de la ciudad han enviado a su casa a alguno de sus reporteros.

—¿A qué tanto ruido?

—La historia parece muy interesante. Una mujer está complicada de alguna forma en el asunto. Se ha encontrado un maletín de mujer, polvos, vestidos sobre el tocador, un cigarrillo con rojo de labios en la boquilla… Tragg posee ya un par de pistas sobre las cuales trabaja. Sospecho que podremos saborear uno de los más jugosos escándalos que se han visto en mucho tiempo. Una

dulce muchacha que pelea por defender su honor y que por fin empuña un revólver. Lynk la agarra. Ella no tiene la menor noción de haber apretado el gatillo. Sin embargo, oyó una detonación y Lynk cae de espalda. Atontada, la mujer suelta el arma y huye temerosa de contar a nadie lo ocurrido porque… Bueno, ¿para qué voy a explicarle a usted cómo se puede defender a una acusada? A lo mejor, será usted el abogado defensor que cobrará diez mil dólares por idear la defensa que yo le sugiero gratuitamente.

Mason se echó a reír.

—Bien, si Tragg está tan ocupado no le molestaré. Hablaré con él en otro momento.

—¿Quiere que le diga que ha venido?

—No le diga nada. Prefiero sorprenderlo antes de que sepa que le busco.

—¿Le quiere dar una sorpresa? —preguntó el reportero.

—No. En realidad no quiero que se quiebre la cabeza pensando para qué puedo necesitarle.

—¿No quiere usted decirnos para qué busca a Tragg?

—No es nada de interés para ustedes.

—¿Sabe si intervendrá o no en este caso?

Mason se echó a reír.

—Ni siquiera sabía que hubiera ocurrido nada. No he visto nunca a Lynk e ignoraba que le hubieran asesinado.

—Bien, hasta la vista…

Volvióse hacia la carretera saludando:

Un hombre apareció en el umbral de la puerta, y su sombra se proyectó en el porche. Era el teniente Tragg.

—Limpiadlo todo en busca de huellas dactilares y… ¿Dónde está el fotógrafo? Quiero una foto…

Interrumpióse a mitad de la frase, llamando:

—¿Qué diablos hace usted aquí?

—Me dirigía a mi coche —contestó Mason—. Acompáñeme.

—No, estoy demasiado ocupado. Hable aquí…

Mason indicó con un ademán al grupo de reporteros.

—Puede que tenga razón —admitió Tragg.

Siguió a Mason hasta donde éste había dejado su coche.

—Bien —dijo el teniente—. ¿Para qué deseaba ver a Lynk?

Mason sonrió.

—A decir verdad creía anticiparme a usted; pero ha ocurrido al revés.

—¿Qué quiere decir con eso de anticiparse?

—Deseaba informarme acerca de los amigos de Esther Dilmeyer.

—¿Creyó que Lynk podría informarle?

—Creí que sí.

—¿Qué le hizo creerlo?

—No sé —respondió evasivamente Mason.

—¿Por qué no habló con Magard? Estaba en la oficina, donde los informes estaban más al alcance de la mano.

—Pensaba hablar con los dos.

Tragg le miró, pensativo.

—Holcomb siempre decía que usted jugaba sucio, Mason —dijo al fin—. Yo no opinaba igual, creyendo tan sólo que usted estaba en un lado y él en otro. Usted se movía más de prisa de lo que podía hacerlo Holcomb.

—¿Y qué?

—Ahora empiezo a comprender al sargento Holcomb. A usted no le gustaba dar informes.

—No puedo hacerlo.

—¿Por qué?

—Debo proteger a mis clientes.

—Precisamente deseo hablarle de su cliente. ¿Qué sabe de ella? ¿Qué dijo cuándo fue a visitarle?

—¿A dónde?

—A su despacho. ¿No me dijo que tenía una cita a la una?

—Se trata de un asunto sin ninguna importancia y no creo que mi cliente se opusiera a que yo se lo revelase a usted. Sin embargo…, como abogado… En fin, creo preferible no decirle nada acerca de los asuntos de mi cliente.

—La cita era para la una.

—Sí.

—Supongamos que la entrevista durase veinte o veinticinco minutos. —El policía consultó pensativo su reloj—. Forzosamente ha venido directo aquí, sin perder un minuto. ¿Cómo obtuvo usted la dirección, para llegar en tan poco tiempo al lugar del hecho?, y, ¿cómo supo usted que a Lynk le habían asesinado?

—Me lo dijo una periodista.

—¿Cómo lo ha sabido usted?

—A mí me lo comunicó Jefatura. Me ordenaron que viniera aquí.

—Pero, ¿no sabe cómo se descubrió el crimen?

—No. Alguien llamó a Jefatura y dijo que enviasen un coche aquí.

—¿Un hombre o una mujer?

—Una mujer.

—¿Y enviaron un coche?

—Sí. La mujer pretendió llamar desde la cabaña y dijo que alguien rondaba por el exterior.

—Sin duda era la amiguita de Lynk. Alguien debía de rondar por allí.

—Lynk estaba muerto, mucho antes que avisasen a Jefatura —declaró Tragg.

—¿Cómo está tan seguro de ello?

—Lo dice el doctor, no yo… Se inspira en la coagulación de la sangre, en el *rigor mortis* y en otros detalles técnicos… Fijan la hora de la muerte alrededor de la medianoche. Si no hubiéramos llegado tan a tiempo, mañana habrían tenido que fijar la hora entre las diez de la noche y la una de la madrugada. En cambio, ahora pueden fijarla con una precisión casi total.

—¿Sabe algo nuevo del caso Dilmeyer? —preguntó Mason.

—No. Tuve que dejar ese asunto por ocuparme del otro. Creo que se curará. ¿De veras no sospechó usted que Lynk no gozaba de buena salud?

—¿Y vine a descubrir el cadáver? No, nada de eso, en absoluto.

Tragg estudió un momento al abogado. Luego se rascó el cabello de encima de la oreja izquierda.

—Usted habla con su cliente y viene hacia aquí. Cualquiera supondría que Esther Dilmeyer era una de sus testigos, Lynk el otro y que alguien tiene interés en impedirle ganar el pleito.

—Si averigua algo que relacione este asunto con el caso Dilmeyer, avíseme —pidió Mason.

—Siempre y cuando me comunique lo que descubra usted.

—Lo haré —prometió Mason—. Hasta luego.

El abogado cuidó de no hacer arrancar su coche con excesiva violencia. Hasta que se halló a un buen medio kilómetro de la

cabaña, no pisó el acelerador.

Desde un restaurante de los abiertos toda la noche llamó al doctor Willmont, a quien preguntó:

—¿Qué opina del caso Dilmeyer, doctor?

—La muchacha saldrá con vida.

—¿Estaban envenenados los bombones?

—Sí. Todos ellos.

—¿Qué veneno se utilizó?

—A juzgar por los síntomas de la enferma, supongo que se utilizó veronal, cuyo sabor agridulce se disfraza muy bien por el sabor del cacao. No hemos podido analizar aún los bombones, mas a juzgar por el sabor y por otros factores, suponemos que cada bombón contenía unos cinco a siete granos de veronal[1]. El veronal es peligroso cuando se toma en dosis superiores a setenta granos, y como en este caso la enferma debió de comer los bombones muy despacio, el soporífero hizo efecto antes de que pudiera comer los suficientes bombones para que la dosis fuese mayor de la prudente.

—¿Está usted seguro? —preguntó Mason.

—Casi seguro, a juzgar por el estado de la paciente y por el contenido de los bombones. Lo que más ha tomado han sido unos cincuenta granos de veronal. Por lo tanto, podemos dar la curación como segura.

—Bien, siga cuidándola. Procure que la atiendan lo mejor posible y que una enfermera esté siempre a su lado. Vigile sus comidas. No quiero que vuelvan a intentar su envenenamiento.

—Eso ya se ha prevenido —replicó secamente el médico.

—¿Cuándo recobrará el conocimiento?

—Aún tardará. Le hemos hecho un lavado de estómago; pero de todas formas tiene en el organismo la suficiente droga para que siga durmiendo durante un buen rato. No creo aconsejable hacer que se despierte.

—Avíseme en cuanto recobre el conocimiento y asegúrese de que no puede ocurrir nada más.

—¿Cree que sucederá algo? —preguntó el doctor Willmont.

—No lo sé. Debía acudir a mi oficina a proporcionarme unos informes. Es un testigo e ignoro lo que sabe. Es indudable que alguien se ha tomado muchas molestias para impedirme que lo averigüe.

—Dentro de veinticuatro horas podrá hablar —aseguró el doctor Willmont.

Pensativo, Mason dijo:

—Cabe dentro de lo posible que la persona que le envió los bombones no quisiera matarla, sino simplemente impedirle hablar durante las siguientes veinticuatro horas. En otras palabras, puede que cuando despierte sea ya demasiado tarde.

—Puede estar seguro de que no le ocurrirá nada más —prometió el médico—. Nadie podrá visitarla sin mi permiso. Tengo a tres enfermeras turnándose junto a ella.

—Bien, doctor, confío en usted.

Mason colgó el teléfono y dirigióse hacia la casa de Mildred Faulkner en Whiteney Pines Drive.

—¿Qué ha descubierto? —le preguntó Mildred.

—Saldrá con vida —replicó el abogado—. Le administraron una droga que parece ser veronal. Vive usted muy alta.

—Sí. Compré esta casa hace seis meses, cuando Carla enfermó. Deseaba estar cerca de ella.

—¿Está cerca?

—Sí. Ella vive en Chervis Road, al otro lado de la montaña.

—¿A qué distancia?

—Caminando no se emplean más de cinco minutos. Puede que esté a un cuarto de kilómetro.

—En coche se debe estar a un salto.

—En efecto. ¿Por qué la envenenaron? ¿O es que tomó una dosis excesiva de soporífero?

—No. Fue envenenada. Es decir, estaban envenenados los bombones; tenían una dosis de veronal.

Mildred acercóse a una estufa y murmuró:

—Siéntese. Tengo frío.

Mason dejóse caer en una silla y observó a la mujer.

—¿Qué le ocurre? —preguntó—. ¿Se ha resfriado?

—Creo que sí. La tensión ha sido muy grande. Vamos, cuénteme. Supongo que es alguna mala noticia.

Mason afirmó con la cabeza.

—Eso era lo que temía. Lynk no es de los que se asustan fácilmente.

—¿Por qué cree que le traigo alguna mala noticia?

—Porque si fuese buena, me la habría comunicado en seguida. ¿Quiere beber algo?

—Un whisky con seltz.

Mildred abrió un licorero y sacó whisky escocés, hielo y sifón.

—Bonito licorero —comentó Mason.

—En efecto. Es como una pequeña nevera eléctrica, produce el hielo que necesito y conserva frío el seltz. ¿Qué dijo Lynk? No ha entregado aún los valores a Peavis, ¿verdad?

—No lo sé.

—¿No se lo quiso decir?

—No estaba en condiciones de hablar.

—¿Qué quiere decir? ¿Estaba borracho?

Mildred hizo la pregunta mientras servía el licor, y la mano con que sostenía la botella, le temblaba lo bastante para que el gollete tintineara contra el vaso. El abogado esperó hasta que ella hubo terminado y entonces anunció:

—Lynk fue asesinado alrededor de la medianoche.

Por un momento pareció que las palabras no significaban nada para la mujer. Siguió sirviendo sifón; pero de pronto, con nerviosa sacudida, apartó el vaso, preguntando:

—¿He oído bien? ¿Muerto?

—Asesinado.

—¿A medianoche?

—Sí.

—¿Quién lo mató?

—No lo saben. Le hirieron por la espalda con un revólver del treinta y dos.

—¿A medianoche?

—Sí.

—Eso parece querer decir que necesito una coartada. Por fortuna la tengo.

—¿No le mató usted?

—No, no.

—¿Dónde se encontraba en aquellos momentos?

—Estaba… ¡Pero eso es absurdo! Lo que menos podía yo desear era que le sucediese algo antes de que yo recuperase las acciones.

Calló un momento y sacó una botella de coñac.

—El whisky con seltz está muy bien para beberlo en sociedad;

pero el coñac quita mucho mejor el frío. ¿Me acompaña?

—No. Y no creo que usted deba beberlo.

—¿Por qué? —preguntó Mildred, volviéndose bruscamente hacia el abogado.

—Porque si ahora toma el coñac encima del whisky, dentro de media hora tendrá las ideas tan turbias que se creerá capaz de hacer cosas que no puede.

—¿De qué me está usted hablando?

—¿Dónde está el abrigo de pieles que llevaba cuando fue a visitarme a mi despacho?

—Pues en el ropero.

—¿El del vestíbulo?

—Sí.

Mason dejó el vaso y fue hacia el sitio que Mildred indicó. Abrió el ropero y descolgó el abrigo de piel.

De pronto, Mildred corrió hacia él, gritando:

—¡No, eso no! No debe…

Mason hundió la mano en el bolsillo derecho y sacó de él un revólver calibre treinta y dos.

—Cuando entró usted en mi despacho me pareció que llevaba en el bolsillo algo pesado.

Como si el descubrimiento la hubiera dejado incapaz de moverse, la mujer permaneció inmóvil y callada.

Mason abrió el cilindro del arma y comprobó que uno de los seis cartuchos había sido disparado.

Olió el cañón y luego, colgando el abrigo, cerró el ropero. Dirigióse a un sillón y situóse en él dejando el revólver sobre un taburete próximo.

—Bien —sonrió.

Mildred dirigióse adonde había dejado su whisky con seltz y preguntó:

—¿Puedo beberlo?

—Sí. Le hará bien. Pero no abuse.

La mujer bebió la mitad del contenido del vaso, mirando al abogado con el terror pintado en el semblante.

—Hace un frío impropio de esta época —dijo Mason—. He observado que cuando el día es caluroso, por la noche sopla el viento del desierto y el frío es mayor. El abrigo debe de haberla

mantenido en calor, creo yo.

—Siento escalofríos —tartamudeó Mildred.

—El whisky la calentará. ¿Desde cuándo tiene ese revólver?

—Desde hace dos años.

—¿Tiene permiso de armas?

—Sí.

—¿Lo compró en la ciudad?

—Sí.

—¿Sabe lo que pueden hacer con una bala los expertos en balística?

—No. ¿Qué?

—El rayado del cañón de cada revólver deja una señal característica en la bala que dispara.

—¿Quiere decir que por ser mi abogado me previene…?

—Yo no soy su abogado.

—¿No lo es? Yo creí…

Mason movió la cabeza.

—Este caso no puede interesarme.

—¿Por qué no?

—No sé lo bastante del caso. Yo no me ofrezco en venta. Mi cerebro no es un objeto como un coche que cualquiera puede adquirir pagando el precio que exigen por él. Cualquiera puede comprar un auto con carrocería a prueba de balas y utilizarlo para cometer un crimen.

—¿Habla en serio, señor Mason? ¿Cree que le maté yo?

—No lo sé. Aunque lo hubiera usted hecho, podría tratarse de un homicidio justificado. Todo cuanto le digo es que no la representaré hasta que sepa todos los detalles del caso.

—Eso significa…

Mason consultó impaciente su reloj de pulsera y dijo:

—Esto significa que la policía llegará de un momento a otro. Si he de ser su abogado es necesario que yo lo sepa antes que ellos. Un pequeño ensayo de su declaración permitiría apreciar cuáles son sus puntos débiles. Empiece.

—No quiero que me represente.

—¿No?

—Deseo que defienda usted a mi hermana Carlota.

—¿Qué tiene ella que ver con esto?

Tras un breve silencio, Mildred dijo:

—Oiga, señor Mason. Si es usted el abogado de Carlota y yo le explico cuanto sé, la policía no podrá obligarle a que lo repita, ¿verdad?

Mason aseguró:

—Nada de cuanto usted me diga saldrá de mis labios.

—Pero, ¿es legal?

—¡Al diablo la legalidad! —exclamó Mason—. No se quede aquí diciendo tonterías. Si he de hacer algo necesito saber de qué se trata.

—Es muy sencillo —empezó Mildred—. Esta noche fui a ver a Carlota y a Bob. Hablé con mi cuñado y le dije que para mañana por la mañana necesitaba los valores, pues Peavis se había presentado con cinco acciones. Bob se mostró tan indiferente, pero al mismo tiempo, puso tantos reparos en entregarme los valores, que mis sospechas se despertaron y… bueno, no estoy segura, pero creo que es posible que Carla nos estuviese escuchando todo cuanto hablamos desde lo alto de la escalera.

—Dése prisa.

—Bob necesitaba recuperar los valores, aunque sólo fuese para podermelos enseñar y convencerme de que aún los tenía, siendo así que los había dejado en depósito como garantía de un dinero recibido. Seguramente corrió a ver a Lynk.

—¿Por qué lo cree?

—Yo… ese revólver…

—¿Qué ocurre con él?

—Después de haber hablado con Esther Dilmeyer, decidí que era conveniente volver a hablar con Bob. Pensé que todo sería más fácil si me era posible acudir a su oficina en condiciones de explicarle toda la verdad…

—Déjese de contarme lo que pensó. Dígame lo que hizo.

—Fui a ver a Bob.

—¿Qué dijo?

—Nada. No estaba allí.

—¿Dónde estaba Carla?

—No estaba tampoco.

—Quizá salieron los dos.

—No. No comprende. Carla ha permanecido varios meses sin

salir de casa. No se ha movido de la cama durante más de dos meses. Últimamente paseaba ya un poco por la casa y, de cuando en cuando, Bob la llevaba a pasear en coche.

—Quizá Bob la llevó en el auto.

—No. Faltaba el coche de Carla.

—¿Cree que ella lo condujo?

—Estoy segura. Sólo ella lo utilizaba.

—Bob fue a algún sitio —dijo Mason—. Usted cree que fue a ver a Lynk. ¿Dónde cree entonces que fue su hermana?

—Sospecho que le siguió.

—¿Supone que Bob mató a Lynk?

—Creo que Carla… ¡No sé lo qué ocurrió!

—Perfectamente. ¿Dónde encontró el revólver?

—Pues… cuando volví por segunda vez a casa de mi hermana y vi que ella y su marido estaban fuera encontré ese revólver en el tocador de Carla.

—Creí que usted había dicho que el revólver era suyo.

—Lo es; pero hace dos meses se lo presté a Carla. Estaba mucho tiempo sola en casa y yo quería que tuviera alguna protección.

—¿Salía mucho Bob?

—Sí. No se podía exigir a Bob que no se moviera de casa porque Carla era una inválida. Supongo que él…

—Se distraía por esos mundos, ¿verdad? —preguntó Mason.

—Sí.

—¿Estaba el revólver en el tocador cuando estuvo usted por primera vez en la casa?

—No. También faltaban algunas cosas de Carla. Algunas de sus medicinas y unas prendas de ropa.

—¿Qué supone usted qué ocurrió?

Las palabras brotaron con nerviosa rapidez de los labios de la mujer.

—Sospecho que siguió a Bob hasta la casa de Lynk. Creo que Bob llevaba mi revólver y mató a Lynk con él. Carla debe de saberlo. ¡Dios mío! ¡Ojala supiera yo dónde está ella en estos momentos! Estoy muy inquieta. Y lo de levantarse y conducir su auto ya fue bastante malo; pero la conmoción de descubrir lo de Bob, de enterarse del asesinato… ¡Es horrible!

—Entonces… usted cree que ella volvió a la casa, ¿verdad?

—Sí.

—¿A qué hora?

—Lo ignoro. Salí de allí a la una menos cuarto. Por eso tardé un poco en llegar a su despacho. Llegué a la una menos veinte y perdí unos cinco minutos registrando la casa y tratando de comprender lo que había sucedido. Entonces decidí correr a su oficina y usted me contó lo de que Esther Dilmeyer había sido envenenada. Luego me dijo que iba a ver a Lynk… Traté de convencerme a mí misma de que todo estaba bien.

—¿Creía ya entonces que Harley Lynk estaba muerto?

—No lo sabía, pero me había dado cuenta de que el revólver fue utilizado.

—¿Cómo lo sabía?

—Porque abrí el cilindro y encontré un cartucho disparado.

—Eso quiere decir que el revólver está lleno de sus huellas dactilares.

—Creo que sí.

—¿Y se lo metió en el bolsillo?

—Sí.

—¿Cree que Bob es el asesino?

—Sí.

—¿Y que Carla lo sabía?

—Sí.

—¿Y que Carla volvió a su casa, empaquetó algunos objetos de su pertenencia y se marchó?

—Sí.

—¿Cree que Bob volvió a ella?

—No. Considero a Bob incapaz de hacer frente a los efectos de su locura. Creo que mató a Lynk y huyó.

—Entonces —siguió secamente Mason—, siguiendo su razonamiento, supondremos que Carlota se apoderó del revólver después que Bob lo hubo utilizado para cometer el crimen.

Mildred se mordió el labio inferior y volvió el rostro, evitando que Mason pudiera verle los ojos.

—Creo que sí.

—Usted sabe perfectamente que eso carece de toda lógica. ¿Quiere que represente a su hermana?

—Sí.

—¿Y a usted no?

—No. Yo sabré cuidar de mí misma.

—No esté segura —advirtió Mason—. Si ésta es el arma del crimen, se encuentra en su poder y lleva encima sus huellas dactilares.

—Le digo que puedo cuidar de mí. No pueden acusarme de nada. Soy fuerte. Pueden interrogarme y no me harían ningún daño. No pueden probar nada contra mí.

—¿Dónde estaba usted a medianoche?

—Estaba… estaba en la oficina de mi tienda tratando de comprobar el dinero que podría reunir en el caso de que fuera necesario comprar aquellos valores.

—¿Quiere usted de verdad que represente a su hermana?

—Sí, por favor. Quiero que la ayude.

Mason dijo:

—Nadie debe saber que ella salió. Si su marido es el asesino, ella no se verá mezclada en el caso.

—No me comprende. Si viera usted cómo se encuentra… Si la interrogan o los periódicos la asedian a preguntas acerca de Bob y del revólver, todo lo que se ha conseguido en estos meses del tratamiento se perderá. Perderá la vida o su corazón se agravará tanto que ya no le será posible curarse.

Mason preguntó:

—¿Quién me pagará por representarla?

—Yo.

—Si trabajo para ella no trabajaré para nadie más.

—¿Su interés se antepondrá a todos los otros?

—Desde luego.

—Eso es lo que quiero.

—Si sus intereses se interponen en su camino, la trataré como a una enemiga y la heriré con la misma fuerza que si se tratara de una extraña.

—Así deseo que trabaje usted.

—¿Conoce la prueba de la parafina? —preguntó bruscamente Mason.

—¿A qué se refiere?

—Para averiguar si una persona ha disparado recientemente una pistola.

—¿Qué tiene que ver la parafina con eso?

—Cuando se dispara un revólver, un invisible chorro de partículas de pólvora es lanzado hacia atrás y se incrusta en la piel de la mano. Son partículas invisibles a simple vista; pero que siempre se incrustan en la mano.

»La oficina para la Investigación Científica del Crimen ha ideado un nuevo sistema para comprobar si una persona ha disparado un revólver. Vierten parafina derretida sobre las manos del sospechoso, refuerzan esa capa con otra de algodón y luego lo cubren todo con cera. Cuando la parafina se ha secado se retira todo como si se tratara de una alfombra. En la parafina van incrustadas las partículas de pólvora. Luego todo junto se echa a un recipiente junto con unos reactivos que al mezclarse con los nitratos sufren un cambio de color perceptible a simple vista.

—Comprendo —murmuró Mildred Faulkner.

Mason declaró:

—Si Carlota no disparó el revólver, será mucho mejor para ella acudir ahora mismo a la policía y confesar toda la verdad. Así, antes de que sea demasiado tarde, la policía podría someterla a la prueba de la parafina y comprobar así que ella no disparó el revólver. Eso la libraría de toda sospecha.

—Pero, ¿y… si fue ella quien disparó?

—En tal caso, con un cartucho disparado, pudiendo comprobar la policía que el revólver estuvo en poder de su hermana, con la prueba de la parafina mostrando que había disparado recientemente el arma, y con la afirmación de los peritos balísticos de que la bala que mató a Harvey Lynk partió de ese revólver, su hermana iría directamente a la cámara letal de la cárcel de San Quintín.

Y secamente Mason agregó:

—El hecho de que a Harvey Lynk lo mataran por la espalda, no permite el pretexto de la defensa propia.

Mildred Faulkner se levantó y dirigióse hacia el arma que descansaba en el taburete, junto a Mason.

—Creo que no debía haber tocado el arma con mis manos —dijo.

—Así es —replicó Mason.

—¿No podríamos borrar las huellas dactilares?

—Yo, no.

Mildred cogió el revólver, y, sacando de su monedero un pañuelo, frotó con él las superficies del arma.

Mason observaba indiferente lo que hacía la mujer.

—Cuidado con ese revólver —advirtió—. Tiene el dedo entre el guardamanos y el gatillo.

Una sirena se oyó en el exterior, cesando cuando el coche se detuvo.

—A menos que me engañe mucho, dentro de un momento llegará el teniente Tragg, de la Brigada de Investigación Criminal, y cuando se encuentre con ese revólver limpio de huellas dactilares… ¡Cuidado…!

Mason saltó del sillón y precipitóse sobre Mildred, agarrándola de una muñeca; pero llegó demasiado tarde.

Sonó una detonación y la bala atravesó el cristal de la ventana, sembrando de fragmentos el porche.

En el intervalo de asombrado silencio que siguió al disparo, el timbre de la puerta resonó, imperioso. Alguien golpeó con los puños en la puerta, mientras el teniente Tragg gritaba:

—¡Abran a la policía o echo abajo la puerta!

—Ya hemos llegado a lo que temía —comentó indiferente, Mason, sentándose de nuevo en un sillón y bebiendo a pequeños tragos el whisky con sifón—. Ahora le toca a usted arreglar este lío.

Mildred Faulkner permanecía inmóvil, con la mirada fija en el revólver.

—¡Dios mío! No creí que se disparara. El pañuelo se enganchó en el percutor y como tenía el dedo en el gatillo…

—Es preferible que abra la puerta al teniente Tragg. Sospecho que va a destrozar una ventana.

Mildred se inclinó a ocultar el revólver bajo el mueblecito escritorio situado en un extremo de la estancia.

Con tolerante sonrisa, Mason comentó, moviendo la cabeza:

—¡Malo, malo! Al teniente Tragg eso no le gustará.

Mildred salió al vestíbulo y abrió la puerta de par en par.

—¿Qué significa esto? —preguntó.

—¿Quién acaba de disparar? —inquirió el teniente Tragg, entrando en la casa—. ¿No es el auto de Mason el que está fuera? ¿Se encuentra aquí?

—Sí.

—¿Quién disparó?

—¿Ha disparado alguien?

—¿No ha oído el disparo?

—Creo que no. Me pareció que se trataba del pinchazo de un neumático.

El teniente Tragg lanzó un bufido y entró en el salón.

—Hola, Mason. Veo que está usted en todas partes.

—El viajar es muy instructivo —replicó el abogado—. Y como ya debe saber, ésta es la señorita Faulkner. Teniente Tragg, comprobará usted que la señorita Faulkner es propietaria de un excelente whisky escocés y, para que tome usted buena nota de ello, le comunicaré que no la represento legalmente.

Tragg se quedó mirando fijamente a Mason.

—¿Dice que no la representa?

—No.

—Entonces, ¿qué diablos hace aquí?

—Llevando a cabo una visita de cumplido y probando un excelente whisky.

—¿Hizo usted aquel disparo?

—No.

La mirada del teniente recorrió velozmente la estancia. Al fin vio el agujero en la ventana y fue a examinarlo.

—¡Por Dios! —exclamó Mildred—. El cristal está agujereado por un balazo. Entonces es que hubo un disparo. Alguien tiró contra mí.

—¿A través de la ventana?

—Sí.

—¿Oyó usted el disparo?

—No. Oí la llegada de su auto. Creí que se trataba del escape del motor. Nunca creí que fuese un disparo.

—Comprendo —asintió Tragg—. Alguien le disparó desde fuera de la casa.

—Sí.

—Perfectamente. Examinemos esto. Tenemos un agujero en la cortina y otro en el cristal. Eso nos indica la trayectoria de la bala. Coincide con mi auto, o sea que el autor del disparo se encontraba frente a nosotros; pero subido en unos zancos de cinco metros de altura.

—¿Fue usted quien disparó?

Tragg hizo como si no hubiera oído la pregunta.

—Si tuviera usted tanta experiencia como yo, podría saber a simple vista por qué lado de la ventana entra una bala. Y como en la habitación se advierte un fuerte olor a pólvora sin humo, me veré obligado a registrar la estancia.

—No puede hacerlo. ¡Se lo prohíbo!

—A pesar de todo la registraré.

—No puede hacerlo sin una orden judicial, ¿verdad, señor Mason?

—El señor Mason no la representa —interrumpió Tragg.

—Ya lo sé; pero puede contestar a mi pregunta.

Mason bebió plácidamente un sorbo de whisky, dio una chupada al cigarrillo y no contestó. El teniente Tragg dijo:

—Señorita Faulkner, dejémonos de tonterías y vayamos al grano. Si me dice usted quién hizo el disparo que oímos al llegar y qué se ha hecho del arma utilizada, no la llevaré a Jefatura ni la haré registrar…

»Un momento. Usted debía de encontrarse de pie aquí. Oyó llegar mi auto. En el momento en que yo lo detenía usted debió disparar… Luego yo llamé a la puerta. Pues bien, el sitio más lógico para esconder el arma es debajo de ese escritorio.

Dirigióse hacia el mueble; pero Mildred le contuvo, exclamando:

—¡No puede hacer eso!

Tragg la apartó a un lado.

—No haga tonterías —advirtió—. De lo contrario, dentro de media hora tiene la casa llena de policías.

—¡Pero usted no puede…! ¡Oh!

Tragg se había arrodillado y acababa de meter una mano debajo del escritorio.

Mason oyó acercarse un auto. Aplastó la colilla de su cigarrillo en un cenicero, desperezóse y, conteniendo un bostezo, exclamó:

—Bien, si el teniente me lo permite…

—El teniente no le permite nada —interrumpió en tono decidido Tragg.

—¿Quiere decir que piensa retenerme usted aquí?

—Quiero decir qué antes de marcharse tendrá que explicarme qué hacía aquí.

El auto estaba ya más cerca.

Mason advirtió:

—El sargento Holcomb nunca quería que yo estuviera presente cuando tomaba declaración a un sospechoso. Opinaba que mi presencia resultaba perturbadora. Es curioso mi carácter. Cuando estoy presente en un interrogatorio no puedo evitar el dar consejos acerca de los derechos constitucionales, advertir acerca de las trampas y así por el estilo.

Tragg refunfuñó:

—Usted gana. Lárguese de aquí.

Mason sonrió tranquilizador a Mildred Faulkner.

—Hasta la vista. No se moleste en acompañarme. Conozco el camino.

Cuando Mason salía del salón, el teniente Tragg decía:

—Bien, señorita Faulkner, ahora cuénteme: ¿por qué disparó el revólver?

—Fue un accidente.

Mason abrió la puerta principal.

—¿Trataba usted de herir al señor Mason o intentaba él quitarle el revólver…?

Mason cerró suavemente la puerta y salió al porche. Un *coupé* se había detenido detrás del *sedán* de Tragg. Una mujer iba a bajar de él. Haciendo seña de que se detuviese, Mason acudió junto a ella.

—¿Qué ocurre? —preguntó la mujer.

—¿Es usted la señora Lawley? —preguntó en voz baja Mason.

—Sí, soy la hermana de Mildred. ¿Qué pasa…?

—Suba de nuevo a su coche, dé la vuelta y siga carretera adelante hasta que yo la alcance. Dése prisa. La policía está en la casa y…

La mujer ahogó una exclamación.

—¿Es usted Perry Mason, el abogado?

—Sí. Su hermana desea que yo la represente a usted.

—¿A mí? ¿Por qué?

—No lo sé; pero a menos que desee que la lleven a Jefatura, haga en seguida lo que le he dicho.

Dirigióse a su coche, puso en marcha el motor y armó el suficiente escándalo para disimular el que pudiera producir Carlota Lawley, a quien siguió rápidamente, alcanzándola a unos doscientos metros de la casa y haciéndole seña para que se detuviese.

—¿Iba usted a su casa? —preguntó.

—Pues… yo…

—No vuelva a su casa. Diríjase al hotel «Clarmount», inscríbase como la señora de Charles X. Dunkurk, de San Diego. Asegúrese de que recuerda bien el apellido. Dunkurk. Suba a la habitación, métase en la cama y permanezca allí. No escuche la radio, no lea los periódicos. Limítese a permanecer allí hasta que reciba noticias mías. Seguramente mañana o quizás hoy, a última hora.

—¿Tendré que esperar allí…?

—Sí. No quiero llamar la atención visitándola a las tres o las cuatro de la madrugada. Tengo mucho quehacer antes de que volvamos a vernos.

—¿Y no quiere hablar conmigo ahora? ¿No desea hacerme ninguna pregunta…?

—No. Tengo cosas más importantes y necesito que nadie sepa dónde está usted.

—Mi marido…

—Olvídelo y diríjase al hotel «Clarmount». ¿Sabe dónde está?

—Sí.

—Pues dése prisa. El teniente Tragg no es ningún tonto. Ahora está muy emocionado por haber hallado un revólver en el salón de Mildred; pero no tardará mucho en recordar que he armado un ruido excesivo al marcharme.

Sin decir más, Carlota Lawley pisó el acelerador y alejóse hacia delante.

# Capítulo 6

Al quedar a solas con Mildred, Tragg aguardó a que se apagara el ruido de la marcha de Mason y vio cómo la mujer convertía en desafiadora la mirada que antes había sido de temor. No era una cobarde. Era una mujer hermosa, acostumbrada a las cortesías de los hombres, y que en aquellos momentos se encontraba cazada en una trampa. Al policía sólo le quedaba cerrar los dientes de la trampa.

Porque la tenía por completo en su poder y porque ella, ingenuamente, no se daba cuenta del peligro de enfrentarse con un experto policía, Tragg vaciló un momento y al fin, con cierta admiración por el valor de la mujer, dijo:

—Señorita Faulkner, le voy a hacer dos preguntas. Sus respuestas a esas dos preguntas decidirán nuestras futuras relaciones. Si me dice la verdad podré ayudarla.

—¿Qué preguntas son esas?

—La primera: ¿Envió usted a Esther los bombones envenenados?

—No.

—La segunda: ¿Mató usted a Harvey Lynk?

—No.

Tragg se sentó en un sillón y, acomodándose en él, replicó:

—Acepto su palabra. Si hubiera usted matado a Harvey Lynk y hubiese enviado a Esther Dilmeyer los bombones envenenados, yo hubiera sido el primero en aconsejarle que se atuviera a sus derechos constitucionales y no respondiera a mis preguntas.

Despectivamente, Mildred comentó:

—Si yo hubiese contestado afirmativamente a sus preguntas, usted me hubiera dicho magnánimamente: «Señorita Faulkner, puesto que me ha dicho la verdad, le aconsejo que no conteste a ninguna pregunta más, pues podría hacerse condenar».

Tragg sonrió.

—Nada de eso. No esperaba que usted se reconociera culpable; pero me hubiera sido fácil, por su actitud, adivinar si lo era o no lo era.

—Entonces —siguió Mildred, siempre con el mismo desprecio—, habiendo comprobado que no soy culpable, usted ha cumplido ya su deber y no es necesario que perdamos más tiempo.

—No vaya tan de prisa. En primer lugar, no he dicho que la reconociera a usted inocente. Y en segundo lugar, si no es usted culpable, puede, no obstante, saber algo que puede resultar de gran valor.

—¿Aún no se ha convencido de que soy inocente?

—No.

—Creí haberle oído decir que no me consideraba culpable.

—No. Le dije que si usted hubiera sido culpable, yo habría sido el primero en aconsejarle que no respondiera a mis preguntas. Ahora le explicaré un poco eso que no entiende. Si es usted culpable, no conteste a mis preguntas, *¡porque si es culpable haré que caiga en una trampa!*

—Pues bien, no soy culpable, y aunque lo fuese, no creo que pudiera usted obligarme a reconocerlo.

—Creo que sí que podría —replicó—, por lo menos nueve veces entre diez.

El silencio de Mildred era muy significativo.

—Recuerde, señorita Faulkner, que si es culpable no debe contestar a esas preguntas. Diga simplemente que no quiere responder.

—No soy culpable.

—Perfectamente. Recuerde que la he advertido.

Calurosamente, Mildred explicó:

—Desde las siete de la tarde me he visto enfrentada con una difícil situación comercial de la que necesito salir sin decirle qué clase de dificultad es ni lo que he hecho durante ese tiempo. No necesito hacerlo…

—Perfectamente —interrumpió Tragg—. ¿No puede decirme nada acerca de esa dificultad?

—No.

—¿No se trataba acaso de que su cuñado entregó a Coll, como

garantía de una deuda de juego, las acciones de su compañía, y que a su vez Coll las traspasó a Lynk, y que Harry Peavis, su competidor…? Interrumpióse ante la expresión de la mujer.

—¿Cómo sabe eso? —preguntó Mildred.

—Me lo contó el señor Magard, el socio del señor Lynk.

—Entonces, ¿está él complicado en el asunto?

—No. Me dijo que sólo se enteró de ello esta tarde. Él y Lynk discutieron de ello. Magard advirtió a Lynk que le compraba su participación en el negocio o le vendía la suya. De todas formas la sociedad quedaba rota. —¿Cómo lo supo Magard?

—Fue atando cabos sueltos y, por fin, exigió una explicación a Lynk —Tragg hizo una pequeña pausa y continuó—. Ahora voy a pedirle que me ayude a aclarar algunos puntos.

—¿Cuáles?

—¿Conoce Sindler Coll?

—No.

—¿Ha oído alguna vez a su cuñado hablar de él?

—Sí.

—¿Qué dijo Lawley de él?

—Dijo que en cuanto mi hermana se encontrase mejor, llevaría alguna noche a Coll a su casa.

—¿Es inválida su hermana?

—Momentáneamente, sí.

—¿Habló su cuñado de haber apostado alguna vez a los caballos por mediación de Coll?

—No. Se limitó a decir que estaba seguro de que Coll nos sería simpático.

—¿Qué replicó usted?

—Nada.

—¿Qué replicó su hermana?

—No recuerdo. Creo que se mostró conforme.

—¿Es verdad que su cuñado y usted no se llevan bien?

—No creo que eso le importe demasiado a usted.

—Bien, vamos a hacer una prueba. Yo le iré diciendo palabras y usted responderá en seguida con la que relacione mentalmente con ella. ¿Comprende?

—Sí. Empiece.

—Flor.

—Cliente.

—Más de prisa. Procure responder en cuanto la palabra salga de mis labios.

—De acuerdo.

—Ford.

—Coche.

—Revólver.

—Accidente —replicó triunfal Mildred.

La expresión de Tragg no varió.

—Acciones —dijo.

—Transferencia.

—Competidor.

—Peavis.

—Policía.

—Usted.

—Parafina.

—Prueba.

El teniente Tragg recostóse en su sillón y sonrió.

—Ya le dije que la cazaría en una trampa, señorita Faulkner —murmuró—. Ahora lo mejor será que se siente y me cuente toda la verdad.

—No… comprendo.

—Comprende perfectamente. Está enterada de cómo se lleva a cabo la prueba de la parafina para determinar si una persona ha disparado un revólver. El señor Mason se la explicó. Está grabada en su cerebro y por ello cayó en la trampa que le tendí.

—¿Es que el hecho de que una persona conozca la prueba de la parafina indica, forzosamente, que es culpable?

—No; pero cuando una mujer tiene en su poder un revólver que, sin duda, ha sido empleado para cometer un crimen, se encuentra con un famoso abogado criminalista encerrado con ella a las dos y media de la madrugada, y tan pronto como llega la policía dispara el revólver y, después, la primera palabra que acude a su memoria, al hablarle de la parafina, es la de «prueba», entonces tengo muchos motivos para creer que el abogado le habló de la prueba de la parafina y que ella, siendo una mujer inteligente, en lugar de quitarse las partículas de pólvora que podía haber en su mano, lo que hace es proporcionarse una excusa lógica para explicar la

presencia de dichas partículas.

»Sería lógico que si a un policía se le preguntara qué palabra le sugería el nombre de la parafina, replicase: «prueba»; pero que una mujer cuyo negocio es el de las flores responda lo mismo que un policía… En fin, es demasiado burdo, sí, demasiado.

—Entonces… ¿cree que yo le maté?

—No lo sé. Lo único que sé es que ese revólver que escondió usted debajo del mueble, ha sido disparado recientemente dos veces. Sé que el segundo disparo no fue hecho accidentalmente. Sé que Perry Mason habló con usted antes de que se hiciera el disparo. Es lógico suponer que si él la advirtió de que si había disparado recientemente el revólver la prueba de la parafina lo demostraría, usted haya sido lo bastante lista para borrar esa huella.

»De momento pensé que todo había sido idea de Mason; pero la destreza con que ha sabido evitar mis trampas demuestra que es una mujer inteligente y, por lo tanto, la idea fue sólo suya.

—No contestaré nada —dijo Mildred—. Supongo que me detendrá.

—No pienso detenerla por ahora. Primero haré que el revólver sea examinado por un perito en huellas dactilares. Compararé una bala disparada con él, con la que saqué del cuerpo de Lynk.

—Ha dicho ya que el revólver sirvió para cometer el crimen.

—Creo que es el mismo. El perito balístico me dio algunos detalles acerca del calibre del arma y de la clase de bala que disparó. Esos detalles coinciden con su revólver. ¿Puede decirme de dónde lo ha sacado?

—Lo compré en una armería.

—Me refiero a esta noche.

—Pues… lo he tenido siempre en mi poder.

—Señorita, está usted tratando de proteger a alguien a quien quiere o a quien se siente por alguna razón obligada.

—¿Por qué no a mí misma?

—Es posible que trate de protegerse a sí misma. Es usted muy sagaz y no creo poder obtener de usted más datos de los que ya poseo. Me llevo el revolver. Cuando vuelva a hablar con usted sabré mucho más de lo que sé de momento.

—Supongo que, además de mis preocupaciones comerciales, ahora tendré abundantes visitas de la policía.

—Sólo la volveré a ver una vez, señorita Faulkner. Cuando termine nuestra próxima entrevista o la declararé inocente o la arrestaré por un delito de asesinato en primer grado.

Por un momento los ojos de Mildred vacilaron.

—Bien sabe Dios que me duele tener que hacer semejante cosa —aseguró Tragg—. La he advertido no sólo una vez, sino varias.

Mildred permaneció callada.

—Supongo que es inútil intentar que usted me mire como a un ser humano. Al fin y al cabo, sólo trato de detener a un asesino. Si usted no mató a Lynk, no debe temer nada de mí. ¿No podríamos ser amigos sinceramente?

Altivamente, Mildred replicó:

—Estoy acostumbrada a elegir mis amigos por otros motivos muy distintos al de que trabajen en La policía.

Sin replicar, Tragg volvióse hacia la puerta.

Mildred le siguió con la mirada, viendo cómo el teniente salía llevando el revólver colgado de un cordel atado al guardamanos.

—Buenas noches, teniente —le dijo cuando cruzó el umbral del salón.

Sin replicar, Tragg cerró la puerta.

Mildred permaneció inmóvil hasta que oyó alejarse el coche. Entonces fue al teléfono y marcó el número de Carlota.

No recibió ninguna contestación.

# Capítulo 7

Sin ningún reparo, Mason utilizó el prestigio adquirido mediante su asociación con el teniente Tragg. La portera, despertada una vez más en plena madrugada, luchó por disimular su disgusto.

—¿Otra vez la policía? —preguntó.

—Quisiera ver a Coll sin que él se enterase de que subo. Podría darme usted una llave de la puerta y así no tendría que molestarla más.

Entorpecida por el sueño, la mujer refunfuñó:

—Está bien. Tengo varias.

Mientras la portera entraba en su piso, Mason cerró la puerta de la calle y consultó el reloj. Los minutos transcurrían a una velocidad excesiva.

La mujer volvió con la llave.

—Muchas gracias —dijo Mason, guardándosela—. Ahora subiré a verle. ¿Cuál es el número de su habitación?

—El doscientos nueve.

—Muchas gracias. Confío no tenerla que molestar más que otra vez.

—¿Otra vez? —preguntó la mujer.

—Sí —asintió Mason con una sonrisa—. Creo que mi compañero, el teniente Tragg, no tardará en llegar.

—No importa —replicó la mujer con sintética suavidad—. Es un placer ayudar a la policía.

Mason sonrió, dando las gracias, y en el ascensor subió al segundo piso. No le costó nada encontrar el número doscientos nueve. Por el montante de la puerta se veía luz en el interior de la habitación.

Mason llamó a la puerta y, casi en seguida, oyó unos pasos que se acercaban. Coll abrió. Era indudable que esperaba a otra persona.

El ver a Mason le desconcertó.

—¿Qué quiere? —preguntó—. Ya les dije todo cuanto sabía.

—Deseo hacerle unas preguntas.

—No son éstas las horas más indicadas para hacerlas. ¿Quién le abrió la puerta? ¿Es usted un policía?

—Me llamo Mason. Soy abogado.

Al momento la expresión de Coll varió por completo. Su rostro no expresaba absolutamente nada.

Mason era lo bastante alto para mirar por encima del hombro de Coll. Por lo que podía ver, en la habitación no había nadie más.

—No creo que sea correcto charlar en el pasillo —observó el abogado.

—Tampoco lo sería que hablásemos en mi habitación a estas horas. ¿No cree preferible que lo dejemos para el mediodía?

—Mis preguntas no pueden esperar. ¿Sabe usted quién asesinó a Lynk?

Los ojos de Coll se entornaron momentáneamente, y luego, poco a poco, volvieron a abrirse.

—¿Es una mentira? —preguntó.

—¿No sabía que Lynk está muerto?

—Y no lo sé.

—Le asesinaron a eso de medianoche.

—¿Qué tiene usted que ver en ese asunto, señor Mason? —preguntó Coll.

Suavemente, Mason siguió:

—Ante todo me interesa saber quién envenenó a la señorita Dilmeyer.

—¿Envenenada?

—Sí.

—¿Está usted loco o es todo una broma?

—Ninguna de las dos cosas. La señorita Dilmeyer se encuentra en el hospital Hastings. —Mason estudiaba la expresión de helado asombro que reflejaba el rostro de Coll. Por eso agregó esta fantasía embellecedora—: Está luchando entre la vida y la muerte.

—¿Cómo… ocurrió?

—Alguien le disparó por la espalda con un revólver del calibre treinta y dos.

—No, no. Me refiero a Esther.

—¡Ah! Pues alguien le envió una caja de bombones envenenados. Lo que ahora deseo saber es cuándo recibió los bombones. ¿Fue después que salió de aquí o ya la tenía cuando llegó?

Los ojos de Coll dejaron de expresar asombro.

—¿Qué quiere decir con eso de que estuvo aquí?

—Sabemos que estuvo aquí a primera hora de la noche —dijo Mason—. No puedo decirle la hora exacta. Fue antes de las once y media y después de las diez. Esperamos que podrá usted ayudarnos. —Y Mason, como quien muestra una credencial, sacó del bolsillo el pañuelo que encontró en la cabina telefónica.

Maquinalmente, Coll alargó la mano hacia el pañuelo y lo cogió.

—Ese pañuelo es de ella, ¿verdad?

—¿Cómo voy a saberlo?

—Pero usted lo sabe, ¿verdad?

—No.

Mason arqueó escépticamente las cejas.

—No lo reconozco —declaró Coll—. Además yo no cuido su guardarropa.

—Comprendo —dijo Mason.

Oyó el metálico chasquido del ascensor al empezar a descender hacia la planta baja. Coll miró hacia el ascensor y dijo apresuradamente.

—Lamento no poderle ayudar. Con su permiso me… acostaré… No me encuentro bien.

—Desde luego —observó Mason—. Lamento haberle molestado. Sólo lo hice porque era muy urgente.

—Sí, sí —interrumpió nerviosamente Coll—. Buenas noches.

—Un momento —dijo Mason—. ¿De veras ignoraba que la señorita Dilmeyer ha estado aquí esta noche?

—Claro.

—Entonces, ¿no estaba usted en su habitación?

—No todo el tiempo. ¿Es que me va a interrogar acerca de mis asuntos particulares?

—¿Cuándo vio por última vez a la señorita Dilmeyer?

—No sé… Ahora no puedo preocuparme de eso, señor Mason. No sé nada de esos bombones envenenados. Si me permite…

Intentó cerrar la puerta; pero el abogado lo impidió.

Lleno de ira, Coll replicó:

—No quiero perder la calma, señor Mason, ¡pero tengo que acostarme!

Empujó violentamente la puerta.

—Está bien —dijo Mason, apartándose y dejando que la puerta fuese cerrada de golpe.

Mason cruzó rápidamente el pasillo en el momento en que el ascensor iba a llegar a aquel piso. En vez de quedar frente a la puerta metálica, Mason fue hacia un lado y se refugió en la oscuridad del pasillo lateral.

El ascensor se detuvo. Las puertas se abrieron. Un hombre bajo, vestido de etiqueta, con abrigo oscuro y sombrero de copa, avanzó por el otro pasillo con la rapidez de quien tiene prisa. Iba consultando los números de las puertas. Al fin se detuvo frente a la del cuarto ocupado por Coll.

Cuando se abrió la puerta, Mason pudo ver claramente. Tenía el cuello recio y los hombros anchos. Mason oyó decir a Coll:

—Entre.

# Capítulo 8

Mason llamó a la puerta de la habitación que la señora Dunkurk ocupaba en el hotel «Clarmount». En seguida entró. El sol matinal penetraba a raudales y la trabajosa respiración de la mujer tendida en la cama dominaba los apagados ruidos del lejano tráfico.

—Buenos días, señora Lawley —saludó Mason.

La mujer forzó una sonrisa.

—¿Cómo se encuentra usted? —siguió el abogado.

—No muy bien.

—¿Tiene sus medicinas?

—Sí.

—¿Las que se llevó de su casa?

—Sí.

—¿Y ropa?

—Sí.

El hablar le costaba un esfuerzo. La noche anterior, a causa de las emociones, habíase sentido fuerte; pero ahora la reacción empezaba a acusarse.

—¿Dormía usted? —preguntó Mason.

—No.

—Llamaré a un médico.

—No, no. Me encuentro bien.

—Tengo uno de confianza.

—Sabrá quién soy.

—Desde luego. Usted es la señora de Charles Dunkurk, de San Diego. Ha venido a consultarme acerca de un asunto de la máxima importancia. El nerviosismo ha minado su salud.

Mason fue al teléfono y llamó al despacho del doctor Willmont. Le dijeron que el doctor estaba en el hospital y encargó que le dijesen que llamara a la señora Dunkurk. Luego volvió a hablar con

la señora Lawley.

—¿Se siente con fuerzas para contarme lo ocurrido?

—Sufrí una gran conmoción.

Mason expresó su simpatía.

—No hable más de lo necesario. Yo podré explicarle la mayor parte de lo ocurrido. Sólo hay unos cuantos detalles que usted deberá aclarar sin esforzarse mucho.

—¿Cuáles son?

Mason empezó:

—Ayer noche su hermana fue a su casa. Dijo lo bastante para que usted comprendiera que su marido estaba en un apuro. Usted, al oírle levantar la voz, saltó de la cama y empezó a bajar en dirección al salón.

—No —contestó Carlota—. Estaba escuchando. Millie y Bob nunca se llevaron bien. Yo creía que ella…

—Lo que oyó le hizo conocer el resto, ¿verdad? Cuando su marido salió usted le siguió.

La mujer fue a decir algo, pero se contuvo.

Mason continuó:

—A Lynk le asesinaron en el Cañón Lilac. Su hermana sabe algo que le hace suponer que usted cometió el crimen.

—No es posible que crea eso.

—O eso, o bien cree que existen algunas pruebas que permitirían a la policía detenerla a usted.

Carlota no contestó. Parecía sumida en una soñadora abstracción.

—¿Puede usted decirme de qué se trata? —inquirió Mason.

—No.

—¿Mató usted a Lynk?

—No.

—Lynk poseía unas acciones de las «Floristerías Faulkner» que conservaba como garantía.

—No es verdad. No tenía esas acciones.

—¿Quién las tiene?

—Yo.

—¿Dónde? —preguntó Mason.

—En mi poder.

Mason hizo como si lanzara un silbido.

—¿Así estamos?

—¿Qué quiere decir?

—Obtuvo los valores de Lynk.

—No diga locuras. Los he tenido siempre.

—Recuerde —advirtió Mason— que Lynk tenía un socio. Ayer tarde Clint Magard apretó los tornillos a Lynk y se enteró de todo lo ocurrido.

—¿Qué tiene que ver eso conmigo?

—Mucho. Magard sabe que Lynk llevaba encima esos valores cuando ayer noche se dirigió a su cabaña.

—Está equivocado.

—Temo no poderla ayudar, señora Lawley —dijo Mason—. No defiendo asesinos. Si me encargo de un caso ha de ser a condición de tener algunas seguridades acerca de la inocencia de mi cliente.

La mujer lanzó un suspiro, entrecruzó los dedos y empezó:

—Le contaré cómo ocurrió.

—Vaya directamente a los hechos.

—Al marcharse Millie quise hacer a Bob algunas preguntas; mas no quería que supiese que había estado escuchando. Volví a mi cuarto y me vestí. Oí cómo Bob paseaba por el salón. Llamó a alguien por teléfono. Habló con un tal Coll, amigo suyo, y marcó varias veces un número que no contestaba. A eso de las once y media le oí salir. Vacilé un rato, preguntándome si me atrevería. Al fin decidí arriesgarme. Mi *coupé* estaba en el garaje. Sin encender los faros le seguí.

—¿Adonde fue?

—Al Cañón Lilac.

—¿Le siguió?

—Sin ninguna dificultad. Estaba tan absorto que no se dio cuenta; pero al llegar al Cañón Lilac la carretera daba tantas vueltas y revueltas que no pude ver por dónde torcía.

—¿Le perdió de vista?

—Por lo que había oído de su conversación telefónica, sabía que un tal Lynk tenía una cabaña en el Cañón Lilac.

—Por lo tanto fue usted a la casa de Lynk, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cómo la encontró?

—Preguntando.

—¿Dónde?

—En una tiendecita y estación de servicio para automovilistas. Recordé haber pasado frente a ella. Estaban todas las luces encendidas y había muchas personas delante. Se celebraba el cumpleaños del propietario. Eso lo supe luego. Pregunté dónde estaba la casa del señor Lynk… Lo pregunté indirectamente.

—¿Se lo dijeron?

—Sí. Uno de los invitados lo sabía.

—¿Y fue usted allí?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo transcurrió aproximadamente desde que perdió de vista a su marido hasta que llegó usted a la cabaña de Lynk?

—Diez minutos.

—Continúe.

—Llegué a la cabaña y llamé a la puerta. No contestó nadie. La puerta estaba ligeramente entreabierta. Quizás una pulgada o cosa así.

—¿Entró usted?

—Sí.

—¿Qué encontró?

—Ya lo sabe. Un hombre… supongo que era Lynk, caído de bruces sobre una mesa. Estaba muerto de un tiro.

—¿Qué le hizo usted?

Carlota indicó que necesitaba reposar. Durante más de un minuto permaneció con los ojos cerrados, respirando pesadamente. Al fin dijo:

—La emoción debió haberme matado. Sin embargo, de momento no sufrí ninguna conmoción. No sé por qué me sentía tan tranquila como si estuviera viendo una película de misterio.

—¿No estaba asustada?

—No sentía ninguna emoción. Estaba como atontada. La emoción llegó más tarde. Comprendí que Bob había estado allí, que se había peleado con Lynk y que le mató.

—¿Cómo lo sabía?

—Sobre todo porque mi revólver, es decir, el de Millie, estaba en el suelo.

—¿Cómo sabía que era el mismo revólver?

—Porque una de las cachas de nácar estaba un poco rota.

—¿Dónde estaba el revólver?

—En el suelo.

—¿Qué hizo usted?

—Lo recogí.

—¿Llevaba guantes?

—No.

—Entonces dejó en él sus huellas dactilares.

—Supongo que sí.

—¿No pensó entonces en eso?

—No.

—¿Por qué recogió el revólver? ¿Creyó que necesitaría defenderse?

—No… Pensé que era una prueba que Bob había dejado. Quise protegerlo. Le quiero. Soy su esposa.

—¿Qué hizo usted con el revólver?

—Lo guardé en el bolsillo de mi abrigo.

—¿Y qué más?

—Había unos papeles sobre la mesa.

—¿Los examinó?

—No; pero algo me llamó la atención. Eran las acciones de las «Floristerías Faulkner».

—¿Cómo fue que le llamaron la atención?

—Son unas acciones litografiadas de una forma muy característica.

—¿Qué hizo con ellas?

—Las guardé en el bolso.

—¿Qué más?

—Salí de la cabaña.

—¿Dejó la puerta abierta?

—No. La puerta tenía una cerradura automática. La cerré de golpe.

—¿Tocó el tirador de la puerta con las manos?

—Claro.

—¿Sin ponerse guantes?

—No los llevaba.

—¿Qué más?

—Subí a mi coche y me marché.

—¿Adónde se dirigió?

—A mi casa. Me daba cuenta de lo que Bob había hecho y deseaba oír sus explicaciones.

—¿Qué más?

—Aguardé un rato y Bob no aparecía. Entonces me asusté. Llegó la reacción y necesité tomar mi medicina pues el corazón me fallaba. No me alivió lo más mínimo.

—¿Qué hizo entonces?

—Comprendí que necesitaba ver a Bob. Nunca he tenido una impresión tan terrible. ¡Bob era un asesino!

Carlota cerró un momento los ojos, reposando.

—¿Buscó a su marido en algún sitio? —dijo Mason.

—No. Comprenda que me faltaba valor para hacer frente a aquella situación. Por eso acudí en busca de la única persona en quien tengo plena confianza.

—¿Su hermana?

—Sí.

—¿La vio?

—No. Metí unas cosas en un maletín y me dirigí a su casa. No había nadie. El coche no estaba en el garaje. Sabía que ella solía trabajar en la tienda de Broadway…

—¿Fue allí?

—Sí.

—¿La encontró?

—No.

—¿Qué hizo?

—Me sentía cada vez más enferma y me vi obligada a entrar en el vestíbulo de un hotel y sentarme un rato en un sillón. Un botones me preguntó si me encontraba enferma. Le dije que estaba fatigada y que unos minutos de descanso me aliviarían mucho.

—¿Se sintió luego mejor?

—Sí.

—O sea que el resultado de cuanto hizo fue que se llevó el revólver con el cual se había cometido el crimen y lo dejó en su tocador lleno de huellas dactilares.

—Creo que sí.

—Su marido ha huido.

—Eso parece.

—¿Dónde están esos valores?

—En mi bolso.

Mason le tendió el bolso y dijo:

—Me haré cargo de ellos.

La mujer entregó a Mason las acciones y en aquel momento sonó el timbre del teléfono.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó el doctor Willmont desde el otro extremo del hilo.

—Otro paciente, doctor.

—¿Herido?

—No. Le ruego que acuda al hotel «Clarmount». Le aguardaré en el vestíbulo.

—Está bien.

—¿Cómo sigue la señorita Dilmeyer?

—Sigue durmiendo.

—¿No puede acelerar un poco el curso de la droga?

—Sí; pero no lo haré. Son demasiados los que esperan lanzarse contra ella en cuanto despierte. Me reuniré con usted dentro de diez minutos.

Mason colgó el aparato y cogiendo un sobre metió en él las acciones y dirigió el sobre a su oficina, franqueándolo debidamente.

La señora Lawley le observaba en silencio.

—El doctor llegará dentro de diez minutos —explicó el abogado —. Le aguardaré abajo. ¿Qué hizo usted con su coche?

—Lo dejé en el garaje del hotel.

—¿Le dieron un comprobante?

—Sí.

—Démelo. Quiero hacer algo con su coche. No me pregunte nada.

La mujer entregó el comprobante, diciendo:

—Empiezo a encontrarme mejor. El contarle todo lo ocurrido me ha aliviado mucho. Es usted competente y tranquilizador. De todas formas no debe preocuparse por mí. Bob no tiene valor para hacer frente a las situaciones graves; pero no es capaz de dejar que yo cargue con las culpas de él. Escribirá a la policía confesando la verdad y seguirá huyendo.

—¿Y de qué vivirá? ¿Tiene dinero?

—Supongo que sí. Puede retirar todo el dinero que quiera de mi

cuenta corriente.

—¿Cuál es el estado de su cuenta corriente?

—No sé… Después de lo que insinuó Millie acerca de Bob y de los caballos… No sé cómo está eso.

—¿Tiene usted bastante dinero para vivir aquí?

—Sí. Tengo cien dólares en billetes y un talonario de cheques de viaje.

—¿Cuántos le quedan?

—Novecientos veinte dólares en cheques de veinte, cincuenta y cien dólares.

—Démelos —pidió Mason.

Sentóse a la mesa escritorio y en una hoja de papel escribió: «A cambio de su importe, cedo y transfiero a Della Street los cheques de viaje detallados a continuación. Por tanto, autorizo a la citada Della Street para que firme en mi nombre dichos cheques y entregue el dinero a Perry Mason».

Mason tendió el papel a la mujer y aconsejó:

—Léalo, fírmelo y luego anote de su puño y letra los números de los cheques y su importe. Le dejaré algún dinero para sus gastos en el hotel, pues no puede pagar con unos cheques extendidos a nombre de Carlota Lawley estando inscrita como la señora Dunkurk.

—No necesitaré tanto dinero —murmuró Carlota, mientras Mason le tendía trescientos dólares en billetes de a diez—. Guarde esos cheques como anticipo por honorarios.

—Su hermana dijo que se encargaría de mis honorarios. De momento, tengo un plan. Necesito esos cheques para realizarlo. Extiéndame un recibo por los trescientos dólares que le he entregado. Debe confiar en mí y hacer lo que le digo.

—Pero, señor Mason, ¿por qué no he de poder contar la verdad a la policía?

Mason la interrumpió:

—Las pruebas circunstanciales son a veces las peores que pueden existir. Ha metido la cabeza en un nudo corredizo. Usted protegía a Bob y eso le parece muy natural. A otros no se lo parecerá tanto. Está pasando por alto la prueba más comprometedora de todo el caso.

—¿Cuál?

—Se detuvo en aquella tienda y preguntó dónde estaba la cabaña de Lynk. Alguien se lo dijo, y por lo tanto hay infinidad de testigos que pueden identificarla y recordar su excitación.

—¿Quiere decir que creerán que yo le maté?

—Estarán tan seguros que, a menos de que yo pueda colocarlos sobre la pista del asesino, dejarán de investigar en cuanto sepan lo de usted. Estarán seguros de conocer la identidad del asesino.

Poco después, Mason se reunía en el vestíbulo con el doctor Willmont.

—¿De qué se trata? —preguntó el médico en tono profesional.

—Una mujer que necesita que se la atienda debidamente. No le haga ninguna pregunta acerca de sí misma; pero examínela atentamente y comuníqueme luego lo que haya observado, sin ocultarme la verdad.

—¿Qué quiere decir?

—Si esa mujer puede resistir la emoción de comparecer ante el fiscal del distrito, quiero que vaya allí; pero si no está en condiciones de ser interrogada, y quizás arrestada, jugaré de otra forma.

—Bien. La examinaremos. ¿De qué sufre?

—Del corazón.

Subieron a la habitación de la señora Lawley, y Mason presentó al doctor; luego, tomando el sobre cerrado que la señora Lawley le tendía, el abogado fue hacia la puerta, diciendo:

—Le esperaré en el vestíbulo, doctor.

Cuando el médico se reunió con Mason, declaró:

—Esa mujer no debe abandonar la habitación. Está muy enferma y necesita reposo, alegría y ninguna preocupación. Dentro de una semana estará casi curada. Ha sufrido una gran conmoción; pero que, seguramente, le resultará beneficiosa. El hecho de que haya podido resistirla es muy significativo.

—Eso es cuanto deseaba saber. Se quedará aquí.

—¿Quién? —preguntó Willmont.

—No olvide que se trata de la señora de Charles X. Dunkurk, de San Diego.

El doctor Willmont asintió con la cabeza.

—¿Qué ha averiguado de Esther Dilmeyer? —preguntó Mason.

—Le administraron veronal. Cada bombón contenía una dosis de

cinco granos.

—¿Huellas dactilares?

—Ninguna.

—¿Alguna pista?

—Que yo sepa, no.

—¿Cuándo despertará?

—Quizás esta noche. Tal vez mañana por la mañana o por la noche. No quiero precipitarme. En estos momentos disfruta de un sueño normal.

—Bien. Me gustaría mucho hablar con ella, pero seguramente me aplastarían en la carrera que va a iniciarse en cuanto se sepa que ha despertado. Supongo que la policía y la oficina del fiscal están allí esperando turno.

—Están y quisieran que se le despertase por la fuerza. Tengo unas recetas para la enferma de arriba. ¿Qué hago con ellas?

—Démelas. Las haré preparar y ordenaré que las suban.

Mason guardó las recetas del médico, acompañó al doctor Willmont hasta su automóvil y le vio alejarse, después entró en el garaje, retiró el coche de Carlota y dirigiéndose al centro de la ciudad lo abandonó en un lugar de estacionamiento limitado, después de haber limpiado de huellas dactilares el volante y el espejo retrovisor. Cerró la portezuela y tiró la llave del encendido a una alcantarilla.

# Capítulo 9

Eran más de las diez cuando Perry Mason abrió la puerta de su despacho.

—¡Hola! —saludó a Della Street, que acudió trayéndole el correo —. Siéntese un momento y dejemos la correspondencia para más tarde. Estoy en un apuro. ¿Ha leído los periódicos?

—Sí. ¿Se trata del asesinato de Lynk?

—Está relacionada con eso.

—¿Mildred Faulkner?

—No, su hermana Carlota Lawley.

—El periódico no habla de ella.

—La policía aún no ha decidido lo que debe hacer con ella. En parte porque creen tener más pruebas contra Mildred Faulkner, y también porque aún ignoran mucho acerca de Carlota.

—¿Lo averiguarán?

—Sí, probablemente hoy…

—Creí que representaba usted a la señorita Faulkner. ¿Es que ya no le interesa el caso de Mildred?

—Ni me interesa su caso ni yo le intereso a ella. Desea que represente a su hermana y no quiere que me vea ligado a nadie más.

—¿Y por qué está usted en un apuro?

—Porque cualquiera de las dos podría ser culpable de asesinato.

—¿Y qué?

—Siempre he procurado representar a clientes que eran inocentes. He tenido suerte. He corrido algunos riesgos. Me he dejado llevar de mis corazonadas y he acertado. Sin embargo, ahora tengo el presentimiento de que voy a ser derrotado por trabajar con los culpables. Claro que no es justo que yo me niegue a apoyar a un acusado por el hecho de que no esté convencido de su inocencia.

—Está silbando en la oscuridad para conservar el valor, ¿no es cierto? —preguntó Della.

Mason replicó sonriendo:

—Sí. Lo malo es que la mujer tiene el corazón muy débil, ha sufrido mucho y necesitará muchos cuidados y mucho tiempo para estar en condiciones de declarar ante un jurado. Si empiezan a acosarla los reporteros y la policía, no lo resistirá.

—¡Oh! ¿Y qué puede hacer usted?

—Ahí está lo difícil. La ley no previene situaciones como ésta. Podría presentarme ante el juez y hacer que Carlota fuese enviada a un sanatorio, puesta al cuidado de un médico y aislada de toda vista hasta que el médico indicara estar en condiciones para declarar, pero el facultativo sería designado por el tribunal. Se hallaría más o menos sujeto a la influencia de la oficina del fiscal. Cuando se presentara ante el tribunal yo exigiría un médico presentado por mí que declarara la gravedad de la dolencia. El fiscal opondría a eso el juicio de su médico. El juez desearía comprobar por sí mismo quién estaba en lo cierto. Carlota se daría cuenta de que se estaba pensando en acusarla de asesinato y no podría resistir semejante situación.

—Entonces, ¿qué piensa hacer?

—Debo tomar la justicia con mis propias manos. Debo evitar que den con ella.

—¿No es mucho proponerse si la policía quiere hallarla?

—Desde luego. Un medio de impedir que la busquen es que encuentren a Robert Lawley.

—¿No le buscan?

—No con demasiada insistencia. De momento no es más que un testigo ausente que trata de evitarse molestias. La policía tiene otros testigos que le permitirán probar todo cuanto necesite.

—¿Qué va a hacer?

—Ya lo he hecho —sonrió Mason—. Ahora vuelvo la vista para ver lo que he adelantado. Lo que más me preocupa es que he de complicarla a usted en esto.

—¿Cómo?

—Me duele tenerlo que hacer; pero no veo otra solución. Si sigue mis instrucciones y no hace ninguna pregunta, podré mantenerla al margen.

—No quiero estar al margen —replicó, impaciente, la secretaria —. ¿Cuántas veces debo decirle que formo parte de la organización? Si usted corre riesgo, yo también quiero correrlo.

—No, Della.

—Pues, ¿qué quiere que haga?

—Que siga mis instrucciones y no haga ninguna pregunta.

—¿Cuáles son sus instrucciones?

—Tengo un talonario de cheques de viaje. Se hallan extendidos a nombre de Carlota Lawley, mire la firma, pero no la imite demasiado bien, pues deseo que alguien sospeche de la verdad; pero no antes de que haya cobrado usted algunos de los cheques.

Della miraba ansiosamente a Mason. Procuraba no perder ningún detalle de sus instrucciones.

—Para los primeros cheques tendrá que disfrazarse un poco. Vaya a casa, póngase la ropa nueva, compre una maleta vieja en la cual hará pintar las iniciales «C. L.». Diríjase a un hotel y diga que no sabe si se quedará allí o en casa de unos amigos, pero que dentro de media hora lo sabrá. Vaya a la ventanilla del cajero y pregunte si pueden pagarle un cheque de cien dólares, advirtiendo que si lo prefieren puede entregarles uno por una cantidad menor. No le presentarán ningún inconveniente. Luego diríjase al teléfono y diga al empleado del despacho de recepción que va a quedarse en casa de unas amigas. Repita lo mismo en un par de hoteles. Después, en una tienda importante, adquiera unas tonterías y pague con un cheque de viaje. Todo esto le será fácil, sumamente fácil.

—¿Cuál es la parte difícil?

—En otra tienda adquiera géneros por valor de cinco dólares y pague con un cheque de cien. Eso hará sospechar al cajero. Le pedirá, para identificarla, su permiso de conducción. Entonces usted abra el monedero y ponga expresión de espanto. Explique que ha dejado en el tocador el monederito donde lleva el dinero suelto y el permiso de conducción. Asegure al cajero que volverá en seguida. Y al marcharse diga que llevaba trescientos dólares.

—¿Qué más?

—Entonces escape y no vuelva.

—¿Y el cheque?

—Se lo deja al cajero.

—¿Sin reclamarlo?

—No. El cajero se extrañará de que usted no vuelva. También se extrañará de que intentase usted cambiar un cheque de cien dólares si en el monederito llevaba trescientos. Al fin avisará a la policía.

—Bien. ¿Cuándo empiezo?

—Ahora mismo.

La secretaria dirigióse al ropero, se puso el sombrero y el abrigo y después de maquillarse el rostro, pidió:

—Déme los cheques, jefe.

Sonriendo, Mason comentó:

—No me ha preguntado si pueden meterla en la cárcel.

—Hoy no es mi día de hacer preguntas.

—Si pudiera, encargaría ese trabajo a otra persona —aseguró Mason.

—Si lo hiciera, le odiaría durante el resto de mi vida —replicó Della.

—En el caso de que algo salga mal, avíseme por teléfono y…

—¿Y qué?

—La haré poner en libertad.

—¿Para que se venga en seguida al suelo su plan de campaña?

Mason movió negativamente la cabeza.

—Si la detienen, mi plan quedaría arruinado y yo me veré en un apuro.

—Entonces no me detendrán.

—Telefonéeme para que yo vaya sabiendo cómo marchan las cosas. Estaré muy inquieto.

—No se preocupe.

A las once y media, Harry Peavis solicitó hablar con el abogado. Mason ordenó que le hicieran entrar.

El abogado estudió a Peavis mientras éste avanzaba hacia él. El comerciante en flores estaba recién afeitado y compuesto. El sastre habíase esforzado en disimular todos los defectos. La corbata de seis dólares y la camisa a medida, de quince, contrastaban con su bronceado cuello. Sus fuertes dedos apretaban vigorosamente la mano que le tendía Mason, quien invitó.

—Siéntese.

Los modales de Peavis eran los del hombre que desprecia la diplomacia y los rodeos.

—Usted ya sabe quién soy yo —afirmó.

—Sí, lo sé —replicó Mason.

—Sabe lo que quiero.

Nuevamente, Mason, replicó:

—Sí.

—¿Lo conseguiré?

—No —sonrió Mason.

—Yo creo que sí.

—Yo creo que no.

Peavis cortó cuidadosamente la punta del habano y luego, mirando a Mason, preguntó:

—¿Quiere uno?

—Gracias; prefiero mis cigarrillos.

Peavis encendió el cigarro y declaró:

—No crea que no le estimo en lo que vale.

—Gracias.

—Y no cometa el error de querer subestimar mi valía.

—No lo haré.

—No lo haga. Cuando deseo algo, lo consigo. No me precipito en mis deseos. No soy de los que al ver una cosa dicen en seguida: «Quiero obtenerla». Cuando algo me apetece, dejo pasar el suficiente tiempo para comprobar si, en efecto, lo deseo de veras. Por fin, cuando decido que, en efecto, lo deseo, lo obtengo.

—¿Y ahora quiere las «Floristerías Faulkner»?

—No quiero deshacerme de Mildred Faulkner.

—¿Quiere que se quede a trabajar para usted?

—Para la sociedad.

—Pero usted fiscaliza la sociedad.

—Claro.

—Cuando la señora Lawley enfermó, usted aprovechó la ocasión para ganarse al marido. Sabía que podía valerse de sus debilidades, ¿verdad?

—No debo responder a esta pregunta.

—No; pero ganaríamos tiempo si lo hiciera.

—Me sobra el tiempo.

—Supongo que usted conocía a Sindler Coll… ¿No era acaso a la rubia a la que usted pensaba utilizar en este caso?

Peavis no contestó.

Por el teléfono, Mason ordenó a la telefonista:

—Póngame con Paul Drake, de la «Agencia de Detectives Drake».

Mientras aguardaba, Mason miró fijamente a su visitante. El rostro de Peavis era inexpresivo. O no había oído la orden de Mason o no comprendía su importancia. Fumaba pensativamente y sus ojos parecían dos placas de hielo.

—¡Hola, Paul! —dijo Mason—. Tengo un trabajo para ti.

—Lo suponía. He leído en los periódicos lo del asesinato de Lynk y me pregunté si andarías mezclado en el asunto.

Mason replicó:

—Un hombre llamado Harry Peavis interviene casi la totalidad del comercio de flores de la ciudad. Ha tratado de apoderarse de las tres tiendas de las «Floristerías Faulkner». Se trata de una sociedad familiar. Una de las dos hermanas enfermó y traspasó las acciones a su marido. Peavis vio la oportunidad de hacerse con ellas. No sé si conocía a Lynk o a alguien relacionado con él. Dos personas pueden haber intervenido en el asunto. Sindler Coll, que vive en los departamentos «Everglade», cuarto, doscientos nueve, y Esther Dilmeyer, que se hospeda en «Las Armas de Molay». Alguien envió a Dilmeyer una caja de bombones rellenos de veronal. Comió unos cuantos y quedó dormida. Ahora se encuentra en el hospital, al cuidado del doctor Willmont. Tardará unas doce horas en despertarse. Harvey Lynk tenía un socio llamado Clint Magard. No sé si Magard está mezclado o no en el asunto.

—Bien.

—¿Has anotado esos nombres?

—Sí.

—Empieza a trabajar. Averigua si Peavis conocía a Sindler Coll o Esther Dilmeyer. O si trabajaba por mediación de Lynk. Sobre todo, averigua cuanto sea posible acerca de Peavis.

Éste seguía fumando en silencio.

—¿Algo más? —preguntó Drake.

—Sí. Necesito averiguar si hay algún punto débil en la coraza de Peavis. Pon a varios hombres sobre su pista.

—¿Empiezo ahora?

—En seguida —replicó Mason, colgando el aparato.

El abogado retiró el teléfono de junto a él y recostóse contra el respaldo de su silla.

Harry Peavis cruzó las piernas, sacudió la ceniza de su cigarro y dijo a Mason:

—Muy teatral. A otro quizá le preocupase. A mí no. No le conducirá a ninguna parte.

—Es un trabajo rutinario —dijo Mason—. Nunca me perdonaría si lo pasara por alto.

Sin ningún rencor, Peavis dijo:

—Me debe de creer loco, ¿verdad?

—Le diré algo más cuando reciba el informe de Drake.

—Cuando se deje de tonterías y hable en serio, yo también hablaré.

—Bien, pues hable.

—El dinero resuelve muchas cosas —murmuró Harry Peavis.

—A veces.

—Usted tiene dinero y yo también lo tengo. Los dos podemos gastarlo.

—¿A dónde va a parar?

—Sería mejor que lo ahorrásemos.

—¿Por qué?

—Usted puede emplear su dinero en cosas más útiles. Yo también. Usted ha contratado un detective. Yo puedo hacer lo mismo con otro, tan bueno como el suyo.

—¿Y qué?

—Puedo demostrar que Mildred Faulkner fue a visitar a Lynk. Halló la puerta ligeramente entreabierta. Entró en la casa y halló el cadáver. Encontró los comprobantes de las acciones. Imaginó que Lynk las había obtenido ilegalmente. Las cogió y se fue. Cuando termine de demostrar eso, ¿qué será de Mildred Faulkner?

—Usted da la fiesta. Siga adelante y sirva los refrescos.

—Lo haré. Irá a la cárcel. Será acusada de asesinato y para sacarla será necesario un hombre mucho más inteligente que usted y que yo. Eso no nos beneficiará a ninguno de los dos. El motivo de que me interese por las «Floristerías Faulkner», es que ganan dinero y además, deseo que Mildred Faulkner trabaje para mí.

—¿Por qué?

—Porque la quiero.

Mason miró pensativo el secante.

—¿Comprende lo que quiero decir?

—Sí.

—¿Qué piensa hacer?

—No lo sé.

—¿Cuándo lo sabrá?

—No puedo decírselo.

Peavis se puso en pie.

—Está bien. Yo soy un hombre de negocios y usted también lo es.

—Una pregunta —interrumpió Mason.

—¿Cuál?

—¿Sabe Mildred Faulkner lo que usted desea?

—No. Y no debe saberlo hasta que yo me halle dispuesto a decírselo. Se lo diré cuando me convenga y a mi manera. Lo que le he dicho ha sido sólo para explicarle mi posición.

—Muchas gracias por su visita —dijo Mason.

—En el listín encontrará el número de mi teléfono —observó Peavis. Fue hacia la puerta, volvióse y miró fijamente a Mason—. No estoy seguro; pero sospecho que usted y yo nos vamos a ver en un apuro. Si chocamos, la lucha no se parecerá en nada a las que usted ha tenido hasta ahora. Buenas noches.

—Buenos días —replicó Mason.

A las doce y treinta y cinco minutos, Della Street telefoneó.

—Estoy en la cabina telefónica del hotel, jefe. Acabo de cobrar uno de los cheques.

—¿Alguna dificultad?

—No.

Mason advirtió:

—Hago traer el desayuno a mi despacho. Estaré todo el rato junto al teléfono. Si le ocurre algo, avíseme. No me marcharé de la oficina hasta saber si ha terminado. Procure tenerlo todo listo a las tres de la tarde.

—¿Cuántos debo cobrar?

—Cuatro o cinco.

—Bien. Lo tendré al corriente.

Mason encargó emparedados y café. A la una y media Della Street volvió a telefonear.

—Dos grandes almacenes a veinte dólares cada uno. Ahora probaré un cheque mayor.

—Siga adelante. No me muevo de aquí.

En el rato que siguió, Mason consumió numerosos cigarrillos, paseó nerviosamente de un lado a otro del despacho, consultando a cada paso su reloj.

De pronto, llamaron a la puerta y la telefonista anunció, tímidamente:

—El señor Clint Magard dice que necesita hablar en seguida con usted.

—No puedo verle. Vuelva a la centralita y no se mueva de allí.

La muchacha obedeció; pero al cabo de unos minutos regresó con un papel en la mano.

—Me ha dicho que le entregue esta nota.

Mason abrió el papel y leyó:

*Usted tiene un deber con su cliente. Si no me recibe en seguida, su cliente saldrá perjudicado. Téngalo en cuenta.*

Mason tiró la nota a la papelera y ordenó:

—Hágalo entrar. Ha ganado.

Magard era pesado, calvo, con un poco de cabello rojo en la nuca y sobre las orejas. Llevaba lentes y lucía una triple barbilla. Mason reconoció en él, al hombre que había visto entrar en la amplia habitación ocupada por Sindler Coll.

—Siéntese —dijo Mason—. No pierda el tiempo. Tengo algo muy importante y no deseo perder un minuto. Estoy endiabladamente nervioso y seguramente me enfurecería con mucha facilidad. Si lo que debe decirme puede esperar, sería mejor que esperase.

—No puede esperar.

—Entonces, hable. ¿Qué quiere hacerme saber?

—Ante todo, mi posición.

—Me importa un comino su posición.

—Lynk y yo somos socios en el «Golden Horn».

—Quiere decir que eran socios.

—Eso es. Éramos. No nos llevábamos muy bien. Yo no tenía suficiente dinero para comprar su parte al precio que él exigía, y yo tampoco deseaba vender la mía. Es un buen negocio. Nunca creí que Lynk llevara entre manos ese otro asunto.

—¿Cuál?

—Sindler Coll, Esther Dilmeyer, carreras de caballos y una serie más de asuntos sucios.

—Pero, ¿usted estaba en buenas relaciones con Sindler Coll?

—No le había visto en mi vida, hasta que ayer noche, es decir, esta madrugada, me llamó para que fuese a su casa.

—¿Por qué?

—De eso quería hablarle. Coll opina que debíamos trabajar juntos. Coll dice que usted representaría a la asesina y procuraría que la pusieran en libertad.

—¿Por qué ha de ser una mujer y no un hombre?

—Porque yo creo que fue una mujer.

—¿Qué le hace creerlo?

—Tengo mis razones.

—¿Qué más le dijo Coll?

—Que usted era muy listo y que trataría de salvar a su cliente, para lo cual procuraría cargar las culpas sobre otro. Coll dice que ha sentido un gran interés por los casos en que usted no trata sólo de demostrar la inocencia de su cliente, sino que siempre procura cargar las culpas sobre otro. Él cree que ese otro ha sido casi siempre inocente.

—¿Y le llamó en plena madrugada para contarle eso?

—No. Lo hizo para aconsejarme que diéramos los pasos necesarios a fin de que las culpas no fueran cargadas sobre nosotros.

—Es una buena idea. Gracias por habérmela dado. Continúe. ¿A qué más ha venido?

—A decirle lo que Coll pretende. Desea que yo pruebe su coartada y que él, a su vez, probara la mía. Debemos jurar que en el momento del crimen estábamos juntos.

—¿Y usted quiso hacerle el juego?

—Así es.

—¿Por qué?

La sonrisa de Magard era muy amplia cuando replicó:

—Porque yo tengo una coartada.

—¿Y Coll?

—No tiene ninguna capaz de resistir una investigación a fondo.

—¿Resistirá la suya?

—Yo lo creo.

—Entonces, ¿a qué ha venido usted por aquí en estas circunstancias?

—Porque deseo algo.

—¿Qué?

—No soy ningún tonto, señor Mason. Sé que cuando usted se lanza a la lucha, no deja nada por examinar. Lynk estaba mezclado en muchos asuntos sucios que no tendrán nada de agradable cuando se descubran de un momento a otro.

—Eso quiere decir que desea que yo contenga mis golpes.

—No; pero puede usted hacer que su cliente salga absuelto sin necesidad de destruirme mi negocio. Se lo agradeceré.

—No le prometo nada.

—No lo esperaba.

—¿No le clausurará el local la policía?

Magard sonrió ampliamente.

—Deje eso de mi cuenta, señor Mason.

—Pienso hacerlo —dijo Mason—. ¿Qué me propone usted?

—Me interesa ayudar a su cliente *antes del juicio*.

—¿A fin de que no se haga ninguna publicidad?

—Exacto.

—¿Qué quiere a cambio?

—Que no nombre para nada el «Golden Horn».

—No puedo.

—Un momento. Quería decirle que no nombre para nada el «Golden Horn» si no cree que el hacerlo sea beneficioso para su cliente. En tal caso, haga lo que convenga a su cliente.

—Eso ya es distinto. Los intereses de mi cliente se anteponen ante todo.

—Entonces, ¿de acuerdo?

—Sí.

—Yo le daré todos los informes que necesite; pero en el momento en que empiece a echar fuego contra el «Golden Horn», dejaré con toda seguridad de trabajar para usted.

—Es natural. Empecemos, pues, en seguida.

—¿Qué quiere saber?

—¿Qué puede decirme de Peavis? ¿Trabajaba por mediación de Lynk o de Sindler Coll?

—Por medio de Coll y de Esther Dilmeyer. Los conocía a los dos.

Los lanzó sobre Lawley a fin de que se apoderaran de las acciones. Sabía que Lawley no las vendería a menos de hallarse en un apuro. Les ordenó que pusieran a Lawley en ese apuro.

—¿Le pusieron?

—¿En qué clase de apuro?

—No lo sé.

—¿Estaba mezclada la muchacha?

—Creo que sí.

—¿Qué más?

—Como es lógico, Lawley no hubiera tratado directamente con Peavis. De saber que Peavis andaba mezclado en el asunto, hubiera acudido a su mujer o a su cuñada. Creyó que todo trato se limitaba al jefe de Coll, Lynk. Necesitaba dinero. Estaba dispuesto a dejar en depósito las acciones. Lynk no accedió. Le dijo que le cediera totalmente sus acciones, aunque advirtiendo que estaba dispuesto a concederle cinco días para recuperarlas si le salía bien lo que esperaba.

—¿Qué esperaba?

—Ganar en las carreras de caballos.

—Y cuando Lynk tuvo las acciones, no pensó cederlas a Peavis como no fuera a un precio mucho mayor del convenido. ¿Verdad?

Por un momento Magard quedó desconcertado.

—Le he hecho una pregunta —replicó Mason.

—Todavía no puedo contestar a esa pregunta.

—¿Por qué?

Magard se frotó nerviosamente las manos. Luego, sonriente, siguió:

—Señor Mason, vea las cosas desde mi punto de vista. Usted no está obligado a nada conmigo. Su obligación es con su cliente. Mientras pueda servir los intereses de su cliente…

—No es necesario que repita eso —interrumpió Mason—. Ya lo ha dicho.

—Sólo quería que usted viera las cosas desde mi punto de vista. Sería un loco dándole demasiados informes desde un principio.

—Podríamos establecer un convenio.

—Le conozco demasiado bien, señor Mason. Usted es incapaz de comprometerse a nada que no fuera anteponiendo los intereses de su cliente. Si lo hiciera, sería usted un loco y no quiero nada con los

locos. Con uno a quien he tratado, he tenido suficiente.

—Eso quiere decir que piensa retener la información.

—Exacto.

Mason declaró, sonriendo:

—Voy a ser más listo que usted, y antes de que haga dos visitas a esta oficina, estaré muy por delante de usted. Entonces lo aprovecharé para perjudicarle.

—Es un riesgo que debo correr —dijo Magard muy inquieto.

—Sí.

—¿Por qué no me revela su coartada?

Riendo, Magard replicó:

—Ya la he comunicado a la policía.

Levantándose, anunció:

—Por hoy, ya hay bastante, señor Mason. Buenas tardes.

—¿Cuándo le volveré a ver? —preguntó Mason.

—Quizá mañana. Tal vez dentro de una semana. Tengo alma de jugador y me gustan los juegos peligrosos.

—Ahora está jugando con uno de ésos.

—Lo sé —dijo Magard, dirigiéndose a la puerta.

Mason estaba menos nervioso que antes de recibir la visita. Fumaba pensativamente, estudiando los dibujos de la alfombra. De pronto soltó una carcajada y en aquel momento sonó el timbre del teléfono.

La voz de Delta Street llegó temblorosa de emoción.

—¡Ya está, jefe! La policía me anda buscando.

—Venga en seguida a la oficina.

—Voy —replicó la secretaria, colgándole el teléfono.

Mason la esperó paseando de un lado a otro y fumando nerviosamente. Cuando llegó fue a ella y, cogiéndola de las manos, le preguntó ansiosamente.

—Cuénteme lo ocurrido.

—No tiene ninguna importancia. Los hoteles fueron muy fáciles. Los almacenes lo mismo. Pero al intentar lo gordo, ocurrió algo.

—¿Qué?

—Dije a la cajera que deseaba entregarle un cheque y le mostré el talonario. La cajera echó una mirada a los cheques y otra a mí. Luego movió la mano derecha, como si no fuese a hacer nada. Noté la tensión de los músculos del brazo al apretar el botón del timbre.

Me dijo: «Bien, señora Lawley, fírmelo».

—¿Qué hizo usted?

—Dije que había olvidado mi pluma estilográfica, y cogiendo el libro de cheques, marché como si fuera a buscarla. La cajera me dijo que ella tenía pluma estilográfica; pero hice como si no la oyera.

»Bajé en el ascensor y tardé una eternidad en llegar a la planta baja. Cuando el ascensor se detuvo dos hombres corrieron hacia él. Uno de ellos mostró una estrella diciendo que era un policía y pidiendo que le llevaran a la caja.

—Las cosas han ido demasiado aprisa —comentó Mason—. Quería encender una simple hoguera para ahumar a alguien, y el fuego se ha prolongado a toda la pradera.

—¿Qué quiere decir?

—¿No comprende lo que estaba haciendo?

—¿Hacerles creer que Carlota Lawley había sido robada?

—No. Quería que creyesen que había sido asesinada.

Los ojos de Della Street se dilataron.

—Es lógico —siguió Mason—. Su marido sólo estaba ligado a ella por el lazo del dinero. Ella le amaba; mas para él ella era simplemente el comedero. Al caer enferma su mujer, Lawley se hizo cargo de los negocios y no debió de llevar bien las cosas. Una pérdida de dinero que tal vez se hubiera podido justificar, le hizo ver lo fácil que era seguir por aquel camino —hizo una pausa y prosiguió—: Conozco el tipo. Al ganar en el juego, creyó haber hallado en él la solución de todos sus problemas, jugó más, perdió. Quiso recuperar lo perdido y perdió aún más. Seguramente a las carreras de caballos. Al fin alguien le habló de un ganador seguro. Alguien en cuyos consejos tenía plena confianza. Sin duda, Coll. El ganador era tan seguro que Lawley perdió la noción de la realidad y buscó el dinero que necesitaba. Lynk se lo ofreció: pero exigió que le traspasara las acciones. La ley no reconoce como válidas las deudas de juego. Lynk ofreció prestar por cinco días el dinero y si transcurrido ese tiempo Lawley no se lo devolvía, se quedaría con las acciones. Por eso, al ver que lo había perdido todo, su salida sólo podía ser una.

—¿Cuál?

—El crimen. No sería la primera solución que acudiría a él.

Buscaría impaciente alguna otra hasta convencerse de que era la más factible.

—¿Y mató a Lynk?

—No a Lynk, a menos que tuviera la seguridad de recuperar las acciones.

—¿No las recuperó?

—Si las hubiese recuperado, habría vuelto a casa.

—Pero las acciones han desaparecido.

—Eso no quiere decir que fuese Lawley el asesino. Debemos evitar esa trampa mental. Quizá Lawley lo hizo. Quizá no. Lo que quiero decir, es que si mató a Lynk, sus pensamientos se volvieron hacia otra parte.

—¿Su mujer?

—Sí. Su esposa aún tenía dinero. Existían otras acciones. Si ella moría, Lawley no tendría que dar cuenta de nada. Su muerte no le devolvería lo perdido; mas pondría en sus manos más dinero que emplear en el juego.

—Pero sospecharían en seguida de él.

—No —interrumpió Mason—. Ahí es donde ese hombre podría mostrarse diabólicamente listo. Podía cometer el crimen perfecto. Su mujer ha estado luchando con su corazón demasiado débil. Los médicos le han advertido que no debe sufrir ninguna emoción fuerte, pues podría tener fatales consecuencias. A Lawley sólo le era necesario esa emoción, y entonces la muerte se debería a causas naturales.

—¿Cree que algún hombre sería capaz de hacer eso a su mujer?

—Ocurre muy a menudo. Todos los días los periódicos nos cuentan algún crimen pasional en el que, por lo corriente, no hay misterio alguno. Por eso yo quería hacer ver al teniente Tragg que el asesino de Lynk pondría a continuación en peligro la existencia de Carlota Lawley. La mejor manera de hacerle pensar eso era despertar en él la sospecha de que había ocurrido.

—Pero, ¿cómo podría proteger a una mujer a la que ya se suponía muerta?

—No quería que la protegiese —replicó Mason—. De eso ya me he encargado yo. Lo que necesitaba era que revolviese el mundo entero en busca de Bob Lawley y lo metiese en la cárcel.

—¿Por eso me hizo cobrar esos cheques?

—Sí.

—¿Para que la policía sospechara que Lawley tenía alguna cómplice y que había asesinado a su mujer, robándole los cheques de viaje que su cómplice estaba haciendo pasar?

—Eso mismo.

—Pues salió bien, ¿verdad?

—Demasiado bien, Della, y por eso necesito que se marche en seguida y no vuelva por aquí hasta que yo se lo permita. El teniente Tragg es mucho más inteligente de lo que muchos suponen y ha debido prever lo que nosotros hemos fingido. Sin duda, Carlota Lawley, tenía cuenta corriente en aquellos almacenes, y él dio orden de que le avisaran en cuanto la señora Lawley, o quien se hiciese pasar por ella, se presentase allí.

—Eso explicaría perfectamente lo ocurrido —admitió Della.

—Por lo tanto, váyase donde el teniente Tragg no pueda encontrarla y preguntarle: «Señorita Street, ¿era usted, por casualidad, la persona que ha intentado pasar unos cheques de viaje extendidos a nombre de la señora Lawley?».

—¿Cree que sospecha?

—¡Aún no!, pero la cajera le dará una descripción exacta de usted y si se presenta aquí con la descripción aún fresca en su memoria, es demasiado sagaz para no admitir la semejanza.

—Entonces debo esconderme, ¿verdad?

—No. Parecería que huimos y sólo huyen los culpables. No, iremos a tomar unas declaraciones o a arreglar algún asunto y usted se quedará allí. Yo haré continuos viajes de ida y vuelta, y de esta forma se explicará su ausencia.

—Muy bien. Sé de algunos sitios donde podríamos pasar unos días de vacaciones.

—Otra cosa —siguió Mason—. Si el cartero entrega una carta dirigida a mí con el membrete del hotel «Clarmount», no la abra. Sería mejor que no averiguase usted lo que hay dentro.

—¿No sería, por casualidad, un resguardo de valores?

Mason, replicó, sonriendo:

—Usted y el teniente Tragg se están volviendo demasiado listos.

Y sonriendo salió del despacho.

# Capítulo 10

Della Street entró precipitadamente en el despacho. Acababa apenas de advertir a la telefonista y, sin entretenerse en explicar el motivo de su inmediato regreso, sacó su peine y empezó a cambiar su peinado. Mientras lo variaba con ayuda de unas horquillas visibles, explicó:

—Está aquí. Quiere verle. Me ha visto con el sombrero puesto. Procuraré variar mi aspecto en lo posible.

—¿El teniente Tragg? —murmuró Mason.

—Sí.

—No querrá esperar —murmuró el abogado.

—Le he hecho decir que tiene usted una visita, pero que dentro de dos minutos podrá recibirle. Me ha visto sólo un momento.

Della se colocó la última horquilla y se miró pensativamente.

—Hágalo entrar —dijo Mason.

Sin replicar, Della salió del despacho y regresó seguida del teniente Tragg.

—Buenas tardes, teniente —saludó Mason.

Tragg no se entretuvo en rodeos.

—Ha sido usted muy listo, Mason —dijo.

—¿Por qué?

—Me cogió dormido, y luego plantó un arenque ahumado en medio de la pista y me hizo salir tras él aullando de contento.

—Siéntese, teniente —invitó Mason—; tome un cigarrillo. Le presento a mi secretaria, la señorita Street.

—¿Cómo está usted, señorita? —saludó Tragg, mientras aceptaba el cigarrillo. Parecía muy embarazado.

—Ayer noche —empezó—, mientras estaba preocupado por aquel revólver y por el disparo que se había hecho con él, a fin de que la prueba de la parafina no pudiera dar ningún resultado, usted

salió en su coche. Es demasiado buen conductor para haber armado tanto escándalo con las marchas, los frenos y otros ruidos.

—Debía de estar nervioso.

—Como un zorro. ¿Sabe por qué echaron a Holcomb y me pusieron en su lugar?

—No.

—Porque el jefe estaba harto de que usted se presentara ante el tribunal y empezase a sacar conejos y palomas de su sombrero. Mi deber tenía que ser terminar con esos teatralismos, y trabajar mejor que Holcomb.

—Eso no era muy difícil.

—No, si procuraba no dejarme coger por sus juegos de manos.

—No sé de qué está hablando.

Tragg no se molestó ni en levantar la mirada de su cigarrillo.

—Carlota Lawley —murmuró.

—¿Qué ocurre con ella?

—Fue en coche a casa de su hermana. Usted oyó llegar el vehículo y comprendió quién era. Yo estaba demasiado ocupado en obtener algunas declaraciones de Mildred Faulkner. Usted salió a escena y en mis propias narices me escamoteó un triunfo seguro.

—¿Qué es lo que insinúa usted?

—Le dijo a Carlota Lawley que yo estaba allí, que las cosas no marchaban bien para ella, y que su hermana estaba entretenida, echándome humo a los ojos. La idea del disparo accidental fue una obra maestra.

—¿Era el revólver con el cual se cometió el crimen?

—Sí.

—¿Sabe dónde lo obtuvo?

—Se lo quitó a Carlota.

—¿Es eso lo que dice la señorita Faulkner?

—No. La señorita Faulkner se porta de una manera demasiado sospechosa para que pueda ser culpable. Representa demasiado bien su papel. Hace de arenque ahumado en la pista.

—Parece tener usted una opinión muy elevada de la inteligencia de Mildred Faulkner.

—Mucho —admitió Tragg—. Es una mujer muy valiente.

—Pero usted no la cree culpable.

—No.

—¿A qué se debe ese cambio?

—A Coll.

—No deje que le engañe —advirtió Mason—. Ayer noche llamó a Magard y le dijo que si le apoyaba en su coartada, él ofrecería otra coartada a Magard.

—Ya lo sé —interrumpió Tragg—. Magard no quiso aceptar el juego porque ya tenía una coartada. Coll está muerto de miedo. Teme que la policía le cargue el muerto si no encontramos a un sospechoso mejor. Yo se lo hago creer y eso le vuelve loco. Para salvar su cuello está tratando frenéticamente de descubrir al asesino.

—Yo no me fiaría de él.

—Ha encontrado a la señora Rockaway.

—¿Quién es esa mujer?

—Ella y su marido cuidan de la estación de servicio del Cañón Lilac.

—¿Qué sabe esa mujer?

—Alrededor de medianoche una mujer se detuvo frente a la casa. Parecía muy nerviosa y sus labios estaban algo azulados. Preguntó por un tal Smith, que vivía cerca de la cabaña del señor Lynk.

Tragg se interrumpió un momento para mirar a Mason, que le instó:

—Continúe.

—Pues bien, la señora Rockaway cayó en la trampa y explicó dónde estaba la cabaña del señor Lynk, advirtiendo que no sabía que por allí cerca viviera ningún Smith.

—Supongo que cuando se presente ante el tribunal, jurará que aquella mujer era la señora Lawley.

La sonrisa de Tragg era triunfal.

—No se atormente, Mason. Los Rockaway celebraban una fiesta y la casa estaba llena de invitados. Todos vieron a la mujer. Era Carlota Lawley.

—Es muy lógico que una mujer dispuesta a cometer un crimen se detenga en un lugar lleno de gente y pregunte por la casa del hombre a quien piensa matar.

El comentario de Mason borró la sonrisa de los labios de Tragg.

—Ése es el punto flaco —admitió—. Sin embargo, es muy

significativo que no preguntara directamente por la cabaña de Lynk, sino que recurrió a tantos rodeos, que sin la insinuación de Coll, la mujer no se hubiera presentado a declarar. Claro que habrían reconocido la foto de la señora Lawley, aunque de no ser por eso, la fotografía probablemente no se hubiese llegado a publicar.

—¿Cómo lo averiguó Coll?

—Trabajando mucho.

—Yo no me fiaría aún —replicó Mason—. Espero que no dejará que Coll le ayude tanto que llegue usted a olvidarse de él como posible culpable en lo de los bombones. Podría ser cosa de Coll, ¿verdad?

—No se inquiete. Tengo en Coll más confianza de la que usted tiene en él; pero en lo de los bombones no está libre de toda sospecha. Los bombones fueron enviados por alguien del «Golden Horn».

—¿Cómo lo sabe?

—El papel en que iba envuelta la caja es del que usan en el club. La dirección estaba escrita a máquina, en una hoja de papel del mismo que utilizan para la correspondencia. Y la pasta blanca con que se pegó, es también de allí. Existe una prueba muy significativa. La pasta que pegaba la etiqueta con la dirección, estaba completamente seca, y el químico del laboratorio de Jefatura dice que se empleó hace unas cuarenta y ocho horas. Pues bien, ¿comprende lo que eso significa? La persona que envió los bombones tenía proyectado el crimen desde algún tiempo antes y sólo esperaba el momento propicio para realizarlo.

—¿Cuál fue ese momento?

—Aquel en que Mildred Faulkner envió las orquídeas. La tarjeta debió de caer al suelo cuando Esther Dilmeyer abrió la caja. El envenenador la cogió, la metió en la caja de bombones y la envió por medio de un mensajero.

—No me parece muy convincente —refunfuñó Mason—. ¿Ha dado con el mensajero?

—Sí. Eso ha sido muy fácil. Una mujer entró en una agencia de mensajeros situada en el distrito de los teatros. Era la hora de salida. Dejó la caja sobre el mostrador, con una nota en que decía: «Tengan la bondad de enviarla en seguida», y dos dólares.

—¿Se tiene alguna descripción? —preguntó Mason.

—Ninguna. Fue mientras la agencia estaba llena de gente que enviaba mensajes o paquetes. El encargado sólo recuerda que se trataba de una mujer.

—O un hombre vestido con ropas de mujer.

—El veneno es un arma más propia de mujeres.

—¿Huellas dactilares?

—Sólo las de Esther Dilmeyer. El asesino debía llevar guantes.

—¿Es seguro que el paquete salió del «Golden Horn»?

—Sí. La dirección fue escrita con la máquina de Lynk.

—Es un crimen que parece muy torpe, y sin embargo, no lo es… Lynk podría ser muy probablemente el autor.

—No lo creo —replicó Tragg—. El crimen parece obra de una mujer que odia mucho a Esther Dilmeyer y sabe muy poco de venenos. Cuando Esther despierte, podrá decirnos lo ocurrido. Entretanto, deseo aclarar el otro misterio.

—No quiero entretenerle.

—No me entretiene. Tengo que hacerle aún algunas preguntas más.

—Siga usted. No tengo nada que hacer. Cuando se marche, sólo tendré que extender un informe sobre un seguro, y anotar algunos de los informes que el gobierno desea acerca del pago de mis impuestos. Si el gobierno me dejara más tiempo para mi trabajo, mis impuestos serían mayores.

Tragg se echó a reír.

—Al sospechar que la señora Lawley andaba huyendo, supuse que no había tenido tiempo de llevarse la suficiente ropa y demás objetos de uso personal. Por lo tanto, supuse también que compraría, por lo menos, algunas prendas de ropa, por no atreverse a volver a su casa.

»También pensé que iría a su banco a cobrar algún cheque o a alguna tienda donde tuviera cuenta. Localicé su banco y su tienda y en cada uno de los dos sitios dejé a uno de mis hombres. Hace poco una mujer entró en la tienda donde la señora Lawley tiene cuenta abierta y en vez de comprar algo y hacerlo cargar a su cuenta, como yo sospechaba, fue directamente a la caja y pagó con un cheque de viaje. La cajera dio la señal preconvenida.

Daba la casualidad de que yo estaba en el establecimiento y acudí a la caja; pero la mujer debió de darse cuenta de la trampa y

escapó. Pero lo más significativo, señor Mason, es que *aquella mujer no era Carlota Lawley*.

—¿Está seguro? —preguntó Mason, procurando no mirar a Della Street.

—Sí. La descripción no coincide con la señora Lawley, que es más vieja, padece del corazón y, por lo tanto, es menos ágil. Aquella mujer es joven, bonita y veloz como un gamo.

—¿De veras?

—No parece usted muy interesado.

—¿Debo estarlo?

—Sí. Bob Lawley asesinó a su mujer.

—No le entiendo, teniente.

—Sin duda, su mujer llevaba encima un talonario de cheques de viaje que podía cobrar en cualquier parte. El que otra mujer los cobre es un indicio bien claro de que algo le ha ocurrido a la señora Lawley.

—Mucha deducción me parece para salir de tan pequeña prueba.

—Hay algo más.

—¿Qué?

—Esta mañana se multó a un automóvil por exceso de estacionamiento. Era el coche de Carlota Lawley.

—¿Encontró algo en el coche?

—Habían sido borradas todas las huellas dactilares.

Mason arqueó las cejas.

—Carlota Lawley no se hubiera molestado en borrar sus huellas —declaró Tragg—. El coche era suyo y no tenía por qué hacerlo. Pero si su marido la mató y después de deshacerse del cuerpo, abandonó el coche, lo lógico era que borrase las huellas dactilares. Es la reacción lógica de un asesino moderno.

—No carece de lógica —admitió Mason—. ¿Y qué tal la coartada de Magard? ¿Es buena?

—Magard estuvo con Peavis desde las once hasta las doce menos cinco de la noche. Peavis recuerda la hora porque la reunión se celebró a una hora bastante anormal. Recuerda que al cabo de un momento de haberse marchado Magard sonó la medianoche.

—¿A qué hora llegó Magard al «Golden Horn»?

—Alrededor de las doce y cuarto.

—¿Cuándo se cometió el crimen?

—A medianoche.

—¿Y Coll?

—Estaba tratando de encontrar a Bob Lawley. Bob le había lanzado un S. O. S. a primeras horas de la noche.

—¿Le encontró?

—No.

—¿Por qué no suponer que se citaron en el Cañón Lilac?

—Lo siento, Mason; pero no podrá desviar mis sospechas. Si Coll fuera culpable, podría damos una explicación mejor.

Mason quedó pensativo unos instantes.

—Ese hombre no me gusta, Tragg. Sospecho que tiene algo que ver con los bombones envenenados. Podría tener una cómplice. Es de los que son capaces de valerse de una mujer.

—No confío plenamente en él —advirtió Tragg—. De momento lo utilizo.

—¿Cuánto tiempo hubiera tardado Magard en llegar al Camón Lilac desde el sitio donde se separó de Peavis?

—Desde el piso de Peavis a la cabaña de Lynk se tarda unos seis minutos y medio. Desde el piso de Coll se tarda un cuarto de hora. Lo he comprobado.

—¿Y desde el piso de Peavis al «Golden Horn»?

—Veintiún minutos.

Sonó el timbre del teléfono y Della Street respondió, pasando el aparato a Mason.

—Dígame —pidió éste.

La inconfundible voz de Mildred Faulkner sonó al otro extremo del hilo.

—Señor Mason, ¿puede usted acudir en seguida?

—¿Qué ocurre?

—Necesito verle. He hablado con Carlota.

—¿De veras?

—Sí. Me telefoneó. Bob estaba con ella… Mientras hablábamos, el corazón se le resintió. Bob dijo: «¡Dios mío!». En seguida colgó el teléfono.

Cautamente, Mason preguntó:

—¿Está segura de la identidad?

—Por completo. Reconocería en cualquier parte sus voces.

—¿Dónde está usted ahora?

—En la tienda de Broadway.

—En este momento estoy ocupado; pero podré acudir dentro de unos minutos. Aguárdeme.

—Dése prisa. Estoy segura de que usted sabe dónde se encuentra ella.

—Haré lo que pueda.

Colgó el teléfono y Tragg se levantó.

—No necesito molestarle más —dijo.

—Lleve su cuaderno, Della —encargó Mason.

—¿Algo urgente? —preguntó Tragg.

—Tenemos que redactar un testamento y es preciso luchar con el tiempo.

Della corría junto a Mason, en dirección a la escalera. Sus zapatos taconeaban ruidosamente.

—¿Cree que sospecha algo? —preguntó.

—Es un hombre listo. Y yo estaba tan acostumbrado a luchar con Holcomb, que he llegado a creer que todos los policías son tontos. Tragg posee una inteligencia rápida y aguda.

—¿Cree que nos hará espiar? —preguntó la secretaria cuando llegaron al vestíbulo.

—Sin duda; pero no importa, pues seguramente tendrá a alguien vigilando a Mildred Faulkner y le avisará en cuanto aparezca por allí.

Mildred Faulkner acudió precipitadamente a su encuentro cuando entraron en la tienda.

—Llévenme en seguida junto a mi hermana, señor Mason. ¡Es preciso!

—Un momento —interrumpió el abogado—. Su teléfono puede hallarse intervenido. Della, vaya a la farmacia y llame al hotel «Clarmount». Pregunte por la señora Dunkurk y cuando hable con ella, pregúntele si ha llamado por teléfono a su hermana.

—¡Estoy segura de que era ella! —afirmó Mildred—. Reconocería perfectamente en cualquier sitio su voz.

—De todas formas, compruébelo, Della —ordenó Mason.

Cuando Della hubo salido, el abogado miró curiosamente a su alrededor.

—No quiero acudir junto a su hermana hasta tener la seguridad de que no se trata de una trampa. El teniente Tragg es muy astuto.

—Conozco la voz de mi hermana…

Interrumpióse, pues en aquel momento se abrió la puerta y Harry Peavis entró en la tienda, dirigiéndose hacia la oficina donde estaban Mildred y Mason. Le acompañaba un hombre con cara de comadreja y traje muy llamativo.

—Es Peavis —murmuró Mildred.

—Ya lo sé.

Peavis llegó a la puerta de cristal del despacho, y abriéndola, anunció:

—Lamento mucho tener que hacer esto, Mildred. —Volvióse hacia el hombrecillo que le acompañaba y exclamó—: Es ella.

El hombre dio un paso adelante.

—Mildred Faulkner, como presidente de las «Floristerías Faulkner», debo entregarle este aviso judicial para que se extienda el duplicado de un certificado de unos valores que se han perdido y que sea considerado nulo el antiguo, debidamente endosado, que se perdió. Deberá presentarse mañana por la tarde, a las dos, ante el juez para que falle en este caso.

Mildred estaba como atontada.

—No se atormente —dijo Mason—; no es tan terrible como parece.

—En realidad, es muy sencillo —explicó Peavis—. Soy propietario de las acciones en cuestión. El hombre que me guardaba los comprobantes de esas acciones fue asesinado y los comprobantes desaparecieron sin saberse cómo ni cuándo.

—¿Era un agente? —preguntó Mason.

—Lea los papeles que le entrega este alguacil.

—Peavis, ¿se atreve a reconocer que contrató a jugadores profesionales para que mi cuñado…? —empezó Mildred.

—No contraté a nadie —replicó Peavis—. Me enteré de que Lawley estaba apostando en las carreras de caballos y que estaba también cargado de deudas. Para salir del apuro vendía todo cuanto su hermana le traspasó. Antes de que otro se quedara con estas tiendas, decidí intervenir y quedarme yo con ellas.

—Eso es una trampa —declaró despectivamente Mildred.

—Como quiera —replicó Peavis—. Puede ser que yo tendiera la trampa; pero él cayó en ella.

Mirando hacia la puerta, Mason vio regresar a Della.

—Está bien, Peavis —dijo—. Ya ha entregado la citación. Mañana nos veremos en el tribunal.

—Podríamos llegar a algún acuerdo —insinuó Peavis.

—¡No! —protestó indignada Mildred.

Della Street, antes de entrar, escribió algo en un bloc de notas. Al avanzar tendió el papel a Mason, que leyó en seguida:

> *«La señora Dunkurk ha salido. Un hombre fue a buscarla hace una hora».*

Mason pasó a Mildred el mensaje.

La joven lo leyó, y miró luego rápidamente a Mason.

Peavis dijo:

—Lo siento; pero no puedo marcharme, pues aún no he terminado.

—¿Por qué?

—Espero otros documentos. Ahí llegan.

Abrióse la puerta de la tienda y apareció el teniente Tragg, acompañado por una mujer de unos cuarenta y tantos años.

Della Street se acercó a Mason y susurró, espantada:

—La cajera.

—¿No hay otra puerta por donde salir de aquí? —preguntó Mason.

Mildred Faulkner movió negativamente la cabeza.

Peavis miró cuidadosamente a Mason.

—Buenas tardes —saludó Tragg, entrando en el despacho—. Veo que están celebrando una reunión.

Nadie replicó nada; pero la mujer que acompañaba al policía anunció señalando a Della Street:

—¡Ésa es la mujer!

Mason rodeó con un brazo protector los hombros de Della.

—¿Quiere decir que es la mujer que trató de cobrar un cheque propiedad de Carlota Lawley? —inquirió Tragg.

—Sí, es ella —afirmó la cajera.

—Desde luego —asintió Mason.

—Si la señorita Street no puede darnos una explicación lógica de sus acciones, tendré que detenerla —anunció Tragg.

—¿De qué la acusará?

—De falsificación.

—Repase bien la ley, teniente —advirtió Mason—. De lo contrario, se quemará los dedos.

—Es usted un buen abogado, Mason —replicó Tragg, sin poder ocultar su irritación—. En cambio, yo no soy más que un torpe policía. Supongo que en la ley debe de haber algún apartado que permita a su secretaria presentarse en una tienda, decir que es Carlota Lawley, firmar cheques y recibir dinero.

Serenamente, Mason replicó:

—En primer lugar, Della no ha dicho que fuese Carlota Lawley. Se limitó a canjear cheques de viaje. Fíjese bien lo que digo, teniente. Un cheque de viaje no es como los demás cheques. No existen cheques de viaje extendidos sin fondos. Esos cheques se compran con dinero que queda en depósito, hasta el momento en que se utilizan.

—¿Y es legal que falsifique su secretaria la firma de Carlota Lawley?

Mason sacó del bolsillo el documento que la señora Lawley le había firmado.

Tragg lo leyó y a medida que se enteraba del contenido, se endurecía la línea de su boca. De pronto una triunfal expresión iluminó sus ojos. Doblando el documento lo guardó en el bolsillo.

—Muy bien —dijo—. Ha sacado de la trampa a Della Street; pero ha caído usted mismo en ella.

—¿Qué quiere decir?

—Este documento demuestra, en primer lugar, que o es una falsificación o bien que esta mañana ha tenido usted contacto personal con la señora Lawley.

—Estuve con ella —admitió Mason—. Entonces firmó ese documento.

—¿Se da usted perfecta cuenta de lo que eso significa?

—¡Qué!

—Ha ayudado a una persona perseguida por la justicia.

—Yo ignoraba que fuera buscada por la policía —dijo Mason.

—Ahora ya sabe que la buscamos —replicó Tragg tratando de dominar su indignación—. Dígame dónde está.

—No creo que sea culpable de nada; pero en vista de su demanda, le diré que ayer noche, a fin de que pudiera descansar,

como exigía su salud, la hice hospedarse en el hotel «Clarmount» bajo el nombre de la señora Dunkurk, de San Diego.

Los ojos de Tragg manifestaron asombro, incredulidad y luego indignación, claramente manifiestas.

—¿Trata de lanzarme sobre una pista falsa, Mason? Si es así haré que me entreguen una orden de detención contra usted y le llevaré a Jefatura…

—Usted no me llevará a ninguna parte —interrumpió con voz amenazadora Mason.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Tragg—. ¿Sigue en el hotel?

Mason se encogió de hombros, contestando:

—Le he dicho todo cuanto sabía. Cuando entré en esta oficina, estaba seguro de que la señora Lawley se encontraba en el hotel «Clarmount».

Un mensajero entró en aquel momento en la tienda:

—¿El señor Peavis? —preguntó.

—Yo soy —dijo Peavis, sonriendo.

El muchacho le entregó unos documentos que el hombre pasó a su acompañante. Éste dijo, dirigiéndose a Mason:

—Señor Mason, le hago entrega de una orden para que comparezca ante el tribunal que ha de fallar el proceso Peavis contra «Floristerías Faulkner», y haga entrega al mismo tiempo de cualquier certificado de valores que tenga usted en su poder y que se halle extendido a nombre de Carlota Faulkner, más tarde Carlota Lawley.

La ira desapareció del rostro de Tragg.

—Veo que sus apuros aumentan, señor abogado.

Fue al teléfono y marcó un número.

—Aquí el teniente Tragg, de la Criminal. Pronto, avisen al sargento Mahoney. Díganle que se dirija al hotel «Clarmount». De prisa. Antes envíen allí a un par de coches patrulla. En el hotel se hospeda una tal señora Dunkurk, de San Diego. La necesito.

Colgó el aparato y volviéndose hacia la cajera, dijo:

—Eso es todo, señorita Norton. Puede volver a su trabajo.

Luego miró a Mason. Por un momento el triunfo que brillaba en sus ojos se convirtió en simpatía.

—Mala suerte —dijo—; pero usted se la buscó.

Después abrió la puerta de la oficina y salió de la tienda.

# Capítulo 11

El teniente Tragg y el agente Copeland estaban sentados en la botica. El primero estaba muy nervioso y miraba continuamente por la mirilla que le permitía ver la iluminada farmacia.

—No se moleste tanto —dijo el farmacéutico, acabando de cerrar unas cápsulas—. Le conozco perfectamente. Tienen tiempo.

Copeland miró a su jefe y sonrió. No comprendía su nerviosismo.

—No puedo perder el tiempo aguardando aquí —refunfuñó Tragg—. Al fin y al cabo, no se trata más que de una sospecha.

—Ya vigilaré yo, teniente —ofreció Copeland—; y le avisaré a usted por teléfono en cuanto llegue nuestro hombre.

—No me quedará otro remedio que hacerlo —replicó Tragg.

En aquel instante, un hombre que vestía un traje azul de chaqueta cruzada, entró en la farmacia.

—Ése es —dijo el farmacéutico, mientras el otro empleado acudía a atender al recién llegado.

Tragg lanzó un profundo suspiro de satisfacción.

—Saldré por la puerta lateral —dijo—. Prepárenle la medicina. No le hagan esperar. En cuanto vaya a salir, tú, Bill, le sigues. Fuera tienes tu coche y yo tengo el mío. Entre los dos, no podrá escapar; pero no debemos exponernos. En cuanto supongamos hacia dónde va, yo me adelantaré. Si él se da cuenta de que le siguen y trata de escapar, haz sonar dos veces la bocina. Entonces yo volveré atrás y entre los dos le detendremos.

—Perfectamente.

El farmacéutico salió a averiguar lo que deseaba el cliente y al volver explicó:

—Es la repetición de una receta. Dice que es urgente. Se trata de un poderoso estimulante cardíaco.

El teniente Tragg salió por la puerta lateral y dirigióse adonde había dejado su coche. No aguardó más de dos minutos. El cliente se acomodó en su «Buick» mientras Copeland abría la portezuela de su coche.

Tragg fue el primero en arrancar. Por el espejo retrovisor vio cómo el «Buick» iniciaba una vuelta hacia la izquierda e hizo lo mismo.

Bob Lawley tenía prisa. Durante un rato esforzóse por adelantar al coche de Tragg, y al fin éste le dejó pasar, siguiéndole muy de cerca sin que Bob pareciese temer que le siguieran. Unas doce manzanas más abajo, Tragg adelantó de nuevo a Bob; pero éste torció bruscamente a la derecha, marchando por otra calle, aunque seguido por Copeland. Cuando Tragg pudo alcanzar al agente, le vio solo. El «Buick» había desaparecido.

—¿Dónde está? —preguntó.

—En esa casa —indicó Copeland, señalando una casita próxima.

—Vamos —ordenó el teniente.

Los dos hombres se dirigieron a la casa y el teniente llamó con gran insistencia. Al fin Bob Lawley apareció.

—¿Qué desea? —preguntó.

—Lawley, queda usted detenido —replicó Tragg, empujando la puerta y entrando en la casa.

Antes de que Bob pudiera hacer resistencia, se encontró esposado.

El frío de las esposas le hizo iniciar una desesperada lucha que terminaron Tragg y Copeland.

—Sea razonable, Lawley —dijo Tragg—. ¿Dónde está su esposa?

—En el dormitorio.

—Necesito hablar con ella.

—¿Qué le va a decir?

—Necesito hacerle algunas preguntas.

—No puede hacerlo —replicó desafiador.

Lawley jadeaba a causa de la lucha.

—¿Por qué?

—No puede hablar con nadie.

Tragg reflexionó un momento, y luego dijo:

—Le voy a ofrecer una oportunidad, Lawley. Le quitaré las esposas y dejaré que nos presente como amigos suyos a quienes ha

encontrado cuando iba a buscar la medicina. Diga a su esposa que yo soy el hombre que puede sacarle a usted del apuro en que se encuentra. Luego se calla y deja que sea yo quien hable.

—¿Y qué beneficios obtendré yo de eso?

—Cuidaré de que se le juzgue honradamente y de que no le carguen ninguna falsedad.

—No es bastante.

—Perfectamente. Le he ofrecido una solución fácil. Ahora trabajaré a mi manera.

—¿Cómo?

—Ya lo verá. No está en condiciones de exigir nada.

Tragg cogió la medicina que Bob llevaba en el bolsillo.

—¿Qué va usted a hacer?

—¡Cállese! —ordenó Copeland, agarrando a Lawley por la camisa, casi junto al cuello, y lanzándole contra la pared.

La segunda puerta que Tragg abrió daba a un dormitorio. Las cortinas estaban corridas y la estancia se hallaba casi a oscuras. Tragg aguardó a que su mirada se habituara a la penumbra. Oía claramente una fatigosa respiración. Una voz llamó:

—Bob…

Tragg acercóse al lecho.

—Su marido me pidió que le diera esta medicina.

—¿Dónde…, dónde está?

—Tuvo que atender unos asuntos inesperados. Llegará en seguida; pero ha querido que usted tomara la medicina.

—Sí…, es una medicina para los ataques…, la terminé ayer noche…

Tragg encendió la luz de la mesita de noche, luego fue a buscar un vaso de agua para que Carlota Lawley pudiera tomar la medicina.

Durante cinco minutos ninguno de los dos pronunció una sola palabra. Tragg observaba a la mujer, cuya respiración se iba normalizando y que al fin murmuró:

—Es una complicación de muchos males. Supongo que los nervios andan también mezclados en ello. Ahora me encuentro ya mejor. Muchas gracias.

—No quisiera molestarla, señora —replicó el policía—; pero necesito hacerle algunas preguntas.

—¿Quién es usted? —preguntó Carlota.

—Estoy tratando de averiguar la verdad de lo que ocurrió ayer noche. Supongo que ya sabe que existe orden de detención contra su marido.

—No…, no sabía.

—No es necesario que me diga si su marido o usted son culpables. Tampoco debe hablar si no se siente con fuerzas para ello; pero si se considera capaz de contestar a unas preguntas, las cosas irán mejor.

—¿Para quién?

—Para su marido, si es inocente, para usted y para su hermana. Sin embargo, no está obligada a contestar nada de cuanto yo le pregunte.

Desde el vestíbulo, donde estaban Bob y Copeland, llegó un golpe y un grito inarticulado. Luego el silencio volvió a hacerse.

—¿Qué ocurre? —preguntó Carlota.

—Nada. Están entrando unos muebles que su marido compró.

—¡Oh! No debía haber comprado nada. Es un niño grande. Tiene un agujero en la mano y por él se va todo el dinero que tiene.

Calló un momento y su respiración se hizo más tranquila. Pareció quedar dormida y Tragg salió de puntillas, yendo al vestíbulo, donde Copeland sostenía a Lawley, cuyo ojo izquierdo se iba cerrando rodeado por un círculo oscuro.

—Llévalo al coche, Bill —ordenó Tragg.

—Ya has oído lo que dice el jefe —dijo Copeland—. Andando.

Ya no quedaba ninguna resistencia en Lawley, y sin oponerse, dejó que le llevaran hasta los asientos traseros del coche.

Tragg volvió al cuarto y se sentó junto al lecho. Transcurrieron unos quince minutos antes de que la señora Lawley abriera los ojos.

—Ya me encuentro mejor —murmuró—. ¿Es usted un médico?

—No, soy un investigador.

—¿Un policía?

—Sí. Sólo trato de descubrir la verdad.

—¿Qué desea saber?

—¿Cómo fue que se llevó usted del lugar del crimen aquellos certificados de acciones?

—¿Qué crimen?

Tragg apretó los puños y tras una breve vacilación, dijo:

—Encontramos los certificados en poder del señor Mason. Nos dijo que usted se los dio.

—¿Eso dijo? —preguntó Carlota Lawley, abriendo los ojos.

—Sí. ¿Por qué se los llevó usted?

—Eran míos.

—¿Estaba muerto Lynk cuando usted entró en la casa?

—Sí… Pero estoy muy cansada.

—Descanse unos minutos.

Con voz soñolienta, Carlota murmuró:

—Parece usted muy amable. Creí que los policías eran distintos.

—No se dé ninguna prisa —aconsejó Tragg, maldiciéndose por tener que hacer aquello; pero cuando se trata de resolver un crimen, hay que jugar tal como vienen las cartas.

—Parece un caballero —musitó Carlota.

# Capítulo 12

Cuando salían de la tienda de Mildred Faulkner, Della preguntó a Mason:

—¿Cómo debió de comunicar Lawley con su esposa?

Mason llamó a uno de los vendedores de periódicos y compró un ejemplar.

—Aquí hallaremos la respuesta —dijo.

—¿En algún anuncio? ¿Puesto por ella?

—No, por él.

—Creí que había dicho a la señora Lawley que no leyese ningún periódico.

—El prohibirle una cosa a una mujer, es como apostar dinero a la ruleta.

Mason abrió el periódico por la sección de anuncios de última hora y tras una breve pausa, añadió:

—Aquí lo tenemos.

—¿Qué dice?

—«Carla, me muero de ansiedad por ti. Llama por teléfono a Graylew, seis, nueve, ocho, cuatro, uno, y dime que estás bien. Es cuanto deseo saber. Si estás bien, lo demás no me importa».

—¡El muy canalla!

—Llame en seguida a Drake y dígale que averigüe a quién corresponde el número de ese teléfono.

—¿Cuánto le costará averiguarlo?

—Unos minutos.

—Entonces iremos a la oficina, ¿verdad?

—No. Quiero visitar al señor Coll.

Della corrió a la farmacia, desde donde debía llamar a Drake, y regresó al cabo de unos minutos.

—Ya está trabajando —dijo—. Y aquí traigo un informe acerca

de lo otro que le encargó. Lo he tomado taquigráficamente.

—Bien, léalo mientras vamos a casa de Coll.

Subieron a su auto y Mason lo puso en marcha. Della abrió su cuaderno y empezó a traducir en voz alta los numerosos garabatos que lo llenaban.

—Peavis es un luchador. Entró en el negocio de flores en mil novecientos veintiocho. Antes de eso trabajó en el contrabando de licores. En ese negocio tuvo algunos choques con un tal Frank Lecklen, que intentó piratearle algunos de sus cargamentos. Lecklen fue trasladado al hospital con dos balas en el cuerpo, mas no quiso decir quién se las había disparado. Contó a la policía que se había herido él mismo. Peavis fue a visitarle y ordenó que le atendiera un médico especial y varias enfermeras. Lecklen va ahora por el mundo con el nombre de Sindler Coll.

»Esther Dilmeyer, veintitrés años, trabaja en un club nocturno y casa de juego. Tiene una historia muy movida. Fue despedida de la fábrica de bombones «Rockaway». Parece ser que comía más bombones de los que hubiera podido pagar con su sueldo. Trabajó para una compañía camisera. La esposa del dueño sintió celos. Al fin, Irma Radine, que trabajaba en el «Golden Horn», la encontró. Irma había trabajado con Esther en la fábrica de bombones y la presentó a Lynk. Éste se enamoró de ella y Coll la empleó para trabajar a comisión. Hace unos tres meses, Coll la enamoró y ella se volvió loca por él. En los últimos tiempos Coll se había enfriado mucho. Parece ser que tiene otra llama; pero nadie la conoce.

»Paul Drake —añadió la joven— me dijo que esto era cuanto tenía hasta ahora; pero que seguía investigando. ¿Sirve de algo?

—No sé… Esa Irma Radine, que conocía tan bien a Esther Dilmeyer, se portó de una manera muy extraña cuando Tragg la interrogó. Sospecho que también está enamorada de Coll. Por lo visto las mujeres se vuelven locas por él. En fin, ya veremos.

Al llegar a casa de Coll, Mason hizo esperar a Della Street en el auto y fue a llamar al timbre de Sindler. Nadie contestó. Al fin el abogado llamó al timbre de la portería. La mujer acudió sonriendo al ver a Mason.

—¿Sabe dónde está Coll? —preguntó el abogado.

—Se marchó a las nueve de la mañana y no ha vuelto.

—¿Iba solo?

—Le acompañaba un hombre.

—¿Sabe dónde ha ido?

—No.

—Me gustaría echar un vistazo a su habitación. ¿Tiene usted su llave maestra?

Hizo la pregunta empleando un tono tan natural, que la mujer ni siquiera vaciló.

El cuarto de Coll, ejemplar típico de las habitaciones económicas, estaba en perfecto orden. Mason anotó el número del teléfono, que era el de Southbrook, 2-4034.

—Supongo que no querrá tocar nada, ¿verdad? —preguntó la portera, un poco temerosa de que el inquilino pudiera encontrarla allí.

—Desde luego —replicó Mason—. Sólo temíamos que le hubiera podido ocurrir algo.

Cuando cerraba la puerta, la portera preguntó:

—No es preciso que se entere el señor Coll de esto, ¿verdad? No le gustaría.

—No es necesario que lo diga a nadie —replicó Mason—. Yo no lo diré.

En el vestíbulo volvió a dar las gracias a la portera y dijo:

—Tengo que llamar por teléfono.

Entró en la cabina y marcó el número de Drake. Éste se hallaba fuera; pero la secretaría dijo:

—Tengo un número para usted, señor Mason. El teléfono por el que preguntó, figura en la lista a nombre de Esther Dilmeyer, en los departamentos «Las Armas de Molay».

Lanzando un silbido, Mason dijo:

—Muy bien, gracias.

Cuando Della conoció el resultado de las investigaciones de Drake, preguntó:

—¿Qué significa eso?

—Pues que me he dormido —replicó Mason—. Sabíamos que Bob Lawley andaba haciendo de las suyas. Sabíamos que en un accidente de automóvil estaba con él Esther Dilmeyer, que está empleada en un club nocturno y que, además, trabajaba con Lynk y Sindler Coll, quienes, a su vez, trabajaban para Peavis. Hay mucho dinero de por medio.

—¿Cree que Lawley tenía la llave de la habitación de Esther?

—Posiblemente. Y al verse en un apuro acudió, sin duda, al piso de ella y permaneció allí hasta que después de ponerse en comunicación con su mujer, la fue a buscar y la llevó a otro sitio. Lo importante, ahora, es echar un vistazo al piso de Esther.

Dirigiéronse a «Las Armas de Molay», cuya portera también recordó a Mason y no tuvo inconveniente en acompañarle al piso de Esther, a fin de ayudarle a recoger la ropa que, según dijo, necesitaba la enferma.

En el piso no hallaron a nadie. Los ceniceros estaban llenos de colillas; pero resultaba imposible adivinar si habían sido dejadas por los policías o por otro ocupante posterior.

Mientras la portera recogía la ropa que Mason le indicó, el abogado hizo un detallado estudio de las colillas. Entre ellas figuraban tres de las marcas más conocidas. Una de las marcas mostraba invariablemente huellas de carmín de labios. Las otras dos no. Mason encontró cuatro colillas con rojo de labios, quince de la otra marca y veintidós de la tercera, casi ninguna de las cuales estaba más de mediada.

—¿Ha venido alguien hoy? —preguntó Mason a la portera.

—No. Desde que la policía se marchó no ha venido nadie más.

—¿Quién limpia esto?

—Todas las semanas viene una mujer a limpiarlo. Los demás días lo limpiaba la señorita Dilmeyer.

—¿Cuándo ha de venir la encargada de la limpieza?

—El sábado.

—Muchas gracias —replicó Mason.

Salió de la casa, cargado con la maleta, y anunció a Della:

—Iremos al hospital.

Llegaron a las cinco y veinte.

—¿Sigue aquí la enferma? —preguntó Mason.

—Despertó hace unos cuarenta minutos, y aunque está algo torpe su cerebro se aclara rápidamente.

—¿Lo sabe la policía?

—Aún no.

—Creí que habían ordenado que se les avisara.

—En el hospital mando yo y no la policía.

—¿Le perjudicaría mucho si yo me entrevistase con la enferma

antes de que llegara la policía?

—Si lo hiciera con mi consentimiento, no sólo me perjudicaría yo sino también el hospital —replicó el doctor Willmont—. Pero si aprovechando la actual ausencia de la enfermera entrase usted en el cuarto trescientos diecinueve y hablara con Esther Dilmeyer sin que yo lo supiera, entonces no se me podría acusar de nada. Creo que la enfermera tardará bastante en volver con la receta que he hecho preparar. Lamento mucho no poderle permitir que visite a la paciente. Vamos.

Llevó a Mason hasta el vestíbulo y dijo a la encargada del despacho:

—Está prohibido que nadie hable con Esther Dilmeyer hasta que la policía la haya interrogado. Y la policía no debe interrogarla hasta que yo le dé permiso.

»Ya ve, Mason, como la orden es severa.

—Lo comprendo, doctor. ¿Me avisará cuando pueda visitarla?

Willmont movió negativamente la cabeza.

—Eso ya no es cosa mía. La policía es quien debe permitirlo o prohibirlo. Buenas tardes, señor Mason.

El abogado aguardó a que la encargada del despacho volviese la espalda y, en vez de marchar hacia la puerta, tomó el ascensor hasta el tercer piso y localizó la habitación de Esther Dilmeyer.

Ésta se hallaba sentada en la cama, bebiendo café caliente. Al ver entrar a Mason, saludó:

—¡Hola!

—¿Cómo se encuentra, señorita?

—Aún no lo sé. ¿Quién es usted?

—Mason.

—¿Perry Mason?

—Sí.

—Creo que le debo a usted la vida.

—Hice lo que pude.

—¿Le costó mucho dar conmigo?

—Bastante.

—¡Qué bueno es este café!

—¿No sospecha quién le envió los bombones?

Esther vaciló.

—Ya he pensado en ello. No quisiera acusar a nadie; pero…

—¿Qué?

—Conocí a una joven que parecía dispuesta a jugar limpio…

—La señorita Faulkner.

—Sí, ésa era. La señorita Faulkner. Dirige las «Floristerías Faulkner».

—Lo sé.

—Me dijo que me enviaría algunas orquídeas para que las llevase con mi traje.

—¿Qué más?

—Me cansé de estar allí y decidí marcharme a casa. Al poco rato de haber llegado, un mensajero me entregó una caja de bombones con una tarjeta casi igual que la de las orquídeas.

—¿Qué hizo usted?

Esther Dilmeyer sonrió.

—Los bombones de chocolate son una de las cosas que más me gustan. Empecé a comer.

—¿Y qué?

—Empecé a encontrarme rara. Al principio creí que era sólo sopor, y si no hubiera sido porque tenía que ir a su oficina, señor Mason, me hubiera tendido en la cama. Estuve luchando por mantenerme despierta y, de pronto, comprendí que no era sólo sueño. Me habían envenenado. Apenas tuve fuerzas para hablar con usted por teléfono. Luego quedé dormida profundamente.

—Hay algo que me interesa mucho aclarar. Mientras hablábamos oí un golpe como si usted hubiese caído al suelo.

—No recuerdo.

—Cuando llegamos a su casa encontramos el teléfono en el suelo, pero el auricular estaba sobre la horquilla… No puedo creer que usted pudiera colgar el receptor.

—Creo que no.

—Entonces, alguien debía de estar con usted, o entró en el piso antes de que nosotros llegásemos.

—¿Y viéndome sin sentido se marchó sin ayudarme en absoluto?

—Sí.

Los ojos de Esther habíanse iluminado furiosamente.

—¿Quién tiene otra llave de su casa?

Esther respiró profundamente.

—No soy ningún ángel —dijo—, pero aunque en el «Golden

Horn» trato a muchos hombres, mi trabajo termina allí. En el club nadie sabe mi dirección. Ni siquiera Irma Radine, una de mis mejores amigas. Los hombres de allí no la conocen.

—¿Está segura?

—Segurísima.

—¿Y Robert Lawley?

—¡Bah! Es un idiota.

—¿Cómo le conoció? ¿Le pidió Peavis que intimase con él?

—Fue Sindler Coll.

—¿Desde cuándo conoce a Sindler?

—Desde hace tiempo. No mucho. Me gustaba; pero se cansó de mí y quiso poner a otra en mi lugar. No me gustó su intención. Pero hace muchas preguntas personales. ¿Qué ha dicho Sindler de mí?

—Nada.

—¿Está seguro? —preguntó Esther, mirándose las uñas.

—Claro. ¿Qué podía decir?

—No sé. Quizá me envenenó él.

—Parecía muy preocupado por su salud.

—En el fondo es bueno.

Mason mostró a la joven el pañuelo que había encontrado en la cabina telefónica.

—¿Es suyo? —preguntó.

—Sí. No me diga que lo he perdido en el cuarto de algún hombre.

—Este pañuelo fue encontrado en la cabina telefónica de casa de Sindler Coll.

—No pensaba decirle eso.

—¿El qué?

—Antes de ir a casa fui a ver a Coll. Salió a recibirme al pasillo y dijo que tenía una conferencia de negocios y que no podía verme. Me dijo que volviese más tarde.

—¿Eso fue después de salir usted del «Golden Horn»?

—Sí.

—¿Qué hizo usted?

—¡Una conferencia de negocios! ¡Bah! Estaba despeinado y tenía la boca manchada de rojo. Conocí que me engañaba.

—¿Qué hizo usted? —repitió Mason.

—Bajé al vestíbulo y quise telefonear a la señorita Faulkner.

Estaba dispuesta a presentarme en casa de Bob Lawley y contarle todo cuanto había ocurrido.

—¿Habló con ella?

—No. No me contestaron ni de su casa ni de las tiendas.

—¿Qué más?

—Dejé de telefonear y me dirigí a casa. Entonces llegó el mensajero con los bombones.

Mason se levantó.

—Es mejor que no recuerde que ha hablado conmigo —dijo—. Han prohibido que hable usted con nadie. La policía es muy exigente en eso.

—No se preocupe. No contaré nada a la policía.

Mason advirtió:

—Olvide sus sospechas acerca de la señorita Faulkner. Ella la necesita como testigo. Los bombones se los envió otra persona. Ahora adiós y que se mejore bien de prisa.

—Estoy ya curada —replicó la joven—. Si no me dejan salir pronto me escaparé. Espero que algún día podré pagarle todo lo que ha hecho por mí.

—Tal vez —sonrió Mason, saliendo del cuarto.

# Capítulo 13

Después de exigir orden en la sala, el juez Grosbeck miró a Perry Mason por encima de sus lentes. Se estaba viendo la demanda de Peavis contra «Floristerías Faulkner». Frank Labley, de «Labley & Cutten», representaba a Peavis. Perry Mason, a la parte demandada.

Labley acababa de declararse preparado para el juicio. La mirada de él iba dirigida a Mason, en espera de su respuesta.

—Estoy preparado —dijo Mason.

Labley acusó cierta sorpresa.

—La citación fue muy rápida —advirtió el juez—. La parte demandada tiene derecho a solicitar un aplazamiento.

—Lo sé, Excelencia —replicó Mason—; pero estoy ya debidamente preparado.

Labley se puso en pie.

—Excelencia —dijo—. No esperábamos que la defensa se considerase en condiciones para presentarse ante el tribunal. Es casi una rutina que cuando se da tan poco plazo, la defensa pueda solicitar un aplazamiento.

Mason parecía completamente ajeno a aquello.

Fríamente, el juez Grosbeck replicó:

—Señor abogado, la defensa está autorizada para solicitar un aplazamiento, pero ustedes no.

—Desde luego, Excelencia —replicó Labley, sentándose.

—Quisiera interrogar a algunos testigos, Excelencia —anunció Mason.

—¿Cuánto tardará en interrogarles? —preguntó el juez.

—No mucho rato.

—Perfectamente, el tribunal escuchará a sus testigos.

—Ante todo deseo interrogar al demandante, señor Peavis.

Peavis avanzó hoscamente y fue a sentarse en el sillón de los

testigos.

—Usted es demandante, ¿verdad, señor Peavis? —preguntó Mason.

—Un momento —interrumpió Labley—. Antes de que siga el juicio deseo saber si el señor Mason ha traído los documentos que le fueron exigidos.

Mason se inclinó.

—Los tengo aquí —dijo.

Labley se sentó, un poco turbado.

El juez miró pensativamente a Mason.

—Conteste a la pregunta —pidió el abogado a Peavis.

—Sí, lo soy.

—Hace tiempo que ha tratado de adquirir una participación en las «Floristerías Faulkner», ¿verdad?

—Sí.

—¿Sabía que una parte de las acciones estaban extendidas a nombre de Carlota Lawley?

—Ahorremos tiempo, señor Mason —dijo Peavis—. Soy hombre de negocios. Vi que existía una oportunidad de adquirir dichas acciones y, sabiendo que a mí me sería imposible comprarlas, me puse en contacto con Harvey J. Lynk y le dije que pagaría una cantidad determinada por las acciones si lograba obtenerlas para mí.

—¿Era el señor Lynk un jugador?

—No lo sé ni me importa. Le hice una oferta por las acciones. Me dijo que las tenía.

—¡Ah! —exclamó Mason con gran interés—. Ruego a la sala que se repita la respuesta del demandante.

Uno de los taquígrafos leyó la respuesta escueta de Peavis.

—Dije a Lynk que me consiguiera las acciones —se apresuró a decir Peavis.

—Aclaremos bien esto —dijo Mason—. ¿Le dijo usted que pagaría una determinada suma por las acciones, o bien le encargó que se las obtuviera?

—¡Protesto! —gritó Labley—. La pregunta del señor defensor es inmaterial y argumentaría.

—Nada de eso —replicó Mason—. Trato de aclarar bien los puntos… Si el señor Peavis contrató al señor Lynk para que,

obrando como agente suyo, consiguiera las acciones, en ese caso dichas acciones pasan automáticamente a ser propiedad del demandante.

Peavis asintió con la cabeza.

—En cambio —prosiguió Mason—, si el señor Peavis se limitó a ofrecer al señor Lynk una determinada suma por las acciones en cuestión, y dichas acciones fueron robadas antes de que el señor Peavis pagara la suma convenida entonces el señor Peavis carecía de derecho legal sobre ellas.

—Ésa es la ley —aprobó el juez Grosbeck.

Peavis declaró:

—Contestaré gustoso a la pregunta. Contraté al señor Harvey Lynk como agente para que obtuviera las acciones.

—¿Le entregó algún dinero?

—No; pero ese detalle carecía de importancia. Él sabía que el dinero le sería entregado cuando quisiese.

—¿O sea, cuando tuviera las acciones?

—Pues… —Peavis se interrumpió, obedeciendo a una mirada de su abogado.

—¿No puede responder a mi pregunta? —preguntó Mason.

—No —replicó Peavis—. Las acciones no tenían nada que ver con el pago. Le contraté como agente.

—¿Puede decirnos cómo se puso en relación con el señor Lynk?

—¡Protesto! —se apresuró a interponer Labley—. El conocimiento de mi cliente con el señor Lynk no tiene nada que ver en este caso.

—Perfectamente —replicó Mason—. Cuando estemos en el tribunal que ha de fallar definitivamente el caso, insistiré en mi pregunta; pero de momento no quiero hacer perder el tiempo a la sala. Por lo tanto, la pregunta debe quedar pendiente y el señor Peavis puede retirarse. Señor Coll, ¿quiere sentarse en el sillón?

Sindler Coll protestó, con evidente disgusto, juramentó como testigo. Sentóse en el sillón y se mostró muy nervioso.

—¿Desde cuándo conoce al señor Peavis? —preguntó Mason.

—Desde hace unos diez años.

—¿A qué se dedica usted?

—Soy guerrillero.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Especulo. En cuanto se me presenta una oportunidad de hacer dinero me lanzó sobre ella.

—¿Le pidió Peavis que obtuviera las acciones a que nos hemos referido?

—Sí.

—Eso quiere decir que actuó usted como decidido intermediario.

—Sí, señor.

—¿Eso quiere decir que el señor Peavis y el señor Lynk no se vieron nunca personalmente?

—Pues… sí, se vieron.

—¿Cuándo?

—En la noche del diez.

—¿La noche en que Lynk fue asesinado?

—Quiero decir en la tarde.

—¿Asistió usted a la entrevista?

—Sí, señor.

—¿De qué se habló en ella?

Coll, tras un corto silencio, se agitó nerviosamente en el sillón.

—El señor Lynk dijo al señor Peavis que tenía o iba a tener las acciones y que el señor Peavis podía ir a buscarlas con el dinero.

—¿Qué quiere decir?

Coll rectificó:

—Quiero decir que Harvey deseaba que Peavis tuviese el dinero preparado.

—En otras palabras: Lynk no estaba dispuesto a entregar las acciones como no fuera a cambio del dinero, ¿verdad?

—No sé…

—El testigo sólo sabe lo que entendió —dijo Labley.

—En efecto —admitió Mason—. La conclusión es sólo suya. Retiro la pregunta.

Grosbeck sonrió.

Mason continuó:

—Lynk dijo a Peavis que estuviera allí con el dinero, ¿verdad?

—Exacto.

Labley carraspeó, objetando:

—Creo que el testigo no ha entendido la pregunta.

—Ruego que le sea leída —pidió Mason.

El taquígrafo leyó la pregunta de Mason y la respuesta de Coll.

Éste se apresuró a rectificar.

—No, no es eso. No he querido decir que Lynk pidiera a Peavis que estuviera *allí* con el dinero. Es una frase que el señor abogado ha puesto en mis labios.

Mason sonrió.

—En todo caso, señor Coll, Lynk deseaba que Peavis acudiera al Cañón Lilac con el dinero, ¿verdad? Tanto si le pagaba como precio de las acciones o como compensación de sus servicios.

—Pues… no… recuerdo lo que quería. No recuerdo exactamente lo que dijo.

—Eso es todo —dijo Mason.

—¿En el Cañón Lilac, señor Coll? —preguntó Labley.

Coll saltó como si le hubieran pinchado.

—¡No, no! —protestó—. No he querido decir eso. Lynk sólo dijo a Peavis que tuviera el dinero preparado, pues las acciones estaban en sus manos.

—¿Indicó el señor Lynk al señor Peavis adonde debía llevar el dinero? —preguntó Labley.

—No, señor. No.

Labley vaciló un momento, miró el rostro francamente escéptico del juez y, al fin, murmuró:

—Eso es todo.

El juez entornó los ojos, esperando que Mason acosaría a preguntas a Coll antes de que éste pudiera rehacerse. Grosbeck estaba dispuesto a dar a Mason todo el tiempo que el abogado necesitara, pero Mason asombró a todos, diciendo:

—Nada más, señor Coll.

Cuando abandonó el estrado, Coll evitó la mirada de Labley.

—Esther Dilmeyer —exclamó Mason.

La joven prestó juramento. Vestía un elegante traje de lana negra y llevaba un sombrero del mismo color. El juez la miró curiosamente. Labley parecía muy nervioso.

Mason advirtió:

—Excelencia, esta joven acaba de salir del hospital. Fue víctima de un intento de envenenamiento y todavía no está…

—El tribunal se hace cargo de la situación —dijo Grosbeck, mirando a Esther Dilmeyer.

Ésta dio su nombre y dirección y sonrió agradecida a Mason.

—¿Conoce usted al señor Peavis? —preguntó el abogado.

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace unas semanas.

—¿Fue por su consejo que entabló usted amistad con el señor Lawley?

—No.

—Pues, ¿quién le aconsejó que iniciara semejante amistad?

—¡Protesto! —gritó Labley.

Grosbeck miró curiosamente a Mason y dijo:

—Quisiera conocer su opinión sobre esto, señor defensor.

La respuesta de Mason fue dada sin nerviosismo.

—Excelencia. Este problema presenta dos ángulos. El señor Peavis debería aclarar si actuaba sólo como posible comprador de las acciones, en cuyo caso, si Lynk murió antes de traspasárselas, carece actualmente de todo derecho sobre ellas; o bien debería decirnos si el señor Lynk trabajaba exclusivamente para él. La parte demandante debiera adoptar una de estas dos actitudes; pero en el momento en que se decida por la segunda y adquiera con ello derecho a las acciones que dejó el señor Lynk al morir, se hace responsable de cuanto hiciera el señor Lynk como agente suyo. Por lo tanto, si se comprueba que se emplearon medios ilegales, el demandante se hace responsable de ellos con sus consecuencias.

—¡No interpreto yo así la ley, Excelencia! —intervino Labley.

—Pues ésa es —declaró el juez.

—Sin embargo, mi cliente no sabía nada de cuanto hacía el señor Lynk.

—Si Lynk era agente suyo tenía el deber de informar al señor Peavis de todo cuanto hacía. Sus acciones eran en beneficio de Peavis y el demandante no puede aceptar los beneficios del trabajo de su agente y rechazar la responsabilidad.

Labley sentóse lentamente, como si temiera que le retirasen la silla.

—¿Cómo conoció al señor Lawley? —preguntó Mason a Esther Dilmeyer.

—Se me pidió que con el mayor interés cultivara su amistad.

—¿Quien le pidió tal cosa?

—El señor Coll.

Labley sonrió triunfalmente, diciendo:

—Y Peavis no tenía nada que ver con el señor Coll. Coll no era su agente.

—Ese punto queda por aclarar —observó el juez mirando al letrado.

—¿Oyó usted la conversación que en la noche del crimen sostuvieron el señor Lynk y el señor Coll acerca de las acciones?

—No fue en la noche, sino en la tarde —corrigió Esther.

—¿Qué dijo el señor Lynk?

—Dijo que tenía las acciones en su poder, y que si Peavis las quería debía verle antes de medianoche con dinero contante y sonante en la mano, pues Lynk no quería nada de cheques.

—¿Oyó usted claramente la conversación? —preguntó Mason.

—Sí.

—¿Dónde tuvo lugar?

—En el «Golden Horn».

—Y después de haber escuchado esa conversación alguien atentó contra la vida de usted, ¿no es cierto?

—¡Protesto! —intervino Labley—. El señor defensor está tratando de establecer prejuicios contra mi cliente. Insinúa claramente que el señor Peavis planeó un asesinato para poder adquirir unas simples acciones.

Grosbeck dirigióse a Mason, preguntando:

—Señor abogado, ¿opina usted que existe alguna relación entre ambos hechos?

—Si el tribunal me ayuda, creo que podremos aclarar algunos puntos muy importantes. Sin embargo, mi pregunta tiende sólo a fijar una hora.

—Continúe —indicó el juez.

—Responda a la pregunta —ordenó Mason a Esther Dilmeyer.

—Sí —contestó en voz baja la joven.

—Creo que usted tiene la costumbre de comer los bombones muy de prisa, ¿no es cierto? Uno tras otro.

—En efecto.

—¿Desde cuándo tiene esa costumbre?

—Desde los diecinueve años. Cuando trabajé en una fábrica de bombones. Nos prohibían comerlos; pero yo no le hacía caso al dueño.

—Diríamos —sonrió Mason— que alguien puede estar enterado de su costumbre de comer así los bombones, ¿verdad?

Esther Dilmeyer vaciló, mirando interrogadoramente al juez. Éste le indicó que respondiera.

—Tiene que contestar usted. El taquígrafo debe anotar su respuesta.

—No —contestó lentamente Esther—. No creo que nadie… O quizás algún amigo… Irma Radine, por ejemplo…

—¿Es el señor Lawley un amigo íntimo de usted?

—¡No! —respondió velozmente la joven.

—¿Y el señor Coll?

—Tampoco.

—¿El señor Magard?

—El señor Magard es mi jefe.

—Pero, ¿sabe que le gustan a usted los bombones?

Esther Dilmeyer vaciló, no atreviéndose a dar una respuesta que sería claramente una acusación. Grosbeck estudiaba atentamente las reacciones de la joven. Frank Labley, muy disgustado por cómo se desarrollaba el juicio, no se atrevió a interrumpirlo con objeciones.

—Conteste a la pregunta —dijo Mason.

—El señor Magard sabía que yo trabajé en una fábrica de bombones.

—¿Cómo lo sabía?

—Me contrató.

—¿Trabajaba usted en la fábrica cuando el señor Magard la tomó a su servicio?

—No; pero leyó los informes que le presenté.

—¿Y no considera usted al señor Coll un amigo íntimo?

—No.

—En un tiempo lo fue.

—Depende de lo que usted entienda por amigo íntimo.

—¿Y el señor Lawley? ¿No fue tampoco nunca amigo íntimo?

—No… no.

—¿Le regaló alguna vez el señor Peavis alguna caja de bombones?

—Sí. Varias veces. Es muy amable.

—¿Y la vio comer los bombones?

—Sí.

Mason volvióse hacia el juez y anunció:

—Excelencia, ruego que la vista se suspenda hasta mañana por la mañana. Comprendo que el asunto depende de la discreción de la sala…

—Por nuestra parte no hay inconveniente —dijo Labley.

La vista quedó aplazada hasta las diez de la mañana siguiente, y en cuanto el juez Grosbeck abandonó la sala, Magard avanzó con aire bélico hacia donde estaba Mason.

—¿Qué significa eso de meterme a mí en lo de los bombones?

—Yo sólo he hecho unas preguntas —replicó Mason, guardando en su cartera los documentos—; y la testigo ha contestado.

—Pero usted hizo las preguntas de una forma muy rara.

—Es una costumbre que tengo cuando trato con gente que quiere imponerse.

Magard pareció luchar con sus truculentos deseos, y por fin gruñó:

—No me gusta eso.

Volvió bruscamente la espalda y abandonó la sala.

Mildred Faulkner se acercó a Mason.

—Algunas de las cosas no las he entendido —dijo—, pero me parece que los ha dejado muy pensativos.

—Creo estar sobre la pista de algo muy importante. ¿Ha visto a Carlota?

La animación abandonó el rostro de la joven, en cuyos ojos brillaron las lágrimas.

—¿Cómo está? —preguntó el abogado.

—Muy mal. Cuando la llevaron al hospital el médico dijo que necesitaba, al menos, cuarenta y ocho horas de reposo. En mi caso se hizo una excepción, porque no hacía más que llamarme y el doctor creyó que eso la haría encontrarse mejor. Me advirtió que no hablara del caso.

—¿Lo hizo usted?

—No. Al principio lo intenté; pero luego me di cuenta de que si Carla podía decirme todo cuanto sentía, se encontraría mucho mejor. Había algo que la preocupaba mucho.

—¿El qué?

—Cayó en la trampa que le tendieron y confesó que usted tenía los resguardos de las acciones. ¿Por qué se porta así la policía?

—Está acostumbrada a tratar con criminales sin escrúpulos, y en beneficio de las personas honradas no puede tener tampoco demasiados escrúpulos.

—No sé si Carla saldrá con vida de este trance. Nunca la había visto tan mal. ¡Ahora que al fin empezaba a curarse!

—Lo comprendo —declaró Mason—. Por eso quería evitar que la interrogaran.

—No es culpa de usted. Si ella hubiera seguido sus instrucciones, nada le habría ocurrido. Ahora se da cuenta de ello.

—¿No ha dicho nada más? ¿Sólo ha hablado de las acciones?

—Nada más; pero ya tienen bastante con las pruebas acumuladas contra ella. Señor Mason, no puedo soportar todo eso… Y si la condenan… Quizá fuera mejor…

—¿Que no saliese con vida? —preguntó Mason.

Tratando en vano de contener las lágrimas, Mildred asintió con la cabeza.

—Algo que dijo uno de los testigos me dio una idea —declaró el abogado.

—¿Cree que existe alguna esperanza?

—Mucha.

—¡Si al menos Bob fuera un hombre y confesara la verdad, podría salvarla! —exclamó Mildred—. Si admitiese que estuvo en la cabaña, y que Carla le siguió… Pero como Bob es el asesino, no dirá nada a fin de salvar su cuello…

—Es posible que Bob ignore que su mujer le siguió.

—Tiene que saberlo —replicó indignada Mildred—. Carla y él hablaron mucho cuando él la fue a buscar al hotel «Clarmount». Bob mintió. Dijo que no había estado en la cabaña, a pesar de saber que Carla le siguió hasta allí.

—¿Qué explicación da?

—Bob es el hombre de las más admirables explicaciones. Dice que a poco de salir de la casa vio a un amigo y le invitó a subir a su coche. No quiere decir el nombre de su amigo. Asegura que ese amigo le pidió prestado, por una hora, el coche, y que Bob descendió del mismo y siguió su paseo a pie.

—¿Cree eso su hermana?

—¡Claro que lo cree! Creería cualquier cosa que él le contase. A veces siento indignación contra ella.

—¿Pudo ocurrir lo que dice su cuñado?

—No sé cómo. Carlota le siguió durante todo el rato. Claro que a veces quedó rezagada por culpa del tránsito. Bob tuvo la astucia de preguntarle antes cuántas veces le había perdido temporalmente de vista. Entonces explicó que el cambio de conductores ocurrió en uno de esos intervalos.

—¿Le indicó usted a Carla que…?

—Lo he intentado; pero es inútil. Me dijo todo eso porque desea que usted lo sepa. ¡Ese teniente Tragg! ¡Quisiera decirle todo lo que pienso de él!

—Pues ahí viene —indicó Mason.

Mildred se volvió hacia la puerta de la sala por donde Tragg acababa de entrar. Yendo hacia ellos saludó:

—¡Buenas tardes!

Mildred Faulkner irguió la barbilla y volvió el rostro.

—Por favor, señorita Faulkner, no se tome así las cosas —rogó el teniente.

Con helada voz, Mildred replicó:

—Odio las mentiras e igualmente a los mentirosos.

Mason quiso hacerle volver la cara.

—Tómelo con calma —aconsejó.

Tragg miró al abogado y preguntó:

—¿No me guarda rencor?

—En absoluto. Sé encajar los golpes; pero no puedo por menos que sentirme algo inquieto por mi cliente.

—Quisiera hablarle de eso —dijo Tragg.

—Hable.

—Sin embargo, antes debo cumplir un deber muy penoso. Creo que la señora Lawley tendrá que presentarse ante el Jurado.

—¿De qué se la acusa?

—De asesinato en primer grado.

—¿Le han cargado el muerto?

—No hemos tenido otro remedio. Su marido ha hecho algunas declaraciones muy comprometedoras.

—¿Para él o para ella?

—Para ella.

Mildred Faulkner olvidó su animosidad contra Tragg. Era demasiado fuerte el golpe producido por aquella noticia.

—¿Es posible que Bob haya dicho algo que perjudique a Carla? —preguntó, incrédula.

—Sí —contestó Tragg—. No debiera decirles esto, pero la verdad sea dicha, este caso no me hace sentirme nada feliz.

—¿Por qué?

—Robert Lawley me hace el efecto de ser un bicho inmundo. En cambio su esposa parece buenísima.

—¿Qué ha dicho Bob? —inquirió Mason.

Tragg tragó saliva.

—No debiera contar nada; pero me arrepiento de haber detenido a la señora Lawley. Si hubiese sabido lo grave que estaba nunca lo hubiera hecho.

—Pero lo hizo —contestó Mason.

—Sí, lo hice, y ya no puedo volverme atrás. Se le tratará como a cualquier otro prisionero, siendo así que la menor conmoción puede serle fatal.

—Oigamos lo que dijo Bob —interrumpió Mason.

—Lawley parece muy abatido por el estado de su mujer. Llora y se lamenta y al fin le dejamos que la visitase. Le besó la mano y hasta la tela de su camisa; pero unos minutos antes había confesado a la policía todo cuanto sabía.

—¿Qué sabía?

—Dijo que tomó su coche, que recogió a un amigo, quien necesitaba el coche para un recado, y que, como él tenía que hacer unas llamadas telefónicas, dejó el coche a su amigo y entró en un teléfono público en la calle Coulter. El amigo marchó hacia el Cañón Lilac y Carlota le siguió, creyendo que seguía a su marido. Luego, al perderlo de vista, dirigióse a la cabaña de Lynk, creyendo que el coche habría ido allí.

—¿Cómo sabe eso?

—Porque su mujer se lo dijo.

—¿Y él contó eso a la policía?

Tragg asintió con la cabeza.

—La policía no tenía derecho a utilizar las confidencias que Carlota Lawley hizo a su marido cargada de buena fe.

Tragg siguió:

—Al principio agitaba los puños al aire jurando que no repetiría ni una palabra de lo que Carlota le había dicho. Diez minutos

después estaba llorando y contándolo todo.

—¡El muy canalla! —exclamó Mildred.

—Usted ya comprende lo que ese hombre busca, ¿verdad, Tragg? —preguntó Mason.

—Trata de salvar su pellejo.

—Nada de eso.

—¿Pues qué?

—Es fácil imaginarlo. Carlota Lawley está muy grave. Las emociones la perjudican. Las inquietudes y la tensión nerviosa son peores aún. Menos espectaculares en sus efectos; pero a la larga terriblemente eficaces.

—¿Qué quiere decir?

—¿Quién sería el único en beneficiarse de la muerte de Carlota? Su marido. El seguro de vida está a su nombre, y todos los bienes de la señora Lawley serían heredados por su marido.

Tragg frunció el entrecejo.

—¿Quiere decir que trata de asesinar a su mujer?

—¿Por qué no? La situación es ideal. Lo único que debe hacer es irles contando a ustedes cosas, y obligarles a que molesten cada vez más a Carlota. Cuando en una de esas sesiones el corazón se detenga, la culpa recaerá sobre la policía, no sobre él. Bob entonces se aprovechará de los beneficios.

—¿En qué se basa para insinuar semejante cosa?

—No es una insinuación. Son cargos concretos.

—La policía no la molestará. Evitaremos así que surjan graves complicaciones.

—Han estado ya a punto de surgir.

—Nosotros no tenemos ninguna culpa de la conmoción recibida por Carlota Lawley a causa del asesinato…

—Ella no cometió el asesinato. Es verdad que sufrió algunas conmociones; pero se repuso de ellas. Ayer por la mañana la hice examinar por un excelente médico. Me gustaría oír su comentario si ahora volviese a examinarla. La culpa de su estado actual se debe a lo que ocurrió en las últimas veinticuatro horas.

—No somos responsables de todo cuanto ocurrió —protestó Tragg, irritado.

—Tienen ustedes su parte de culpa. Pero cuando Bob les dé más detalles de lo ocurrido, acosarán tanto a preguntas a la pobre mujer

que acabarán matándola irremisiblemente.

—¿Qué dijo Bob? —preguntó Mildred.

—No dijo mucho. Su declaración es más perjudicial por lo que hace suponer que por lo que dice.

—Usted reflexione y comprenda que la señora Lawley no tenía por qué matar a Lynk —dijo con aplomo Mason.

—Las acciones…

—¡Bah! Bob hubiera asesinado por recobrar las acciones; pero Carla no. Ella hubiese preguntado cuánto quería Lynk por aquellos valores, y los habría comprado, luego hubiese reñido con Bob, hubiera escuchado sus lamentaciones, y por último, después de secarle las lágrimas y arreglarle la corbata, le habría dado más dinero para que lo apostase a los caballos.

Tragg permaneció callado durante varios segundos. De pronto levanto la cabeza y exclamó:

—¡Está bien, Mason, usted gana!

—¿Qué?

—Haré su juego. Bob no me es simpático. Desde el primer momento he comprendido lo que era. Siempre le he creído más culpable que a su esposa.

—Perfectamente. ¿Quiere acompañarme a dar un paseo?

—Sí.

—¿Y usted? —preguntó Mason a Mildred.

Ésta asintió con la cabeza.

—Venga usted también, Della.

—¿Adónde va? —preguntó Tragg.

—Creo que este caso requería algunas preguntas.

—¿Ya las ha hecho?

—Sí.

—¿Cuáles fueron las respuestas?

—Estoy seguro de no equivocarme —declaró Mason.

—¿Por qué no me lo cuenta todo?

—Porque la fruta aún no está suficientemente madura. No tenemos ninguna prueba contra la persona culpable. Lo único que tenemos son algunos detalles para sostener una teoría muy lógica. Si le explicase cuáles son mis sospechas, no le convencería. Tendría miedo de ir demasiado lejos y preferiría mejor reunir más datos hasta que el caso estuviera completo. Entretanto, seguirían

molestando a la señora Lawley, a quien deseo ver en libertad esta misma noche.

—No apruebo el sistema.

—Ya lo sé.

—Sin embargo, le acompañaré.

—Entonces pongámonos en marcha.

# Capítulo 14

Tragg detuvo su coche frente a «Las Armas de Molay».

—¿Llamo al timbre? —preguntó a Mason.

—Es preferible que llame a la portera.

—Tal vez no sea necesario. Esta llave puede abrir la puerta.

El teniente sacó varias llaves maestras, probó dos o tres de ellas, y por fin, abrió la puerta de la calle.

—Las cerraduras exteriores son casi todas de adorno —dijo, mientras cruzaban el vestíbulo—. ¿Qué quiere saber de Esther Dilmeyer?

—Quiero hacerle unas preguntas.

—Si tiene entre manos algo importante tendríamos que llamar al fiscal.

—Carezco de suficientes pruebas.

—Pero, ¿confía en obtenerlas?

—Sí.

—Bien, veamos adónde se va a parar.

A través del montante de la puerta de la estancia de Esther Dilmeyer se filtraba un rayo de luz.

En voz baja, Mason encargó a Mildred:

—Llame a la puerta y cuando ella conteste, dígale que desea verla.

—¿Qué más?

—No hará falta nada más. En todo caso, diga que le es preciso hablar un momento con ella, acerca de algo que ha ocurrido hoy mismo.

Tragg intentó un último esfuerzo.

—Oiga, Mason, si nos dice lo que sabe podremos…

—No pregunte nada y aguarde a que obtenga las pruebas. Si obramos de otra forma, cuando alcance la solución, mi cliente

habrá muerto.

Mildred llamó suavemente a la puerta.

—¿Quién? —preguntó Esther Dilmeyer.

—Mildred Faulkner.

—¡Oh!

Se oyó un ruido dentro de la habitación y un momento después Esther Dilmeyer abrió la puerta, apareciendo con sólo las imprescindibles prendas de ropa interior.

—Tenía muchos deseos de verla…

Al ver al resto del grupo de visitantes, soltó una carcajada y preguntó:

—¿Por qué no me dijo que venía acompañada? Un momento.

Entró en la habitación y recogió una bata colocada en el respaldo de una silla. Cuando se hubo cubierto con ella, llamó:

—¡Entren!

—¿Conoce al teniente Tragg? —preguntó Mason.

—Hablé con él antes de salir del hospital. No me dejaron marchar hasta que tuve en mi poder el permiso de la policía.

Hubo una penosa pausa. Tragg miraba a Mason, y éste, al cabo de un momento, anunció:

—Señorita Dilmeyer, creo que está usted en peligro.

—¿Yo…, en peligro?

—No olvide que ya se ha atentado contra su vida. La persona que entonces trató de matarla, sigue en estos momentos deseando quitarla a usted de en medio.

—No había pensado en eso —declaró riendo Esther.

—Si alguien tenía un deseo personal de acabar con usted hace cuarenta y ocho horas, no creo que haya ocurrido entretanto nada que justifique un cambio de idea por parte del asesino.

Esther golpeó un cigarrillo contra el brazo del sillón en que se sentaba.

—Parece usted más nervioso que yo.

—Tal vez. Porque yo sospecho que la persona que envió los bombones es la misma que asesinó a Lynk.

—¿De veras?

—Tenemos varios detalles sobre los cuales basarnos —dijo Mason—. No sé si el teniente Tragg se lo ha comunicado.

»Ante todo —siguió Mason, mientras Esther Dilmeyer acercaba

la cerilla al cigarrillo—. Sabemos que la dirección del paquete de bombones fue escrita en la máquina que el señor Lynk tenía en su despacho del «Golden Horn».

Apagando nerviosamente la cerilla, Esther Dilmeyer expresó con toda claridad el asombro que estas palabras le producían.

—¿Cómo pueden saber eso? —preguntó—. ¿Es que alguien vio cómo se escribía?

—Mucha gente no sabe que la escritura de las máquinas de escribir es más inconfundible que la de una persona. Cualquier máquina utilizada durante algún tiempo, tiene una escritura característica. Los tipos se descentran. Un perito en la materia puede descubrir en seguida, por medio de la comparación de distintas muestras de escritura, si se ha utilizado o no una determinada máquina.

—No lo sabía —declaró Esther Dilmeyer.

—Es una cosa. La otra es que el papel que se utilizó para escribir la dirección salió del despacho de Lynk.

—¿Cómo lo ha descubierto?

—Los papeles varían mucho de acuerdo con la pasta empleada en su fabricación. Además, casi todos los papeles finos llevan la filigrana de su fabricante.

—¿Algo más?

Mason explicó:

—La etiqueta fue pegada en el papel del embalaje con pasta similar a la que encontraron en el despacho de Lynk. Y sobre todo, por el grado de sequedad de dicha pasta, se ha podido comprobar que la etiqueta se pegó unas cuarenta y ocho horas antes de que el paquete fuese enviado.

—Veo que la policía es más inteligente de lo que yo me figuraba —comentó Esther.

—Lo es —replicó muy serio Mason,

—¿Qué más?

—Tenga presente que la etiqueta fue preparada cuarenta y ocho horas antes de que el paquete de los bombones fuese enviado a esta casa. Usted ha trabajado en una fábrica de bombones. Sabe algo de lo difícil que resulta arreglarlos de forma que no se note que se ha metido algo dentro de ellos, ¿no es cierto?

—Sí, realmente para un profano resultaría un trabajo difícil;

pero no lo sería tanto para quien conociese el sistema de elaboración.

—Tenga también en cuenta —siguió Mason— que la tarjeta que acompañaban los bombones era la misma que se le incluyó en las orquídeas.

—Eso o un duplicado exacto —replicó Esther Dilmeyer, evitando la mirada de Mildred Faulkner.

Mildred se echó a reír.

—Espero que no creerá que le envié los bombones envenenados.

Esther Dilmeyer no la miró, replicando:

—Me limito a contestar a las preguntas que se me hacen a fin de poder aclarar el misterio.

La sonrisa se borró de los labios de Mildred.

—Eso quiere decir que sospecha que fui yo quien le envió los bombones.

—No me gusta acusar a nadie ni insinuar cosas graves; pero yo diría que la tarjeta parecía escrita por usted.

—¡Pero si yo…!

—Cálmese, señorita Faulkner —pidió el abogado—. Aclaremos las cosas antes de lanzarnos en busca de la persona que envió los bombones. Usted, señorita Dilmeyer, al recibir los bombones y leer la tarjeta, se sintió completamente tranquila, ¿verdad?

—Desde luego. Acababa de conocer a la señorita Faulkner y me había sido muy simpática, aunque tenía motivos para no portarse bien conmigo. De haberlo deseado, me hubiera podido acusar de muchas cosas que yo no podía evitar.

—La creo; pero al recibir los bombones no pasó por su imaginación que la señorita Faulkner quisiera vengar esas ofensas.

—No, desde luego. Me iba a proporcionar un empleo, era muy buena y amable…

Mason la interrumpió:

—Veamos adonde nos conduce eso. La persona que envió los bombones era alguien que tenía acceso a casi todas las dependencias del «Golden Horn». Alguien que podía utilizar la máquina del señor Lynk, abrir los cajones, sacar papel de cartas, utilizar la pasta blanca y que sabía muy bien cómo se entregan los paquetes en las agencias de mensajeros. Por último, se trataba de alguien que podía hacerse con la tarjeta que acompañaba a las

orquídeas y colocarla en la caja de bombones. Todo esto se realizó en un intervalo de media hora. Por tanto, fue necesario trabajar muy deprisa.

—A menos… —empezó Esther Dilmeyer; pero se interrumpió en seguida.

—¿A menos qué?

—A menos que los bombones fueran enviados por la señorita Faulkner. En este caso existirían dos tarjetas y… Bueno, creo que todo cambiaría de aspecto.

—He investigado con mucho tiempo todo cuanto se refiere a la señorita Faulkner —replicó Mason—, y aunque hubiera querido hacerlo, le habría sido imposible enviar los bombones.

—¿Qué quiere decir?

—Carece de la necesaria experiencia para introducir el veronal en los bombones. Esto por un lado, y por otro, no pudo entrar en el «Golden Horn» cuarenta y ocho horas antes del envío de los bombones. Estas características sólo las reúne una persona.

—¿Quién? —preguntó Esther Dilmeyer.

—Usted.

Esther casi se incorporó de un salto.

—¡Yo! ¿Quiere decir…?

—Quiero decir que usted era la única que podía haberse enviado a sí misma aquellos bombones.

—¿Y me tomé una buena cantidad de bombones envenenados para que me llevasen al hospital? —preguntó sarcásticamente la joven.

El teniente Tragg se inclinó hacia delante para decir algo al oído de Mason.

Éste, sin apartar la mirada de Esther, dijo:

—Cállese, Tragg.

Luego, dirigiéndose a Esther, siguió diciendo:

—Usted no tomó ningún bombón envenenado.

—¿No? Eso quiere decir que sólo deseaba que me llevasen al hospital y que allí engañé a todos los médicos, haciéndoles creer que estaba dormida.

—No. Usted tomó una buena dosis de veronal, pero no en los bombones.

La joven hizo un gesto de irritación.

—Óigame —dijo—. Esta noche tengo muchas cosas que hacer. Comprendo que usted me ha salvado la vida y ha pagado la cuenta del hospital, se lo agradezco; pero sospecho que tiene la locura metida en el cerebro y no puedo perder la noche oyendo sus fantásticas teorías.

—Cada uno de los bombones —siguió Mason, como si no hubiera oído las palabras de la muchacha— iba en una especie de cucurucho de papel rizado.

—¿Y qué? —preguntó Esther.

—De la caja que encontramos sobre la mesa, faltaban varios bombones; pero los cucuruchitos de papel también faltaban y no fue posible encontrarlos en ninguna parte. Supongo que no se comió también los cucuruchos además de los bombones.

El desconcierto se pintó en el rostro de la joven.

Aprovechando la ventaja, Mason prosiguió, impertérrito:

—Si dijera usted la verdad, no pretendería hacernos creer que el recibir una caja de bombones media hora después de haber recibido de la misma procedencia, una caja de orquídeas, no despertaba sus sospechas. Y mucho menos que no las despertase la tarjeta en la cual se veían los dos agujeritos producidos por la aguja que en un principio la sujetó a las orquídeas. Es casi imposible que dejara de notar ese detalle de los agujeros.

—Está usted loco de remate. ¿Para qué iba yo a enviarme una caja de bombones envenenados?

—Porque necesitaba una coartada.

—¿Para qué necesitaba una coartada?

—Para asesinar a Lynk.

—¡Oh! ¿Fui yo quien mató a Lynk?

Mason asintió con la cabeza.

—Esta tarde se descubrió usted misma al tratar de comprometer a demasiadas personas. Magard, Peavis, Irma Radine… Muy astutamente nombró a todas las personas que estaban enteradas de su afición a los bombones.

—Dice usted cosas muy interesantes.

—En efecto —sonrió Mason—. Usted quería una coartada y pensó que si demostraba haber estado sin sentido, a causa de una fuerte dosis de veronal, en el momento en que el crimen se cometía, la coartada sería perfecta. Por lo tanto, se envió los bombones,

cambió de traje, fue al Cañón Lilac después de haber telefoneado a Lynk para tener la seguridad de que estaría allí. Antes de matarlo, me llamó por teléfono. Era lo bastante pronto para que la coartada fuese la prueba; pero no tanto que permitiera dar con su domicilio antes de que usted regresara a él después de haber cumplido su misión. El mejor sitio desde donde telefonear era la casa de Sindler Coll. La cabina telefónica se encuentra en el vestíbulo, completamente aislada, de forma que nadie podría oír nada de cuanto usted dijese.

—¿Para qué le telefoneé?

—Por un motivo muy sencillo. Usted quería tener como testigo a alguien de cuya palabra la policía no pudiese dudar. Tenía que ser alguien que supiera algo de usted; pero que ignorase su domicilio. En resumen, alguien que fuera un buen testigo y que al mismo tiempo no pudiese encontrar por sí solo su casa.

»Desde dos o tres días tenía usted planeado el crimen y la coartada. El problema era que diesen con usted antes de llevar demasiado tiempo inconsciente; pero no tan pronto que echara por tierra su coartada.

»Usted suponía que para relacionarla con el «Golden Horn», antes tendría que ponerme en contacto con Mildred Faulkner. Y aunque diésemos antes con el club, a usted no le preocupaba, pues allí nadie sabía su dirección.

»También suponía que no sería posible ponerme en contacto con la señorita Faulkner antes de la una, cuando fuera a verme a mi despacho. Y aun entonces tardaría bastante en averiguar su domicilio.

»En realidad, casi llegamos demasiado pronto. Gracias a un pequeño trabajo detectivesco de mi secretaria, casi desde el primer momento la relacioné a usted con el «Golden Horn».

—Es usted muy listo.

Sin hacer caso, Mason siguió:

—Después de llamarme por teléfono, abandonó usted la casa de Coll y dirigióse al Cañón Lilac, mató a Lynk, y en cuanto hubo cometido el crimen, tomó una fuerte dosis de veronal. En seguida, dirigióse a su casa, dejó el teléfono en el suelo y cayó bajo los efectos de la droga. Cuando llegué acababa de dormirse.

—Eso es lo que usted dice, ¿verdad?

—En efecto.

—Pues se engaña si cree que me ha asustado. Supongo que a usted le gustaría mucho poder sacar del apuro a su rica cliente; mas, por desgracia para usted, no me siento dispuesta a hacer de víctima propiciatoria.

Hubo un intervalo de silencio. El teniente Tragg miró a Esther Dilmeyer y luego desvió la vista, sumiéndose en la contemplación de la alfombra que tenía a sus pies.

Al cabo de un rato, Esther Dilmeyer preguntó muy nerviosa:

—¿Qué plan es ése? ¿A qué viene tanto silencio? ¿Es que disfrutan con el espectáculo?

—Estamos esperando que nos cuente usted la verdad acerca del crimen —replicó Mason.

—Pueden aguardar hasta el día del juicio final. Ahora, señoras y caballeros, tengo que marcharme. Debo vestirme.

—No puede usted salir de aquí —advirtió Tragg.

—¿Por qué?

—Mason ha presentado un caso muy lógico.

—¿Quiere decir que ese cuento le ha convencido?

Tragg movió afirmativamente la cabeza.

—Están todos locos —declaró, al cabo de un momento, Esther Dilmeyer.

De nuevo se hizo el silencio, que puso a Esther Dilmeyer más nerviosa que cuando Mason la acusaba del asesinato.

—¡Por Dios! —gritó al fin—. ¡No se queden ahí mirándome de esa forma! ¡Salgan! ¡Estoy en mi casa! ¡Quiero vestirme!

—No puede usted salir —dijo Tragg—. Puede considerarse detenida.

—Está bien, me encuentro detenida; pero eso no quiere decir que tenga la obligación de permanecer aquí ante la vista de todos ustedes. Desde el momento en que estoy detenida, creo que me llevarán a algún sitio.

—Quizá.

—¿En ropa interior? —preguntó, abriendo la bata.

—No. Puede vestirse.

—¿Delante de ustedes? No, gracias.

Mason encendió un cigarrillo.

—¡Por el amor de Dios, hagan algo! ¿Es que al menos no

podemos discutir?

—No hay nada de que discutir —dijo Mason—. Las pruebas que tenemos contra usted son muy grandes. Sobre todo en lo que se refiere a los bombones. Si no mató a Lynk, hable en seguida. Puede que existan algunas circunstancias eximentes.

—Conozco su juego —replicó la muchacha—. Trata de hacerme hablar. Pues bien, ya que es tan listo, le diré algo. La pequeña Esther conoce sus derechos. Se quedará muy quietecita y no responderá ni a una sola pregunta. Si la policía cree tener pruebas suficientes contra mí, pueden llevarme ante el jurado. Ya cuidaré de que me defienda un abogado que no sea un traidor. Entonces veremos lo que sucede.

Mason replicó lentamente:

—Hace muy bien adoptando esa actitud si lo mató usted a sangre fría; pero si le hirió en defensa propia o si Lynk murió a causa de un accidente imprevisto, entonces es necesario que no pierda el tiempo y hable usted en seguida.

—¿Por qué en seguida?

—Porque si ahora calla y luego trata de hacer ver que obró en defensa propia, el jurado sospechará que todo es un arreglo de su abogado.

—Gracias por su ayuda.

—No se merecen. En su plan existen varios puntos débiles. La policía no hubiera tardado en descubrirlos. Entonces habría sido demasiado tarde para que usted dijese la verdad.

—¿Qué puntos débiles son ésos?

—Los cucuruchitos de papel de los bombones, las tarjetas idénticas, su pañuelo, el teléfono en el suelo con el receptor en su sitio, y otras cosas que a policía encontrará.

—¿Qué cosas?

Mason sonrió.

—Procure recordar lo que ha hecho. Tenga en cuenta que ahora la policía sabe ya la verdad y que sólo necesita buscar cuanto antes la confirmación de sus sospechas.

—Está bien, que las busque —desafió Esther.

—Cuando las halle, no podrá usted apoyarse en la legítima defensa.

La joven miró a Mason con la velada mirada de quien trata de

llegar a una decisión.

—¿Y si confieso ahora? —preguntó, cautelosa.

—Parecerá usted menos culpable.

—Puede que tenga razón —admitió Esther, contemplando pensativa la ceniza de su cigarrillo.

Tragg fue a decir algo, pero Mason le contuvo con un enérgico ademán.

—¿Tiene Coll la llave de su piso?

—Sí.

—Entonces ocultó aquí a Bob Lawley al día siguiente del crimen, mientras usted se hallaba en el hospital.

—No puedo saberlo.

—¿Ama a Coll?

—Ahora no. Estaba loca por él; mas ya lo he olvidado.

Mason consultó su reloj.

—Debe darse prisa —advirtió.

—Desde luego… Yo daba color a la sala de juego. Mi trabajo era hacer que los hombres jugaran a la ruleta y no se marchasen cuando empezaban a perder. Recibía una comisión. Hace algún tiempo Coll y Lynk me hicieron creer que Bob era un muchacho rico. Yo debía contribuir a librarle de parte de su riqueza.

»Desempeñé mi papel y cuando llegó el momento de repartir los beneficios me jugaron una mala pasada. Querían echarme y poner en mi lugar a la nueva amiga de Sindler Coll.

»Como estaba harta de aquella vida, decidí marcharme yo misma, pero no sin antes burlarlos a todos.

»Bob Lawley llevaba el revólver en el departamento de los guantes de su coche. No creo que se diera nunca cuenta de que se lo quité. Como sabía que desde el primer momento sospecharían de mí, busqué una coartada a toda prueba.

»Decidí enviarme unos bombones envenenados. Compré una caja, envenené la mayor parte y dejé unos pocos que guardé en una bolsa para comerlos en el momento oportuno. Preparé la caja y esperé. Mi intención era apoderarme de las acciones que tenía Lynk.

»La noche en que se dirigió al Cañón Lilac comprendí que llevaba con él los valores. Lo preparé todo para dar el golpe aquella noche. Luego la señorita Faulkner me proporcionó una serie de informes de los que hasta entonces había carecido. Al principio

pensaba llamar a la policía a fin de que ellos certificaran mi coartada; pero al darme la señorita Faulkner su dirección, señor Mason, me pareció que usted serviría mejor que nadie para el caso. Coll sabía mi domicilio y tenía la llave de mi piso. Por lo tanto, antes de ir a casa de Lynk quise asegurarme de que estaba fuera de su domicilio. Cuando le vi salir, telefoneé al señor Mason y luego me dirigí al Cañón Lilac. Por el camino me comí los bombones sin veronal, a fin de que se encontraran en mi estómago junto al soporífero. Antes de entrar en casa de Lynk tomé una buena dosis de veronal en polvo y me cubrí con una máscara y un impermeable.

»Por cómo respondió a mi llamada, supuse que Lynk aguardaba a una mujer. Al ver mi antifaz y el revólver que yo empuñaba, estuvo a punto de caer al suelo. Le ordené que sacara las acciones de Lawley y las dejó sobre la mesa.

—¿Le dio mucho trabajo Harvey Lynk? —preguntó Mason.

—Ninguno. Sólo que le temblaban tanto las manos que temí que no pudiera abrir el cajón donde guardaba los valores. En el momento en que lo abrió oí un ruido a mi espalda e inmediatamente miré hacia atrás.

»Sí. Me olvidé de cerrar la puerta. La chica era valiente, pues cuando la amenacé con el revólver, no se asustó lo más mínimo. Se me tiró encima como un gato salvaje y trató de quitarme el revólver cogiéndome la mano de forma que al empujarme, el dedo pulgar hizo que el percutor del revólver se levantase. Yo le gritaba que me soltase; pero no me hizo caso, y de súbito, al soltarse el percutor, sonó un disparo. La detonación nos asustó tanto que las dos nos separamos y el revólver quedó en el suelo. Entonces vimos lo que le había ocurrido al infeliz Lynk.

»Yo conservaba la máscara. Ella no sabía quién era yo. Salimos huyendo.

»Pasé unos apuros terribles para llegar a casa. El veronal empezaba a hacer efecto. La última parte del trayecto la recorría en medio de una serie de sueños extraños. Por fin dejé el coche en el garaje y subí a mi habitación, donde todo estaba ya dispuesto para la comedia. Antes de tenderme en el suelo, estaba ya durmiendo. Lo demás, ya lo saben.

»Hasta que recobré el sentido en el hospital, no recordé que había dejado el impermeable y la máscara en el coche. Pensaba

destruirla esta noche.

Mason hizo una seña a Tragg.

—Ahora le corresponde hablar a usted, teniente —dijo.

El policía preguntó:

—¿Las dos huyeron sin detenerse a ver qué podían hacer en favor del herido?

—No era necesario examinarlo. Cayó como un saco vacío.

—¿Qué hacía Lynk mientras ustedes luchaban por el revólver?

—Trataba de meter las acciones en el arca. Nos volvía la espalda.

Calló un momento y permaneció pensativo, después pidió:

—Quisiera que buscasen a la otra mujer para que confirmase mi declaración.

—¿Quién es? —preguntó Mason.

—Eso es lo más divertido del caso —dijo Esther—. Se trata de una cabeza loca, que se imagina que el trabajar en un club nocturno es un gran negocio. Creen que la hermosura y la juventud son eternas y que la vejez sólo cuenta para los demás. Yo pensaba lo mismo. Cuando se llega a los treinta años se es tan vieja como si se tuviera cincuenta.

—¿Quién es? —preguntó Tragg.

—Lois Carling, la empleada de la señorita Faulkner en su tienda de Broadway. Ella ambicionaba mi empleo y yo deseaba el suyo.

Mason descolgó el teléfono y lo tendió a Tragg.

—Llame a Jefatura y dígales que pongan en libertad a Carlota Lawley.

—Usted gana —replicó Tragg, cogiendo el aparato y haciendo una burlona reverencia a Mason,

Mientras aguardaba que le pusieran en comunicación con su jefe, agregó:

—La próxima vez que trate usted de hacer que mis sospechas se desvíen de su hermana, señorita Faulkner, no dispare accidentalmente un revólver y no se convierta en una sospechosa tan ideal. Durante mucho rato me tuvo desconcertado. Sólo al fin, cuando caí en la cuenta de lo lista que era, comprendí que se superaba a sí misma… ¡Oiga! ¡Oiga! Aquí el teniente Tragg de la Brigada de Investigación Criminal. Pongan en libertad a Carlota Lawley. Perry Mason se encarga de que la trasladen a una clínica

particular. ¡Dense prisa y déjense de formulismos!

# Capítulo 15

A última hora de aquella noche, Della Street se acomodó en el coche de Mason, junto con éste.

—Cuando el teniente Tragg promete cooperar, no cabe duda de que sabe hacerlo —dijo.

Mason asintió con la cabeza.

—¿No ha pensado usted, jefe, que el teniente Tragg está muy enamorado de Mildred Faulkner?

—Tendría que ser sordo y ciego para no darme cuenta de ello.

—Pues la señorita Faulkner también parece interesarse por él.

—¿Por qué no? Es un hombre muy inteligente.

—Lo es. Su presencia en la Brigada de Investigación Criminal va a resultar un poco molesta. No será como en los tiempos del sargento Holcomb. Tendremos que ir con tiento. Esta vez Tragg se sentía ansioso de colaboración; pero si alguna vez le pilla a usted en una de las suyas… No creo que dudara ni un momento en meterlo en la cárcel.

—Que lo pruebe.

—¿Condenarán a Esther Dilmeyer?

—Seguramente no. Lois Carling apoyó su declaración. Claro que Esther acudió allí dispuesta a cometer un robo; pero…, es muy linda y…

—¿Es que las mujeres bonitas pueden cometer impunemente los asesinatos?

—Homicidios —corrigió Mason—; y existe una gran diferencia entre una cosa y otra.

—¿Cree que la declaración de Esther Dilmeyer hará ganar el juicio de la señorita Faulkner?

—Seguro. Ella sabe que Peavis sólo ofreció dinero por las acciones. Es un detalle pequeño, pero muy importante. Y cuando

empiece a interrogar a Coll… Creo que Peavis abandonará la lucha.

—¿Podrá demostrar que todo lo del juego fue una trampa dispuesta para conseguir el traspaso de las acciones?

—Me será muy fácil.

—¿Y en qué lugar queda el señor Clint Magard?

—Pues al extremo de una plancha, sobre una profunda charca. Por si le interesa, le diré que ahora nos dirigimos al «Golden Horn» a beber champaña y no me extrañaría nada que el señor Magard acudiera a arreglar algunos extremos. A Tragg no le costaría nada hacer que registrasen el club.

—¿Lo hará?

—Sin duda.

—¿No quiere ayudarle, aprovechando su influencia con el teniente Tragg?

—No. Magard es quien debe entenderse directamente con él.

Della murmuró:

—Tengo el presentimiento de que el teniente Tragg resultará un hombre peligroso.

—Es inteligente y le han prevenido contra mí. Creo que de ahora en adelante la lucha será muy dura y nos divertiremos mucho.

—Diga que se divertirá usted. A mí no me gusta esto.

—La nombraré mi protectora legal.

—¡Bah! Usted no quiere protecciones ni lazos de ninguna clase.

Mason le interrumpió haciendo arrancar violentamente el coche.

—Le voy a enseñar cómo conduce el teniente Tragg —dijo—. Es un espectáculo muy interesante. Lo corriente es correr de una esquina a otra, y al llegar al cruce frenar un poco. Él, en cambio, en cuanto ha de cruzar la calle, da más gas. Así.

Y Perry Mason lanzó la aguja del cuenta kilómetros hacia el extremo más elevado.

# Notas

[1] Cada grano equivale a 0, 06 gramos. < <